
NEW ADULT
Una apuesta
(INOCENTE)
ENTRE AMIGOS
ANTHÉA MORA

Table of Contents

Anteportada

Síguenos

Información legal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Síguenos

Créditos

ANTHÉA MORA

Una apuesta (inocente) entre amigos

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@antheamora
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: febrero 2024

1

Presentaciones

Cuando decidí estudiar osteopatía, ni siquiera me imaginaba la cantidad de ventajas que tiene mi carrera. Como, por ejemplo, el tema de las clases en ropa interior. Pero aquí estoy: sentada a horcajadas sobre la camilla de prácticas, disfrutando de la forma en que Julien se desnuda poco a poco. Mientras se desabrocha lentamente los botones de la camisa, yo no le quito el ojo de encima. No puedo evitar devorar con la mirada su torso esbelto y musculoso. ¡Qué manera de calentar!

Julien lo tiene todo: es alto, moreno, tiene los ojos verdes y un cuerpo para flipar. Es de constitución delgada, pero tiene los músculos definidos a la perfección.

Julien se lleva las manos —que, según dicen, son bastante diestras— a la cremallera del pantalón, y yo me inclino hacia delante inconscientemente. Mi cuerpo reacciona sin quererlo e intenta acercarse lo máximo posible a semejante monumento.

Ojalá necesite ayuda con el ejercicio… Yo estaría encantada de hacer lo que fuera por él.

Lo miro, embelesada, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y, a su vez, hinco el codo en mi rodilla. Pero enseguida dejo de soñar despierta, porque poco después, una mano pasa por delante de mis ojos y me distrae de los preciosos glúteos respingones de Julien, que salen a la luz cuando se baja los vaqueros.

—¿Hola? ¡Tierra llamando a Mia! ¿Me estás escuchando o estás demasiado ocupada comiéndote a Julien con los ojos?

Al oír la voz de Tess, mi compi de prácticas, me incorporo de inmediato y la fulmino con la mirada. Ella tarda dos segundos en dirigirme una sonrisa pícara. Acto seguido, paso la pierna hacia el otro lado de la camilla y me pongo de cara a mi amiga, para responderle en un tono profesional:

—No estoy comiéndome a Julien con los ojos, ¡lo estoy observando con fines puramente médicos! Te recuerdo que estamos en último curso, y que dentro de dos meses, seremos osteópatas tituladas, así que tengo que perfeccionar mis dotes de observación. ¿Cómo si no voy a detectar una lesión a simple vista?

Tess arquea la ceja de forma irónica y yo me encojo de hombros. Es evidente que no se ha creído ni una palabra. ¡Menuda gilipollez le he soltado! Pero aun así, mi amiga reconoce que ha sido un buen intento de disimulo y da unos pequeños aplausos burlones y silentes.

—Chiqui, admítelo: te lo quieres tirar. ¡No pasa nada! Y por la forma en que te mira, estoy segura de que el deseo es mutuo. No entiendo por qué no vas a por él... ¿Quién es esta cagada y qué ha hecho con mi amiga? ¡No te reconozco! ¡Cuando te gusta un chico, no hay quien te pare, tía!

Al escucharla, me quedo de piedra, pero mi amiga no me da tiempo a responderle en plan borde, porque enseguida suelta:

—Ah, bueno… ¡Se me olvidaba que esto va en contra una de tus normas!

—Esas *reglas* a las que aludes están ahí para evitar movidas, y si las hubieras seguido, como te dije que hicieras, ¡no la habrías liado tanto con Eric!

Ambas miramos a Eric, un compañero de clase con el que Tess se lio hace apenas un año. Para ella, solo fue un rollo; nada serio. Solo quería divertirse un poco, pero él ya se veía siendo

su novio. Y con lo de «novio— me refiero al paquete completo: pijama y mantita un viernes por la noche y ¡ale, a ver La Voz! Sobra decir que eso no era lo que quería mi amiga. Cuando se dieron cuenta de que no estaban en el mismo punto, lo dejaron y no precisamente a buenas. Él se enfadó bastante y lio la de Dios en clase. Nuestros compis se dividieron en dos bandos, los que estaban a favor de Tess y los que estaban a favor de Eric.

Soltamos un suspiro sincronizado antes de volver a centrar nuestra atención en la camilla. Me levanto y le cedo el puesto a Tess para empezar a practicar.

—Bueno, Eric me salió rana, pero ¿y lo bien que me lo pasé?

Mi amiga me dirige una gran sonrisa y me guiña el ojo, lo que me hace reír. Conocí a Tess en primer curso y las dos congeniamos enseguida. Tenemos el mismo carácter y la misma forma de ver la vida. Fue un *perfect match*, la verdad.

Recorro su cuerpo con las manos y presiono con fuerza en ciertos puntos estratégicos. Luego voy maleándola y doblando sus extremidades según nos indican, todo bajo la atenta mirada de nuestro profesor. Mientras masajeo los hombros de mi amiga, miro a mis otros compis. Este es el quinto año que llevamos juntos y, a pesar de la liada de Tess, creo que hemos tenido bastante suerte con el grupo. Bueno, si dejamos de lado a la plasta de Kimberly.

Kimberly es un estereotipo andante. Para empezar, su nombre viene de una serie de televisión de los noventa, cursi a más no poder. Además, es una chica rubia y alta, de ojos claros, y con un claro delirio de grandeza. Nunca duda en utilizar su aspecto para conseguir lo que quiere. En realidad no es que pueda criticarla por ello, porque todas hacemos más o menos lo mismo. Pero lo que me saca de quicio es que ella se hace la timidilla y santurrona. Vamos, que critica de una forma muy descarada lo que hacemos las chicas como Tess o yo. Nosotras estamos liberadas y asumimos la responsabilidad de nuestros actos, mientras que ella… Bueno, es evidente que pese a que se las da de virgen inocente, esa chica se ha liado con más tíos que nosotras dos juntas.

De repente, suena el timbre en el aula, lo que marca el fin de las clases y el comienzo del fin de semana. Salimos del edificio y corremos en dirección a mi piso, donde hemos quedado con el resto de nuestro pequeño grupo. ¿Qué tenemos programado para hoy? Una cenita de grupo antes de una noche de fiesta en la ciudad. ¡Ya es tradición! Espero que vayamos a una discoteca; me muero por bailar.

Apenas abro la puerta del piso, lanzo los zapatos y el bolso a un rincón del recibidor. Tess hace lo mismo y luego se sirve una copa. Llevo cuatro años viviendo sola en este piso, desde que mi madre se mudó al sur, pero invito a gente a casa tan a menudo que casi parece un albergue.

Tess sale de la cocina y se deja caer en el sofá con una cerveza en la mano. Yo me siento a su lado con un poco más de cuidado. Las dos suspiramos, satisfechas, mientras apoyamos los pies en la mesita. Nos sonreímos e intercambiamos una mirada de complicidad.

Extiendo la mano y Tess me pasa su bebida. Unas pequeñas gotitas de condensación resbalan por el cuello de la botella mientras bebo un sorbo. El amargor de la cerveza me llena la boca y luego baja por mi garganta, lo que hace que me estremezca ligeramente. Al ver mi cara, Tess me mira con desprecio y me arrebata su preciado tesoro de las manos.

Poco después, la puerta principal se abre y aparecen las caras sonrientes de nuestros amigos. ¡Aquí se sienten como en casa! Una vez todos se acomodan en el sofá y pillan una cerveza, nos ponemos al día. Mis amigos se ríen y arman un poco de jaleo, y yo los miro, absorta. No podría sentirme más a gusto.

A la derecha de Tess, mi imprescindible rubia con un humor mordaz y una amabilidad sin

límites, está Paul, un chaval grande y fornido de metro ochenta, aficionado al rugby y al culturismo, pero que esconde un gran corazón tras todos esos músculos. A su lado está Charlie, que parece una sílfide en comparación con el jugador de rugby. Pero bueno, era de esperar. Charlie es el «señor buen humor». Estar con él es como tomarse una pastilla de éxtasis, pero sin efectos secundarios. Luego está Chloé, una chica pelirroja y alta que trabaja en el sector de la comunicación. Es una chica preciosa, con unos ojos ardientes y una boquita de piñón. Sería capaz de enamorar a cualquiera con una simple mirada. Puede parecer fría cuando no la conoces, pero en realidad es un osito amoroso. Nos conocimos en 3º de primaria, cuando fui a devolverle las canicas que le habían robado Ethan y su panda.

Y por último, tenemos al famoso ladrón de canicas: Ethan. Lo conozco desde que teníamos seis años. Nuestras familias vivían en el mismo barrio, así que mi madre enseguida se hizo amiga de sus padres. Siempre hemos tenido una relación un tanto especial... Ethan despierta mi espíritu competitivo. De niños, jugábamos a desafiarnos el uno al otro: a ver quién robaba una manzana del jardín del viejo padre Louis, saltaba al río en pleno invierno, cruzaba en rojo… Cuando crecimos, pasamos a las apuestas, en plan «qué te apuestas a que puedo besar a más chicas o chicos que tú» o «qué te juegas a que puedo beber más copas que tú esta noche». Como somos un par de cabezotas, ninguno de los dos cedía, ¡y a veces buscábamos pelea! Físicamente, ese chico lo tiene todo. Como lleva mucho tiempo jugando a rugby, tiene un cuerpo musculoso y definido, y sabe cómo aprovecharlo. Además, lleva años encadenando una chica con otra.

¡Ah, ahora que lo pienso! Hilando con esto último, debo aclarar que todos mis amigos, y yo también me incluyo, compartimos la misma visión libertina de la vida, por llamarlo de algún modo.

En cuanto a mí… Bueno, mi madre me crio conforme a sus principios, esto es, la igualdad entre mujeres y hombres en todas sus formas y la libertad sexual, algo que me demostró en numerosas ocasiones, dado que tenía un sinfín de amantes. Mi madre me educó para desconfiar del amor y de las consecuencias de entregarse completamente a un hombre.

Pero todos sus consejos se esfumaron cuando conocí a Florent, mi primer y único amor. Estuvimos juntos dos años. Le entregué mi corazón y él me lo arrebató todo, como me había advertido mi madre. Cuando me di cuenta de quién era en realidad, ya era demasiado tarde. Se había llevado mi dignidad y mis esperanzas. Era un notas que iba ligando a mis espaldas con todas las chicas del instituto, incluida la que por aquel entonces era mi mejor amiga. Ese chico me destruyó, pero también me hizo cambiar. Desde entonces, para mí solo hay rollos y follamigos. No tengo que rendir cuentas a nadie. Soy libre y lo disfruto. Según me dicen los demás, no soy especialmente atractiva, pero mi forma de ser y mi encanto natural llaman la atención. En realidad, me alegra que sea así, porque me parece que es mucho más interesante que la belleza pura y sin encanto, sin ese toque extra que marca la diferencia.

—Mia, ¡dínoslas otra vez!

Me vuelvo bruscamente hacia Chloé mientras todos los demás me miran. Según parece, esperan una respuesta. ¡Vaya, sí que me he quedado empanada!

—¿Que os diga qué?

—Tus reglas. Llevamos diez minutos hablando de ello. ¿Dónde estabas?

—En el planeta Julien, me da a mí… —dice Tess, antes de que pueda abrir la boca.

—Ja, ja, ja, ¡muy gracioso, Tess!

—¿Quién es Julien? —pregunta Paul, cogiendo un puñado de papas.

—Es un chico de nuestra clase, que está buenísimo . ¡A Mia se le cae la baba con tan solo

verlo! —responde Tess mientras le guiña el ojo.

—¿Y por qué no te lo tiras? —pregunta Ethan, tragándose un trozo de pizza—. ¡Nunca te había visto achantarte!

Antes de que me dé tiempo a contestar, mis cuatro amigos estallan en carcajadas y exclaman al mismo tiempo que es por la regla. No lo dicen porque esté en esos días del mes, no. Se refieren a *la* regla.

—Si no me equivoco, es la cuarta regla, ¿no? —pregunta Charlie.

—Vamos, dinos tus reglas otra vez, Mia —insiste Chloé.

—Está bien… Primera regla: no te acuestes con un tío que esté casado o en una relación estable. Segunda regla: deja claro desde el principio lo que quieres.

En ese momento, miro a Tess con inclemencia y ella aparta la mirada. La muy cabrona silba, como si intentara disimular.

—Tercera regla: no te acuestes con un compañero de clase o del trabajo.

Miro a Tess con descaro de nuevo.

—Estoy de acuerdo… —interrumpe Chloé.

—Sí, yo también —dice Paul.

—Hasta ahora, las normas me han parecido bastante sensatas —dice Charlie encogiéndose de hombros.

—¿Me dejáis terminar o qué?

Mis amigos asienten y yo continúo:

—Cuarta regla: no te acuestes con los ex de tus amigos. Quinta regla: no te acuestes con tu ex. Y sexta regla: ¡no te acuestes con tus amigos!

Cuando acabo, se hace un silencio de unos segundos en el salón y luego empiezan las discusiones sobre la validez de algunas de mis reglas. Solo Ethan permanece en silencio, observándome con su mirada penetrante y su eterna sonrisa burlona, como suele ocurrir cuando se le pasa algo descabellado por la cabeza. Pero no importa lo que digan o piensen mis amigos, yo seguiré cumpliendo mis reglas como siempre lo he hecho desde que pasó lo de Florent.

2

La fiesta

Después de la previa en mi casa, nos dirigimos hacia una discoteca a la que solemos ir, *Le Cherish*. El sonido de la música distorsionada nos llama desde fuera. Estoy más que feliz de poder desahogarme y bailar al fin, y lo demuestro dando unos saltitos de alegría. Me agarro del brazo de Charlie y él me dedica una gran sonrisa.

—Bueno, bueno, Mia, ¡esta noche estás *on fire*[1]!

—Ha sido una semana muy larga y necesito olvidarme de todo.

Le guiño un ojo y mi amigo suelta una risita. En unas pocas zancadas llegamos a la entrada. Cuando el portero deja pasar a los pocos que teníamos delante en la cola, oigo claramente los sonidos graves que inundan el local. Sonrío hasta que me duelen las mejillas y noto cómo se me acelera el corazón.

Después de que pasen los primeros clientes, el pedazo de armario que custodia la puerta se vuelve hacia nosotros. La agresividad de su rostro desaparece en tan solo unos segundos y se convierte en una sonrisa cuando ve a Tess. Es evidente que mi amiga le gusta y, en cuanto tiene ocasión, aprovecha para recordárselo.

—¡Tess! ¡Me alegro de verte!

Mi amiga sonríe y abraza rápidamente al gigante. Después de una pequeña charla trivial, durante la cual los demás intentamos aguantarnos la risa, nos dejan entrar al local.

El potente sonido de los altavoces retumba en mi cuerpo, y hace que mi corazón bombee sangre con ímpetu. Sonrío de nuevo mientras Ethan nos lleva al reservado que ocupamos siempre los fines de semana. Al pasar por delante de la barra, veo a Tom, un camarero que lleva tiempo tirándome la caña. Me dedica una gran sonrisa y yo le guiño el ojo.

Mis amigos quieren dejar las cosas en el reservado, pero yo no aguanto ni un segundo más, así que arrastro a Tess y Chloé a la pista, donde suena el último *hit*[2] de Sia. Adoro bailar. La música me permite desahogarme y olvidarme de las tensiones que se acumulan durante la semana. Agarro a Chloé de la mano y hago que gire sobre sí misma. Mi amiga se echa a reír, pero Tess se escabulle hacia el reservado.

—¿No tienes sed?—pregunta la guapa pelirroja.

—¡Vaya pregunta! Habrá que hidratarse, ¿no?

—¡Vamos a pedir!

Asiento para que mi amiga vea que estoy de acuerdo y ambas nos dirigimos a la barra. La sonrisa de Tom se hace más y más grande conforme nos vamos acercando. Me paro frente a él, y apoyo los antebrazos en el frío acero inoxidable de la barra. El camarero no pierde el tiempo y se acerca para darme un beso en la mejilla. Su boca se queda cerca de mi oreja para preguntarme qué voy a beber. Luego se aleja para servirnos los cubatas a Chloé y a mí y aprovecho para mirarle con detenimiento.

Tom es lo que podríamos llamar un vikingo. Es rubio y de ojos claros y siempre luce una barba poblada. Tiene la complexión de un leñador y varios tatuajes en los brazos. Cada vez que venimos, me invita a una copa. Es obvio que no soy la única chica a la que le concede este privilegio, pero me da igual. La exclusividad no es mi punto fuerte y tampoco es plan de quedarme sin bebida gratis.

Poco después, el camarero vuelve con nuestras copas y esta vez se coloca frente a Chloé.

—¡Aquí tienes, guapa!

—¿Guapa? ¡Tom, suenas como un viejo! ¿Así es como llamas a tus ligues? —dice mi amiga, sonriente, mientras coge su copa.

—¡Te llamaré como tú quieras con tal de conseguir tu número!

Tom le guiña un ojo a mi amiga y ella se lleva la pajita a los labios. Luego se vuelve hacia mí para pasarme la copa. Le mando un beso a mi camarero de confianza y Chloé y yo nos alejamos.

Me dejo caer en un sillón entre Ethan y Paul. Paul me rodea con el brazo y se acerca a mi oreja. Su aliento me hace cosquillas.

—Allí hay un chico rubio que no te quita los ojos de encima… —dice mi amigo.

Intrigada, miro en la dirección que señala. Pero no mis ojos no se topan con el chico rubio, sino con los de un moreno al que conozco muy bien. Me pongo en pie de un salto y me dirijo hacia él. Mis amigos me llaman a mis espaldas y Nabil se abre paso a codazos entre la multitud para acercarse a mí. Una vez nos encontramos en la barra, no tardo en atraerlo hacia mí y comerle la boca. Nabil responde con entusiasmo a mi beso y luego se aparta para decirme:

—Vaya forma de saludar… No me disgusta, la verdad.

Me besa el cuello y yo le cojo de la mano para llevarlo al reservado. Esta noche se queda con nosotros.

Nabil y yo nos conocimos en un bar hace poco más de un año, y quedamos de vez en cuando, cuando nos apetece. No me gustan las etiquetas, así que no pienso que Nabil sea mi follamigo. Es un chico que me gusta tanto en el plano físico como intelectual, y con él me lo paso muy, *muy* bien. ¡Nada más! No hace falta comerse la cabeza. A veces nos encontramos de fiesta, sin haberlo planeado. Y la verdad es que me encanta verle por aquí.

Los ojos de Ethan se cruzan con los míos cuando nos acercamos a la mesa en la que están sentados mis amigos. Desde lejos veo que el muy gruñón ya está poniendo mala cara.

Todos mis amigos conocen a Nabil, así que le saludan con efusividad. Chloé frunce los labios y mira a Ethan con una expresión digna de un cuadro. Creo que ella también está harta de verle en ese *mood*[3]. Cojo la botella que hemos pedido y le sirvo un vaso a Nabil. Me la pela lo que piense mi amigo. No va a estar picado toda la noche, ¿no? Yo estoy aquí para divertirme. Mientras charlamos, la mano de Nabil acaricia suavemente mi muslo y poco a poco siento la necesidad de quedarme a solas con él.

De repente, el DJ pone un temazo y no puedo evitarlo: cojo a mis amigos a rastras y echo a correr hacia la pista. El pulgar de Nabil acaricia la palma de mi mano mientras nos abrimos paso entre la multitud.

En la pista, ambos bailamos al ritmo de un par de canciones de reggaetón. Nabil acerca su cuerpo al mío y me pone las manos en las caderas. Acerca la cara a mi cuello y enseguida siento su boca acariciando mi piel. Cierro los ojos y me dejo llevar con él. Seguimos así durante unos largos segundos, hasta que Nabil decide que quiere más. Sus dientes me arañan ligeramente la piel y luego acerca sus labios a mi oreja.

—¿Por qué no vamos a mi casa?

Abro los ojos y asiento. Él se separa de mí y me coge de la mano para llevarme afuera. Al pasar junto a la mesa, veo a Ethan sentado solo, con el ceño tan fruncido como siempre. Me acerco a él y me inclino hacia delante para que pueda oírme.

—Me voy, Ethan. ¿Se lo dices a estos?

Mi amigo asiente, pero veo que tiene la mandíbula muy tensa. Me pregunto por qué estará con esa jeta de amargado. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa, pero Nabil me estira de la mano y me aleja de él, así que me limito a dedicarle una sonrisa cómplice antes de seguir al chico que me hace mojar las bragas.

***

Cuando llegamos a casa de Nabil, no puedo pensar en otra cosa que no sea el tacto de su lengua sobre mi piel. La puerta aún no se ha cerrado y ya consigue hacerme gemir. En eso es todo un experto. Sus labios y sus manos acarician mi piel mientras dejo caer mi vestido al suelo. No intercambiamos ni una sola palabra; nos comunicamos solo con gruñidos y suspiros de éxtasis. Este chico es un auténtico director de orquesta del cuerpo femenino. Me entrego ciegamente a sus manos, y saboreo cada escalofrío que recorre mi cuerpo.

Con él, sé que esta deliciosa sensación durará toda la noche.

Nabil me coge en brazos y me lleva a su dormitorio. Yo le rodeo la cintura con las piernas. Nuestros besos saben dulces como el alcohol y nuestros cuerpos tiemblan de excitación.

Poco después, suelta un gruñido ronco mientras me tumba en la cama. Es la señal: siempre que vamos a follar, gime de ese modo y sus ojos me devoran con una intensidad indescriptible. No sé por qué, pero me vuelve loca.

Horas después, me despierto lentamente mientras el olor a café me hace cosquillas en las fosas nasales. Me estiro y bostezo antes de salir de la cama. Tras una búsqueda exhaustiva, consigo encontrar toda mi ropa. Me la pongo rápidamente y me dirijo a la cocina. Nabil me dedica una gran sonrisa cuando me ve entrar por la puerta. Se levanta de la silla y me besa suavemente antes de servirme una taza de café.

—Podrías haberte quedado todo el rato que quisieras en la cama…

—Gracias, pero tengo un día ajetreado. No quiero llegar tarde.

Nabil me sonríe y se acerca a mí por detrás. Me rodea la cintura con los brazos y me roza la oreja con la boca. Su aliento me calienta la piel.

—¿Y qué es eso tan interesante que tienes que hacer?

Su boca sigue bajando por mi barbilla, besando cada centímetro de ella. Me concentro para pensar con claridad y responderle.

—Tengo que ir de compras. Vamos a pillar el regalo para el cumple de una amiga.

Nabil suspira de una forma un tanto teatral. Sus labios siguen recorriendo mi piel y hacen que me estremezca.

—¿Y tienes mucha prisa? Porque se me ocurren cosas mucho más interesantes que ir de compras.

Se me dibuja una sonrisa traviesa en los labios. Me doy la vuelta para mirarle y él me sienta en el borde de la mesa. ¡Este chico nunca pierde el tiempo! Mis piernas le rodean y su cuerpo se pega al mío. Nabil aprieta su boca contra la mía y luego traza un camino ardiente por mi piel. Me derrito cuando sus manos me acarician hacia el interior de los muslos.

Voy a llegar tarde por este arrebato, pero no se puede rechazar una segunda ronda con alguien que tiene semejante talento…

***

Llevo más de una hora de retraso cuando salgo del apartamento de Nabil. Tengo un número indecente de llamadas perdidas y mensajes en la pantalla del móvil. ¡Vale, me he pasado un poco! Había quedado con Tess, Charlie, Paul y Ethan en una calle comercial a las diez de la mañana. El cumpleaños de Chloé es el próximo viernes e íbamos a comprarle un regalo juntos. Les envío un mensaje para avisarles de que ya voy y salgo corriendo para no llegar aún más tarde.

Después de caminar unos minutos, veo a lo lejos las siluetas de mis amigos. Acelero el paso y los escucho gritar.

¡Serán fanfarrones!

Mientras les pido disculpas, capto la mirada de Ethan, aún más sombría que la de anoche, si es que eso es posible. Mis amigos hacen un gesto con la mano para restarle importancia al asunto, pero Ethan permanece con los brazos cruzados y una expresión severa.

—Bueno, ¿nos vamos o qué?

El tono seco con el que pronuncia esas palabras nos pilla por sorpresa, sobre todo a mí. Todos asentimos, y él echa a andar a un paso tan rápido que nos cuesta seguirlo.

Mientras Charlie, Tess y Paul charlan a mi vera, miro fijamente la espalda de Ethan. No le veo la cara, pero sé que algo va mal. Tiene los hombros tensos y aprieta los puños.

Me gustaría saber qué se le pasa por la cabeza. No creo que sea nada relacionado con una chica. Ethan no es de los que se pican por eso. Pero entonces, ¿qué le pasa?

---

[1] *N. de la T.* Expresión que utilizan los jóvenes para decir que alguien está muy motivado, similar a «estás que te sales».

[2] *N. de la T.* Canción popular del momento.

[3] *N. de la T.* En inglés, humor o estado de ánimo.

3

Marcas varias

Me cuesta abrir los ojos después de semejante noche. Tengo la boca pastosa y me va a estallar la cabeza. Anoche nos bebimos hasta el agua de los floreros. Al fin y al cabo, ¡no todos los días celebramos el cumpleaños de Chloé!

Intento recordar y hacer balance de la noche, pero mantengo los párpados cerrados para evitar que la luz me haga daño en los ojos. Recuerdo que salimos del piso para ir al bar de Neal, el primo de Ethan, y aunque la noche empezó de tranquis, luego nos tomamos una copa tras otra. Estuve bailando con las chicas, riéndome a más no poder... Pero el resto de la noche lo tengo en blanco.

Apoyo el brazo sobre los ojos, ya que aún no me atrevo a abrirlos, y maldigo el insoportable dolor de cabeza y las pequeñas lagunas que nublan mi mente. Es la primera vez que no me acuerdo de lo que hice la noche anterior. Y eso que estoy acostumbrada a salir... A veces me paso, lo reconozco.

Me obligo a rebuscar en mi memoria para encontrar los recuerdos perdidos, pero lo único que consigo es un dolor de cabeza aún mayor. De repente, siento que alguien se mueve cerca de mí y me quedo inmóvil.

Vaya, esto no me lo esperaba... Además de haber olvidado lo que pasó anoche, también se me escapa lo que hice con este chico. Si es que es un chico, claro. Espero de todo corazón, aun a riesgo de sonar infantil, haber estado a la altura a pesar de la cantidad de alcohol que ingerí. Respiro hondo, decidida a averiguar con quién he pasado la noche.

Primer paso: me quito el brazo de encima de los ojos, que aún están cerrados. Segundo paso: abro un ojo y miro a mi alrededor. Por suerte, compruebo que estoy en mi cuarto. Luego me doy cuenta de que llevo puesta una camiseta ancha, que probablemente sea de uno de mis rollos, y también unas bragas. Bueno, ni tan mal. Estoy parcialmente vestida. Algo es algo.

Abro el otro ojo y le doy unos segundos de tregua a mi cuerpo para que se acostumbre a la luz, antes de girar lentamente la cabeza hacia la persona misteriosa que duerme a mi lado. Enseguida reconozco a Chloé. Respiro aliviada y me incorporo para sentarme en el borde de la cama. Miro el reloj y decido levantarme.

Mientras me dirijo a la puerta, descubro a Tess dormida en un colchón en el suelo. Si también está en mi habitación, significa que al menos dos de los chicos se habrán quedado a dormir. Salgo lo más silenciosamente posible, con cuidado de no despertarlos, y me dirijo a la cocina. No me molesto en ponerme unos pantalones cortos, porque nos conocemos desde hace mucho tiempo y todos nos hemos visto en bastante mal estado.

Cuando me acerco a la cocina, oigo las voces de Paul y Ethan charlando en voz baja. Empujo suavemente la puerta y capto la mirada de Paul, que está de pie detrás de la mesa. Ethan está sentado frente a él, de espaldas a mí. Paul me dedica una gran sonrisa al verme entrar en la habitación, mientras le doy un toque final a mi intento de moño improvisado. Me dejo caer en la silla al lado de Ethan y Paul me mira con pillería.

—Bueno, bueno, bueno, mi querida Mia… Te lo pasaste bien ayer, ¿eh?

Paul me guiña un ojo y yo le saco la lengua. El pulso me late con fuerza en la cabeza, lo que me obliga a masajearme suavemente las sienes. Cierro los ojos unos segundos y, cuando

vuelvo a abrirlos, tengo delante un vaso con una aspirina. Murmuro un «gracias», sin saber si la buena acción procede de Paul o de Ethan, aunque me da a mí que es más bien del primero. Ethan no suele ser muy considerado, la verdad. Me trago el contenido del vaso con una ligera mueca y lo vuelvo a dejar sobre la mesa mientras exhalo un sonoro suspiro. Paul me observa, divertido, y nos mira por turnos a ambos. Ethan aún no ha dicho una palabra, y tiene la cabeza gacha, con la vista clavada en su taza de café.

—¿Habéis desayunado?

Miro a Paul, que levanta su taza hacia mí y asiente. Me bajo de la silla y me dirijo al armario para coger una taza, una bolsita de té y algo de bollería. Me pongo de puntillas para alcanzar el paquete de gofres que se me ha antojado, y entonces oigo el sonido de un tortazo detrás de mí, seguido de la voz de Paul murmurando un «¿qué?» lastimero. Estoy a punto de girarme para preguntarles qué pasa cuando siento que un cuerpo se aferra a mí y agarra el paquete de gofres que tanto ansío comerme. No me hace falta girarme; sé que es Ethan. Reconozco enseguida su olor. Llevo tantos años a su lado… Mi amigo me da la caja y retrocede un poco. Me giro rápidamente para darle las gracias, pero entonces suelto un pequeño grito de asombro al ver su cara. Ignoro su mirada penetrante y me concentro en su mejilla, que está amoratada, y en su labio partido.

—¿Qué te ha pasado?

Ethan da un paso atrás y me mira, frunciendo el ceño. Unos segundos después, se gira hacia Paul y ambos se quedan mirándose durante unos instantes. Normalmente, me habría molestado esa complicidad no verbal de la que me excluyen, pero esta mañana, no. No cuando veo cómo le han dejado la cara a mi amigo.

Ethan vuelve a sentarse y se encoge de hombros. Me abalanzo sobre él y le obligo a levantar la cabeza cogiéndole de la barbilla. Acerco mi cara a sus heridas y les echo un vistazo. Paso los dedos por el moflete azulado de Ethan, y él hace una mueca de dolor. Luego me coge la mano, la sostiene a unos centímetros de su cara y me mira fijamente.

Ethan siempre ha sido la única persona capaz de desestabilizarme con tan solo mirarme, lo cual es difícil, porque yo soy la reina de las miradas incómodas. Cuando miro a alguien a los ojos de manera insistente, suele apartar la mirada. Siempre me han dicho que es por el color penetrante de mis iris, que son casi negros.

Enfurecida por la incomprensión, me levanto bruscamente.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado? ¿Por qué tienes semejantes moratones?

Paul y Ethan vuelven a intercambiar miradas, y luego mi amigo el pupas se encoge de hombros y Paul se vuelve hacia mí.

—¿No te acuerdas de lo que pasó anoche?

—No, no me acuerdo. Tengo lagunas y me gustaría que me dijerais lo que me estáis ocultando.

Veo que Paul frunce el ceño antes de dirigirle a Ethan una mirada tristona. No entiendo nada de lo que está pasando y me están empezando a poner de los nervios. Me dispongo a gritarles, pero entonces Ethan levanta la vista hacia mí y dice:

—Me peleé con un chico porque le tiré la caña a su novia. Luego nos fuimos a casa. Fin de la historia.

Ethan se encoge de hombros tras darme una explicación y vuelve a centrar toda su atención en su taza de café. Ya sé lo que eso significa: el tema está zanjado. Lo observo unos segundos y luego me preparo el desayuno en silencio, frustrada. Sé que me esconden algo y no

me gusta nada, pero Ethan no se digna a decir ni una palabra más. Vuelvo a acomodarme en la silla de al lado y me como mis gofres sin abrir la boca, mientras Paul nos mira por turnos, suspirando de vez en cuando.

En cuanto termino de desayunar, salgo de la cocina. No me apetece quedarme en semejante ambiente. El aire está cargado con todo lo que no se atreven a decirme. Me dirijo al cuarto de baño y me desnudo rápidamente antes de meterme en la ducha. Disfruto de la dulce caricia del agua caliente sobre mi piel. Permanezco bajo el chorro durante un rato largo, y saboreo los breves instantes de silencio antes de que toda la casa se despierte y se monte el alboroto habitual.

Salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla mullida. Paso la mano por el espejo para quitar el vaho y miro fijamente mi reflejo. Me fijo en los restos de maquillaje de mis ojos y luego bajo la vista hacia mi nariz y mis labios. Mi mirada se desvía entonces hacia mi cuello, donde me sorprendo al ver una enorme marca. Me acerco al espejo para mirarla más de cerca. No hay duda, es un chupetón. Una maldita marca posesiva que siempre he detestado. Por más que me devano los sesos, no consigo recordar quién es el responsable. No estaba allí después de haber dormido en casa de Nabil, así que debió de ocurrir anoche...

Salgo furiosa del baño y me dirijo a la cocina donde, para mi sorpresa, encuentro a todos mis amigos sentados a ambos lados de la mesa. No sabía que las chicas se habían levantado ya. Cuando entro en la habitación en toalla, todos me observan asombrados y luego se miran entre ellos con una expresión que no sabría definir. Está claro que anoche pasó algo y nadie quiere hablar conmigo de ello. Opto por no preguntar e intento convencerme de que ya me enteraré. Mi prioridad es averiguar quién ha marcado mi cuerpo como su territorio.

—¿Quién me ha hecho esto? —exclamo, señalando el chupetón.

Mi expresión indignada hace reír a mis amigos y eso me enfada aún más. Este es uno de los pocos puntos en los que nunca nos ponemos de acuerdo. Para ellos, un chupetón no es más que el recuerdo de un momento intenso y sensual; y no tiene una connotación negativa o posesiva. Para mí, sin embargo, es el equivalente a ponerle una correa a un perro. Como sé que jamás entenderán mi punto de vista y veo que bromean acerca de lo que llevo en el cuello, salgo furiosa de la cocina.

Antes de que pueda llegar a la puerta de mi habitación, una mano me agarra del codo y me tira hacia atrás. Poco después, me encuentro con la espalda contra la pared de madera. Ethan está frente a mí, apoyando el brazo junto a mi cabeza. Mi amigo clava sus ojos en los míos, tan desafiante como siempre.

—¿Tanto te molesta esa marca?

Ethan me roza con la mano la aureola violácea que luzco en el cuello. Sus dedos helados me ponen la piel de gallina y siento que me estremezco. Sin embargo, no me muevo ni un milímetro al sentir su caricia y sigo aguantándole la mirada. Lo de ceder no está en nuestros planes. De niños, solíamos quedarnos mirándonos durante horas. La mano de Ethan sigue recorriendo mi cuello de arriba abajo y puedo ver claramente la dilatación de sus pupilas.

—Sí, me molesta. Es un signo de sumisión y pertenencia.

—¡Y Mia no se somete ni le pertenece a nadie! —me interrumpe con una voz tan potente como un trueno.

Mi amigo me desafía con la mirada una vez más, antes de acercar un poco más su cuerpo al mío. Su mano sigue en mi cuello, y aprieta ligeramente los dedos en mi piel mientras su pulgar sube lentamente y recorre el camino de mi mandíbula. Ethan lleva tiempo trasteando conmigo,

poniendo a prueba mis límites y la línea que separa el colegueo de la amistad con derecho a roce. Tengo que admitir que sus jueguecitos causan cierto efecto en mí. No me importaría tirarme de cabeza a la piscina. Mi regla es no acostarme con él, pero nada me impide divertirme un poquito. Es un juego que se nos da muy bien a los dos.

Ethan aparta sus ojos de los míos y me acerca la boca a la oreja. Su aliento recorre mi piel y me provoca un escalofrío tras otro. No le veo la cara, pero siento que sonríe. Verme temblar así le divierte; le demuestra que está ganando terreno. Sus labios están a escasos milímetros de mi cuello y su pecho roza el mío.

—Todos pertenecemos a alguien, Mia. Y hoy, los dos llevamos las marcas que lo demuestran.

Sin añadir nada más, se separa de mí y tengo que contenerme para no agarrarle de la camiseta y volver a apretar su cuerpo contra el mío. Cuando se da la vuelta para marcharse, observo su sonrisa. Este juego se le da muy bien, pero yo no me quedo atrás. Aún no he dicho la última palabra.

Lo miro alejarse hacia la cocina y luego me dirijo a mi habitación para vestirme. Me pongo un mono corto con mangas tres cuartos. Estamos en abril, pero hace buen tiempo.

Cuando todos nos hemos duchado, nos vamos de pícnic a un parque que hay a unas calles de mi piso. Pero por el camino, no puedo dejar de darle vueltas a las palabras de Ethan. ¿Acaso tuve yo algo que ver con la paliza que le dieron?

4

¿Qué te apuestas?

La tarde en el parque pasa lentamente, entre alguna que otra siestecilla y varias partidas de cartas, pero siempre de buen rollo. Al caer la noche, volvemos a mi piso, pero Ethan se separa de nosotros un poco antes, porque trabaja en el bar de su primo los sábados por la noche.

En el *pub* irlandés en cuestión sirven buena cerveza, pero también vino y unas hamburguesas que están que te cagas. A partir de cierta hora, apartan las mesas para despejar el local y la música se adapta al ambiente para que la peña baile un poco. Pasamos casi todos los sábados por la noche en este bar, lo cual es una alegría para su dueño, Neal. Muchos estudiantes de la escuela de osteopatía a la que vamos Tess y yo quedan aquí, y para agradecernos que traigamos a cada vez más gente, el primo de Ethan suele invitarnos a copas.

Cuando no está trabajando, Neal se apunta a un bombardeo, porque no nos saca muchos años y tiene una mentalidad bastante similar a la nuestra. Neal no es precisamente guapo, pero es muy elocuente y tiene un sentido del humor alucinante. Nunca vuelve a casa solo; siempre va del brazo de algún bomboncito, lo que le convierte en un miembro más de nuestro «grupito libertino». Aunque no quiera acostarme con él, tengo que admitir que me gusta tirarle fichas de vez en cuando, y Chloé y Tess hacen lo mismo. Es lo que nos une, al fin y al cabo. Chicos o chicas, ¡qué más da! ¡Libres domingos y domingas! Somos jóvenes y tenemos derecho a explorar nuestra sexualidad, sin límites ni complejos.

Si hay algo que me horroriza en esta sociedad, es la forma en que se trata a las mujeres liberadas. Si un chico se acuesta cada noche con una chica distinta, no hay problema. ¡Y encima le aplauden! Pero cuando una chica hace lo mismo, todos se indignan. Mis amigos y yo estamos a años luz de esta mentalidad. Nos gusta seducir. Es un juego constante y no juzgamos a los demás. Vivir con ellos es tan sencillo… Son un soplo de aire fresco en mi vida.

Hace un rato que hemos llegado al piso.

Miro a Charlie y a Paul, que están jugando con la consola y a Chloé, que me está haciendo las uñas. Tess está sentada en el extremo del sofá hojeando una revista, y resopla y pone los ojos en blanco cada vez que los chicos pegan un berrido porque se pican entre ellos. Estoy impaciente por llegar al *pub*. Teniendo en cuenta mis lagunas de anoche, siento que no he disfrutado lo suficiente con ellos. Aunque a veces quedamos durante la semana, me gusta pasar los findes con el grupo. No tengo muchos amigos, pero los quiero a rabiar y lo he vivido todo con ellos. Siempre hemos estado juntos, incluso cuando me fui un par de meses a otro continente, a miles de kilómetros de Francia. ¡No sé qué haría sin ellos!

—Mia, ¿por qué sonríes así? Me das un poco de *cringe*[1].

La voz de Charlie se inmiscuye en mis pensamientos y me doy cuenta de que mis cuatro amigos están mirando fijamente, mientras yo esbozo lo que probablemente sea una sonrisa muy tonta. Le saco la lengua a Charlie y entonces él se ríe de nuevo.

—¿En qué estabas pensando?

Chloé me mira con sus grandes ojos azules. Sonrío ampliamente y admiro el currazo que se ha pegado con mis uñas.

—Estaba pensando en la suerte que tengo de que seáis mis amigos…

Ella me sonríe y se levanta para abrazarme.

—Nosotros también tenemos suerte de ser tus amigos, Mia. Pero como te destroces la manicura, te mato.

Su arrebato de amor contrasta tanto con su amenaza de muerte que no puedo evitar soltar una carcajada. Luego me suelta con delicadeza, se aleja de mí y me guiña el ojo. Recoge todo su kit digno de un salón de uñas y yo me siento en el sofá junto a los chicos. Están tan absortos en su juego que ni siquiera se fijan en mí. En la pantalla de la tele, los personajes libran una pelea a muerte. Me hundo un poco más en el sofá y apoyo los pies en los hombros de Paul. Saber que están todos cerca de mí me tranquiliza. Aunque cada uno tenga su vida aparte, estamos juntos. Somos una familia.

Mi madre siempre ha sido una presencia bastante fugaz en mi vida. Es periodista, así que siempre ha viajado mucho para informar desde cualquier parte del mundo. Nunca me he quejado de que se dedique a su pasión, y no la culpo por ello. Además, siempre ha estado ahí cuando la necesitaba. Después de la ruptura con Florent, lo dejó todo y me llevó a Argentina para cuidar de mí y alejarme de todo lo que había sido mi relación con él. Disfruté mucho allí con ella y le guardo especial cariño a esa etapa de mi vida. Pero como estaba lejos de mis amigos, me sentía vacía. No me veía capaz de rehacer mi vida, así que cuando nuestra estancia llegó a su fin seis meses después, aceptó no prolongarlo más y volvimos a casa.

—¿Nos echamos una partidita al Mario Kart?

Giro la cabeza hacia Tess, que ha apartado los ojos de su revista y espera una respuesta. Charlie y Paul, aún absortos en su juego, ni siquiera se dignan a mirarla. Aprovecho que tengo los pies apoyados en los hombros de mi Paul para marearlo un poco y me pongo a hurgar con los dedos de los pies cerca de su oreja para desconcentrarlo. Mi amigo gesticula y gime y Charlie se ríe y le dice que le está metiendo una somanta de leches.

Poco después, aparece *Game Over* en la pantalla, y Tess suelta un gritito de alegría. Luego se levanta de un salto y se dispone a conectar los otros dos mandos para empezar una nueva partida. Paul se vuelve hacia mí, y me dirige una mirada asesina, a la que yo respondo con una sonrisa inocente. En un abrir y cerrar de ojos, se abalanza sobre mí y me hace cosquillas a traición en el costado.

—Me has hecho perder a propósito, Mia. ¡Ahora quiero mi venganza!

Intento recuperar el aliento entre carcajada y carcajada y le suplico clemencia, pero es en vano. Ahora tengo flato. Paul se rinde y se sienta a mi lado y luego me besa en la mejilla antes de coger un mando. Tess me pasa el segundo, luego le da uno a Charlie y coge el mando restante mientras anuncia que, una vez más, Chloé quedará en último lugar en nuestra pequeña competición.

Jugamos unas cuantas partidas antes de prepararnos para salir. Por las noches aún hace fresco, así que decido combinar unos pantalones cortos color burdeos con unas medias negras y una camiseta con un bonito escote redondo. Creo que me pondré también unas botas de estilo militar.

Nos duchamos por turnos. Por suerte, mi casa tiene dos baños, y una hora más tarde, todo el mundo está listo para salir.

Decidimos ir andando hasta el local. Son unos treinta minutos a pie, pero es mucho más agradable que coger el metro o el autobús. Por el camino nos cruzamos con muchos chicos de nuestra edad que, como nosotros, frecuentan los bares y restaurantes de la zona. También nos cruzamos con dos amigos de Paul y Ethan del club de rugby, que se acoplan a nuestro plan. Tristan y Grégory son dos chicos altos y bastante mazados. Tess y Chloé no se cortan y les

lanzan un par de miraditas, mientras Charlie y yo nos burlamos de ellas. Pero las bromitas no me duran mucho más, porque Tristan tiene una buena salida que suscita mi interés.

—¿Te parece mal que Chloé me tire la caña, Mia? —pregunta en voz baja, para que los demás no puedan oírlo.

Me sonrojo ligeramente, pero su comentario despierta mi instinto de cazadora.

—¿Que si me parece mal? ¿Por qué lo preguntas? Aclárate, chico. Tienes a una pelirroja preciosa que intenta acercarse a ti y, sin embargo, aquí estás, hablando conmigo.

Doy unos pasos de espaldas a mis amigos y me alejo de él, mirándolo fijamente mientras esboza una sonrisa de oreja a oreja. Luego me giro y dejo que mi melena caiga por la espalda y ondee mientras camino. Sé que estará devorándome con la mirada y, sin duda, mirándome el culo, que luce espectacular gracias a mis pantaloncitos color burdeos.

Cuando llegamos al *pub*, nos dirigimos a nuestra mesa habitual, la que solemos ocupar los sábados. Miro a mi alrededor en busca de Ethan y lo encuentro detrás de la barra. Está tan metido en su conversación con una chica rubia y alta que ni siquiera nos mira.

Pero Neal deja lo que está haciendo y nos da la bienvenida. Estrecha vigorosamente la mano de los chicos y nos da un beso en la mejilla a cada una. Nos pregunta qué tal estamos y luego nos toma nota y se dirige de nuevo a la barra.

Lo sigo con la mirada mientras se abre paso entre la multitud para volver a su sitio detrás de la barra. Se acerca a Ethan, que sigue charlando con la rubia, se inclina y le dice algo al oído. Frunzo el ceño cuando veo que mi amigo se endereza y mira en nuestra dirección. Su mirada se cruza con la mía y aguantamos así durante unos largos segundos, cada uno desde una punta del local. Luego me guiña el ojo y se pone manos a la obra, empezando por nuestras bebidas.

Centro mi atención de nuevo en nuestra mesa y veo que Tess está en plena conversación con Grégory. A su lado, Chloé, Paul y Charlie discuten sobre cuál es la mejor hamburguesa del menú, lo que ya es una trifulca común y tediosa entre esos tres.

Entonces me vuelvo hacia Tristan, que se ha sentado a mi lado, y me topo con sus ojos y su preciosa sonrisa. Lo miro un poco más de cerca, y me fijo en sus brillantes ojos verdes, y luego bajo la vista hacia sus labios y los hoyuelos esculpidos en sus mejillas. No puedo evitar seguir el camino hacia su torso, que se intuye a través de su oscura y ceñida camisa. Tiene los dos botones superiores desabrochados, por lo que puedo ver su piel bronceada. Me muerdo el labio inconscientemente mientras lo contemplo y pienso en lo mucho que me gustaría tocar ese cuerpo sin ropa, y luego le miro a los ojos. Él aparta la mirada rápidamente, sacude la cabeza y me sonríe, y luego se inclina pare decirme al oído:

—No sabía que fueras tan juguetona, Mia…

Me pone la mano en el muslo y la sube suavemente hacia la ingle, hasta detenerse en la costura de mis *shorts*, que son bastante cortos.

—Eso es porque no te has fijado lo suficiente en mí…

Lo miro por encima del hombro, desafiante, y, sin más preámbulos, él se inclina hacia mí para darme un beso dulce. Aprovecho el momento para rodearle la nuca con los brazos y acercar mi cuerpo al suyo. Saboreo la suavidad de sus labios, que contrasta con el calor de su beso, pero entonces un estruendo me hace retroceder instintivamente. La primera imagen que veo es la de una bandeja sobre la mesa, con algunos vasos medio volcados. Levanto la vista, y me fijo en los brazos que la sostienen, hasta que por fin veo la cara de Ethan y su eterna sonrisa burlona. Sus ojos se clavan en los míos, como si disfrutara de la situación.

—Lo siento, chicos, ¡creo que me he distraído un poco!

Charlie y Paul se ríen, pero Tess y Chloé lo observan, con las cejas levantadas. La mano de Tristan aprieta ligeramente mi muslo mientras agarra su cerveza. Cojo mi copa de vino y veo a Ethan alejarse después de tomar nota de la comida. Me llevo la copa a los labios y siento que Tristan se inclina hacia mí. Su cálido aliento me acaricia la oreja.

—¿Estáis juntos?

Dejo la copa sobre la mesa después de tragar mi sorbo de vino y le dirijo una mirada confusa, y él responde señalando a Ethan con la cabeza. No puedo evitar reírme al imaginarnos juntos a Ethan y a mí.

—Para nada, ¿por?

—Nada, solo me lo preguntaba, porque ha sido un poco raro que nos interrumpiera de una forma tan violenta mientras te besaba.

Le respondo con un vago gesto de la mano, para restarle importancia, y le digo que ha ido solo una coincidencia.

Poco después, nos sirven rápidamente las hamburguesas y damos paso a una cena bastante agradable. Tristan y yo seguimos tonteando y provocándonos con besos y caricias tentadoras. A medida que pasan las horas, me resulta cada vez más atractivo. Pasadas las once, el personal del local aparta las mesas para despejar la pista y yo animo a mi grupito a que me acompañen.

Siempre me ha gustado bailar. Es un momento en el que siento que puedo evadirme del mundo. Bailo con todo el mundo antes de acercarme a Tristan y ambos nos movemos al ritmo de un par de canciones latinas que todos conocen. Me lo estoy pasando muy bien y decido acercarme a la barra, donde está Ethan, para que se lo pase bien un rato. Él sigue charlando con chica rubia de antes. Le pido una copa a Neal, y no dejo de observar a mi amigo por el rabillo del ojo. Poco después, Ethan se aparta de la chica con la que está tonteando y se acerca a mí.

—¿Te lo estás pasando bien?

Mi amigo me sonríe e inclina ligeramente la cabeza hacia un lado. Siempre que hace ese gesto es que se le ha ocurrido una idea y, aunque aún no sé de qué se trata, tengo la sensación de que pretende seguir con nuestro jueguecito.

—Sí, la verdad es que sí.

—¿Te vas a llevar a tu querido Tristan a casa?

—No lo sé, tal vez.

—¡Pero bueno! ¿Ahora te haces la cortada?

Ethan apoya los antebrazos en la barra y se acerca a mí, mirándome fijamente.

—Normalmente no te achantas a la hora de tirarte a los tíos que te gustan…

Su tono no es en absoluto crítico ni sentencioso, pero veo que sus ojos se iluminan con un atisbo de decepción, o de enfado, tal vez. Me incorporo antes de mirarle y responderle con una sonrisa:

—Eso no es del todo cierto. ¡Si no, me habría acostado contigo!

Tras esa pequeña bomba, le doy la espalda y me concentro en los bailarines que se han soltado en la pista. Ahí están Grégory y Tess, restregándose el uno contra el otro. Mis otros amigos han vuelto a nuestra mesa y están hablando con Tristan.

—¡Puede que sea porque a mí no me gustas!

La voz de Ethan me pilla por sorpresa y me giro para mirarlo. Sigue apoyado en la barra, inclinado hacia mí, y me sonríe ampliamente.

—Vamos, Ethan… ¡Los dos sabemos que si yo estuviera dispuesta a jugar, caerías de inmediato!

—¿Y si lo apostamos?

Yo también pongo las manos en la barra, entre los brazos de Ethan, y acerco mi cara a la suya, para demostrar que me siento segura de mí misma.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Tienes un mes para seducirme y hacer que caiga en la tentación.

—¿Cómo sabré que lo he conseguido?

—Porque te comeré la boca.

—¿Y qué gano yo con esto?

—Si ganas, estaré a tu servicio durante dos meses. Haré todo lo que me digas. Si gano yo, romperás la sexta regla y te acostarás conmigo. Pero ahora que lo pienso, con eso también saldrías ganando, porque soy un partidazo.

Ethan acompaña sus palabras con un guiño y yo me quedo callada. Conque eso era lo que estaba planeando... Ethan siempre me ha dicho que mis normas son estúpidas e inútiles, así que está intentando saltárselas. Intento pensar con claridad. Saltarme una de mis reglas me pone ansiosa. Hace mucho tiempo que las establecí y forman parte de mi vida. Con otro chico, habría ganado fijo. Pero Ethan es tan juguetón y orgulloso como yo. Se niega a perder, especialmente conmigo.

—Bueno, mi querida Mia, ¿a qué esperas? ¿Acaso te da miedo apostar?

Y ahí la tenemos: la frase que puede conmigo. La frase que activa mi competitividad, la que siempre me ha hecho aceptar sus apuestas, con independencia de lo que esté en juego.

Me levanto rápidamente. No estoy dispuesta a perder.

—¡Trato hecho, amigo!

---

[1] *N. de la T.* Del inglés, «dar *cringe*» es una expresión que utilizan los jóvenes para decir que algo les da dentera o tericia, esto es, que les repele o les genera rechazo.

5

¡Que empiece el juego!

Me despierto con la boca tan pastosa como el día anterior, pero sin lagunas. De hecho, hoy recuerdo perfectamente la apuesta con Ethan, que yo misma acepté.

¡Seré tonta! No debería haberlo hecho. ¡Ya lo sé, ya!

Me tapo los ojos con el brazo y sigo dándole vueltas.

¡Dios, y tanto que ha sido una idea de mierda! Maldito espíritu competitivo…

Después de tomar semejante decisión, volví a bailar con Tristan y, a juzgar por la mirada divertida que me echó Ethan, dudo que los celos rijan sus actos. Pero ¿por qué tuve que aceptar? Además de romper mis reglas, ¡también podría acabar con nuestra amistad! Necesito un plan. Un plan para ganar. Es la única manera de no echarlo todo a perder. Sé cómo actuar cuando me gusta un chico, cómo hacer que se muera por mí, pero Ethan no es un chico cualquiera. Me conoce como a la palma de su mano. Voy a tener que ser sutil, avanzar poco a poco. Ir a por todas sería un gran error…

Dejo caer mi brazo sobre el colchón. Tengo un mes para hacer que caiga y pienso conseguirlo. Después de todo, ningún chico me ha rechazado nunca, y Ethan sigue siendo un hombre, todo lo relacionado con el guarroneo es su debilidad.

Me incorporo rápidamente y hago que Chloé, que está tumbada en el colchón del suelo con el móvil en la mano, se sobresalte. Me mira extrañada y me pregunta si todo va bien. Yo le sonrío de oreja a oreja.

—Estoy mejor que bien. Se va a cagar, ¡no voy a dejar que gane!

Mi amiga se incorpora en el colchón y se sienta de cara a mí, y deja el móvil a un lado.

—¿De quién hablas, tía?

—De Ethan.

—¿Qué?

—Ethan y yo hicimos una apuesta anoche. ¡Y voy a ganar!

Chloé se levanta a toda prisa y salta a la cama para acercarse a mí. En el proceso, empuja a Tess, que está tumbada a mi lado, y esta suelta un gruñido molesto. Mi amiga abre un ojo y farfulla, pero Chloé le cuenta que Ethan y yo hemos hecho una apuesta, y entonces se levanta rápidamente, como si se hubiera despertado de sopetón. Las dos me observan atentamente, sin mediar palabra. Este jueguecito que nos traemos los dos ya ha convencido a nuestros amigos de que estamos un poco tocados y de que somos muy testarudos, pero no nos engañemos, también les entretiene. Ellos mismos apuestan sobre quién creen que ganará. Ahora que las veo así de atentas, me da la impresión de que esperan mis palabras como si fueran las de un mesías.

—Tengo un mes para hacer que Ethan caiga.

—¿De qué palo? ¿Tiene que besarte, empotrarte contra la pared…? —pregunta Chloé.

—¿Por qué quieres que la empotre con la pared?

—Siempre he pensado que Ethan es un poco animal. Y teniendo en cuenta la forma en que la mira y…

Chloé hace una pausa antes de terminar la frase y me mira con pudor. En cuanto a Tess, aparta los ojos de Chloé y los fija en mí, meneando la cabeza.

—¿Y qué, tía? —pregunto, deseosa de que acabe la frase.

Miro a Chloé, que a su vez se vuelve hacia Tess, y esta por fin se digna a hablar.

—Lo que Chloé quiere decir, tía, es que a veces Ethan te devora con la mirada.

—Mira así a todas las chicas, Tess.

Mis dos amigas intercambian una mirada misteriosa y luego se encogen de hombros. Estoy harta de todas estas conversaciones no verbales en las que no participo. Pero antes de que pueda decir nada, Chloé me pide más explicaciones, así que les cuento el plan a mis amigas.

—Tengo un mes para hacer que Ethan caiga. Tengo que conseguir que me bese. Si gano, será mío durante dos meses. Un auténtico esclavo.

Sonrío al imaginarme a Ethan con un bonito delantal y limpiando el piso mientras yo me tumbo en el sofá. Las miraditas de mis amigas, que esperan ansiosas a que les cuente lo que está en juego, me hace volver a la realidad.

—Pero si gana él, me saltaré mi sexta regla y tendremos que acostarnos.

Al oír estas palabras, ambas se quedan de piedra, con los ojos muy abiertos. Tardan unos segundos en recuperarse de la sorpresa. En realidad, las entiendo. Siempre he repetido esas reglas como un mantra sagrado, ¡y ahora lo pongo todo en peligro por una estúpida apuesta!

Tess es la primera en romper el hielo.

—¿Vas a saltarte una de tus reglas?

—Solo si pierdo, y no voy a perder.

Tess y Chloé se miran, como si dudaran de mis capacidades. La pelirroja se vuelve por fin hacia mí y me coge de la mano.

—Mia, sabes que te adoro. Llevamos juntas desde que me devolviste mis canicas después de que el muy cazurro me las robara. Todos sabemos que Ethan es un picaflor, pero también es el chico más cabezota que conozco, y lleva años con sus jueguecitos. ¡Es imposible que pierda!

—Estoy de acuerdo con Chloé. ¡Te va a dejar por los suelos! —añade Tess.

—Chicas, dejadlo ya. Ya sé que Ethan se ha pasado el juego de la seducción, pero a mí tampoco se me da mal. Sé que puedo ganar a mi manera. Tú misma has dicho que la forma en que me mira es transparente, así que ya sabemos sus intenciones.

—Pero una cosilla… Al menos querrás acostarte con él, ¿no?— pregunta Chloé.

Las cejas levantadas de mis amigas me hacen perder la confianza durante unos segundos. Intento aclarar mis ideas y les respondo, con la mirada perdida.

—Siempre me he preguntado cómo sería acostarme con él…

Mis amigas intercambian otra mirada cómplice y continúan su conversación telepática de la que estoy excluida, pero Tess habla antes de que tenga oportunidad de quejarme:

—Vale, estamos contigo. Solo necesitas un plan.

Chloé asiente.

—Sí, necesito un plan, y uno eficaz.

—Bueno, de serie sueles ir bastante ligera de ropa, así que eso lo descartamos ya —dice Tess.

—¿Cómo que suelo ir bastante ligera de ropa?

Mis dos amigas me miran las piernas desnudas y luego la vieja camiseta de tirantes que llevo como pijama. Es tan baja por debajo de las axilas que casi se me sale una teta.

—Vaaale… ¡Admito que mi pijama anda un poco escaso de tela!

—¿A eso lo llamas pijama?

Mis dos amigas se ríen a carcajadas y yo bajo la cabeza. Es cierto que no le presto mucha atención a lo que me pongo para estar por casa. Sin ir más lejos, ayer salí en toalla tan campante

delante de todos. Pero en mi defensa diré que nos conocemos desde hace años y nunca imaginé que nos veríamos en esta situación.

Espero pacientemente a que las chicas se calmen y pongan los pies en la tierra. Entonces Chloé me pregunta cuál es el plan. Respiro hondo, me levanto y me dirijo a la puerta, mientras ellas no me quitan el ojo de encima, expectantes. Antes de salir, me vuelvo hacia ellas y les regalo una gran sonrisa antes de decir:

—¡Improvisar!

Me dirijo a la cocina y oigo unos pasos apresurados detrás de mí. Empujo la puerta y entro. Los tres chicos están tranquilamente sentados, desayunando. Chloé y Tess vienen detrás de mí hechas unas furias y me empujan. Charlie y Paul fruncen el ceño por la escenita que están montando, pero Ethan fija sus ojos en mí, sin dejar de sonreír. Para variar…

En su cara veo la suficiencia de alguien que sabe que va a ganar. Saborea su victoria antes de haber siquiera empezado el juego. Pero aún no ha visto de lo que soy capaz. Dejaré que disfrute de este momento y así, la partida se pondrá mucho más interesante. Me acerco a la mesa donde están sentados los tres y sonrío ampliamente a mis dos amigos, e ignoro deliberadamente a Ethan.

Desde pequeño, siempre le ha gustado ser el centro de atención. Sé que le pone de los nervios que me interese por alguien que no sea él, sobre todo cuando estamos en pleno jueguecito. Decidida, ocupo la silla de su izquierda, frente a Charlie y Paul, cuyos ojos no dejan de ir y venir entre nosotros y las chicas. Chloé se sienta a mi izquierda y Tess a la derecha de Ethan. Un ambiente tenso y extraño se instala en la cocina y el silencio se cierne sobre nosotros. Estoy un poco enfadada conmigo misma por ser en parte responsable de este paripé, sobre todo porque Paul y Charlie no parecen entender lo que está pasando. Me coloco bien en la silla y apoyo los antebrazos en la mesa.

—Bueno, ¿habéis dormido bien?

Paul y Charlie se miran antes de coincidir en que lo de dormir en la misma cama no es muy práctico, sobre todo teniendo en cuenta que uno de ellos es tan grande como un aparador. La conversación deriva rápidamente hacia Grégory, el ligue de Tess de anoche. Comemos mientras charlamos y nos burlamos un pelín de nuestra amiga.

Me muestro adorable y sonrío a todo el mundo, pero sigo pasando de Ethan, que está a mi lado. Por el rabillo del ojo veo cómo su rostro se ensombrece, y poco a poco, intenta acercarse a mí para que nuestros cuerpos se rocen. No creo que lo haga conscientemente, lo que confirma mis sospechas y me demuestra que le gusto.

Me regodeo para mis adentros mientras mis amigos van abandonando la mesa uno a uno para hacer sus cosas. Poco después, me quedo a solas con Ethan y decido ponerme a limpiar la cocina. Mientras amontono los platos en el fregadero, siento su mirada ardiente que sigue cada uno de mis movimientos. Decido poner a prueba sus límites guardando los cereales en el armario. El estante es alto, así que tengo que ponerme de puntillas para alcanzarlo. Mi camiseta de tirantes se levanta ligeramente, y eso deja al descubierto mis bragas y parte de mi culo. Enseguida oigo el ruido de la silla contra el suelo y el cuerpo de Ethan no tarda en acercarse al mío. Ethan coge el paquete de cereales y los deja en la estantería antes de inclinarse hacia mí. Apoya ambas manos en la encimera y aprieta el torso contra mi espalda. Su aliento se posa dulcemente sobre la piel de mi cuello y se acerca a mi oreja para decirme:

—Si crees que puedes ganar enseñándome tu cuerpo, cometes un gran error, Mia. Llevo toda la vida viéndolo, y me lo sé de memoria.

Acto seguido, se aleja de mí y sale de la cocina. Por mucho que me cueste admitirlo, las chicas tenían razón. Intentar tentarle con mi cuerpo no servirá de nada. Pero hay algo de lo que Ethan no se habrá dado cuenta, y es que cuando estaba cerca de mí, he sentido la prueba evidente de que me desea, rozándome la espalda. Con eso basta por ahora. Solo tengo que conseguir que ceda, averiguar cómo hacer para que baje la guardia. Por desgracia para mí, Ethan es orgulloso y soberbio. Eso es algo que ambos tenemos en común y que nos fuerzan a no flaquear nunca en presencia del otro.

No puedo evitar que un profundo suspiro escape de mis labios. Saltarme una de mis reglas me aterra, pero lo importante en esta apuesta es mi orgullo.

Tengo un mes para meterme en su mente. Treinta días. Es poco tiempo, pero tengo que ir poco a poco. En el fondo, quiero saborear estos momentos con él, hacer que duren. No quiero una victoria fácil.

Cuando termino de ordenarlo todo, salgo de la cocina y me dirijo a mi habitación. Oigo a los chicos jugando a la consola en el salón. Cruzo la puerta y veo a Chloé y a Tess sentadas en mi cama, esperando a que llegue. Cierro rápidamente la puerta y me siento en la silla de mi escritorio, y luego me giro dramáticamente hacia ellas. Pasan unos segundos antes de que Tess hable.

—Dudo que ignorar a Ethan sea una buena técnica para conseguir que ceda.

—No es para hacer que ceda, es para hacerle reaccionar... No es lo mismo. Siempre ha odiado que lo ignoren y lo aparten.

—No, lo que odia es que *tú* lo ignores. No es lo mismo, Mia.

Me vuelvo hacia Chloé, que me mira fijamente, enarcando una ceja. Ella siempre ha pensado que las provocaciones de Ethan, la forma en que me reta, esconden algo más que un espíritu competitivo y un apetito malsano por los juegos. Yo estoy convencida de lo contrario. Conozco a Ethan. Solo me ve como a una rival digna, capaz de plantarle cara y hacer que la partida sea más interesante.

—¿No recuerdas los berrinches que le daban delante de la profe de 4º de primaria? En cuanto ella se interesaba por otro, él se enfurruñaba —le digo.

Chloé pone los ojos en blanco y deja caer las manos sobre la cama, como diciendo «piensa lo que quieras, ¡sé que tengo razón!». Me encojo de hombros antes de volverme hacia Tess, con la esperanza de que tenga alguna idea para ayudarme. Al ver que espero algo de ella, se deja caer en la cama y se pasa el brazo por detrás de la nuca antes de hablar.

—El problema es que ya lo sabe todo sobre ti. No sé qué podemos hacer para que caiga rendido a tus pies. Nada nuevo, vaya.

—¡Oye! ¡Yo nunca he intentado que caiga rendido a mis pies! No he hecho nada que no haya intentado con Paul o Charlie.

Chloé se deja caer junto a Tess, y suspira de forma exagerada. Yo hago lo mismo: me tumbo entre las dos y me quedo mirando al techo.

—Enseñarle mi cuerpo no va a funcionar. Teníais razón.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Vuelvo la cabeza hacia Tess, que está a mi derecha.

—Pues porque lo he intentado antes, en la cocina. Me dijo claramente que estaba cometiendo un error y que ya *conocía mi cuerpo de memoria.*

Cruzo los brazos sobre el pecho mientras Chloé estalla en carcajadas y veo que Tess se contiene con dificultad.

—Es la primera vez que te rechazan. ¿Qué se siente?— me pregunta mi amiga.

—Ja, ja, ja. La verdad es que no es agradable. ¡Ya verás cuando te pase a ti!

Mis amigas se ríen cada vez más fuerte mientras me pongo boca abajo para hacerles ver que estoy enfurruñada. Una vez que se han calmado, ellas también se tumban boca abajo y apoyan la cabeza en mis hombros. Entierro la cara entre los brazos, desesperada. Necesito un plan, y rápido.

6

Tramposo de manual

No dejo de comerme el coco. Estoy en clase sentada junto a Tess, pero no escucho ni una palabra de lo que dice el profesor. Me limito a mirar por la ventana y lucho por reprimir mi ira. Tess pone la mano encima de la mía y me mira, compasiva, mientras me muestra un mensaje en la pantalla de su móvil. Siento que me hierve la sangre al ver las pocas palabras de Ethan:

* *Esta noche no puedo*.

¡Será imbécil! ¡Así no vale!

Es viernes y, desde aquel domingo por la mañana en que intenté pillar a Ethan guardando los cereales en el armario de la cocina, no le he visto ni una sola vez. Ha dicho que no a todos los intentos de quedada, a todas las fiestas de nuestro grupito. Siempre dice que está ocupado con el trabajo, y los findes, con el bar de su primo. ¿Cómo puedo esperar que caiga rendido a mis pies si no lo veo?

Pero no se me va a escapar tan fácilmente.

Contaba con verle esta noche. Había organizado una cenita para coincidir todos, y ahora le dice a Tess que no va. ¡Joder! ¡Vaya marrón! No voy a dejar que esto siga así. No voy a permitir que juegue sucio.

Saco el móvil del bolso y le escribo un mensaje.

* *Sabía que eras un tramposo de manual, pero no me esperaba que fueras un rajao'. ¿Huir de mí para ganar una apuesta, en serio? ¿Tan pronto te cagas, Ethan?*

Si le provoco de esa forma, fijo que reacciona.

Móvil en mano, aviso a Charlie y a Paul de que esta noche solo quedamos las chicas, pero les digo que mañana nos vemos todos en el bar de Neal. Le doy un pequeño golpe en el brazo a Tess y le comunico mi decisión de quedar solo con Chloé y ella. Mi amiga asiente en silencio, con las cejas fruncidas. Es evidente que no entiende nada, porque se supone que tengo que seducir a Ethan, no alejarlo de mí. Pero ella no lo conoce tan bien como yo. Sé que mi mensaje alimentará su espíritu competitivo. Es tan fácil como pulsar un botón rojo después de pensar «ese color te está llamando, amiga…».

Me apuesto lo que sea a que aparecerá en el piso para marear y quedarse más tranquilo. Sin embargo, cuando lo haga, lo mandaré a paseo con la excusa de que es noche de chicas y ahí, ni pincha ni corta. ¡Me encanta! Ya estoy viendo su cara de frustración…

Va a venir a chincharme. Lo tengo clarísimo.

Me guardo el móvil en el bolsillo, satisfecha, y vuelvo a centrarme en la clase. Cuando el timbre anuncia la hora de comer, le meto prisa a Tess para que guarde sus cosas y ambas nos dirigimos a la cafetería. Una vez allí, cojo una bandeja y pongo en ella todo lo que encuentro: un entrante, un plato principal con doble ración de pasta y dos postres. Siempre he tenido mucho apetito, pero en fin, se necesita combustible para mantener el motor en marcha. Salgo a correr dos veces por semana y las consecuencias de mi voraz apetito pasan desapercibidas.

Cuando no cabe ni un plato más en mi bandeja, miro a mi alrededor en busca de una mesa y veo a Bastien, que me saluda desde el fondo del comedor. Estudia en nuestra escuela, pero en otro grupo. Es un chico encantador, aunque un poco extravagante. Ha quedado con Tess, Chloé y conmigo alguna vez que otra. Pero donde más nos vemos es en la escuela. Su novio, George, es muy casero, y se pasan casi todas las tardes juntos en su piso.

Me acerco adonde está Bastien, dejo la bandeja sobre la mesa y le doy un beso en la mejilla. Tess se sienta enfrente de mí y le dedica una gran sonrisa.

—Holi, chicas, ¿cómo estáis?

—Nosotras bien, ¿y tú? ¿Cómo van las cosas con George?

Bastien deja el tenedor en la bandeja y se vuelve hacia mí. Luego me coge la mano y me dice hastiado, casi de una forma teatral:

—¡El muy cobarde piensa dejarme solo este finde para ver a su familia! ¿Qué te parece?

Pongo cara de indignación antes de responderle escandalizada:

—¿Cómo se atreve a dejarte solo todo un fin de semana? A ti, nuestro chico de diez... ¡No puedo creerlo!

Al ver nuestro numerito, Tess se echa a reír y dice que deberíamos haber ido al Cours Florent[1], no a la escuela de osteopatía.

—¿En serio? Bueno, la verdad es que es más fácil lucir un óscar que una bata blanca. Siempre lo he dicho —responde Bastien, entusiasmado.

Tess y yo nos miramos y soltamos una carcajada. Unos minutos después, conseguimos relajarnos después de un ataque de risa de lo más absurdo. Tess le pregunta qué va a hacer este fin de semana, ahora que su novio le ha abandonado. Bastien se encoge de hombros y admite que no tiene la menor idea.

—Vente a casa si quieres. Hemos quedado Tess, Chloé y yo.

—¡Qué va! No quiero acoplarme. Es noche de chicas…

Los ojos de Bastien dicen algo completamente distinto a sus palabras. Casi me ruegan que insista, así le doy lo que quiere oír.

—¡No seas tonto! No es acoplarse. Nos encantaría que vinieras, ¿verdad, Tess?

—¡Pues claro! Y ya conoces a Chloé, ella también estará encantada.

—Vaaaale… En ese caso, iré.

Bastien acepta con indiferencia, pero puedo ver una expresión de alivio en su rostro. Creo que necesita desesperadamente una noche fuera de su apartamento de dos habitaciones. No es fácil estar enjaulado cuando el cuerpo te pide salir a bailar, ni siquiera por amor.

Dejo que Tess y Bastien se encarguen de los preparativos de esta noche y que decidan quién debe traer qué, y aprovecho para echar un vistazo a la cafetería. La sala está repleta de estudiantes armando barullo. Es extraño pensar que pronto no podré ver todas esas caras conocidas, porque el fin de mi etapa universitaria está al caer.

Mis ojos se posan en una mesa a mi derecha y observo a Julien con sus amigos. Cada vez me resulta más atractivo, si es que eso es posible. Se ríe con sus colegas y yo disfruto del brillo de sus ojos verdes.

¡Ups! Parece que se siente observado, porque poco después, levanta la cabeza y recorre todo el comedor, fijándose de mesa en mesa. Su mirada se cruza con la mía y la aguanta unos segundos antes de agachar la cabeza y sonreír. Cuando se vuelve hacia su amigo para decirle algo que no consigo entender, frunzo el ceño y entrecierro los párpados para observarle más de

cerca. Entonces me doy cuenta de que se ha puesto colorado y sus amigos parecen burlarse de él. Julien vuelve a girar la cabeza hacia mí, pero Kimberly lo llama. Mi queridísima amiga se acerca a él y se sienta a su lado, y aprovecha la oportunidad para colocar sus manos sobre los musculosos brazos de Julien. Me doy la vuelta y suspiro. Ya es hora de volver a la conversación de mis amigos. Los dos me miran fijamente y sonríen con complicidad. Yo, en cambio, les dirijo una mirada sombría.

—¿Qué os pasa? ¿De qué os reís?

—De ti. Deberías ver la carita que se te pone cuando le miras —dice Tess, señalando con el tenedor en dirección a Julien.

—No sé de qué me hablas…

Pongo cara de enfurruñada y centro la vista en mi bandeja. En vez de comer, jugueteo con el tenedor en el plato de pasta. Bastien me pasa un brazo por encima del hombro y me planta un beso en la mejilla.

—Anda, no te pongas así... Las clases están a punto de acabar y luego tendrás a Julien para ti solita, que me parece que es lo que quieres.

Levanto la vista y lo veo intentando aguantarse la risa. Le respondo con un gruñido burlón y él pone una cara que me hace reír. No tiene remedio. Por el rabillo del ojo, veo que la mesa de Julien se levanta y se dirige a los carritos donde se dejan las bandejas. Cuando el grupito pasa junto a nosotros, Julien se detiene a mi lado, con Kimberly agarrada del brazo.

Como era de esperar, la señorita no lleva bandeja, porque solo come ensaladas Sodebo[2] y alguna que otra manzana. Mi amiguita me dedica una gran sonrisa. Tardo unos segundos en darme cuenta de que uno de sus amigos le ha dado dos besos a Tess y se ha sentado a su lado, y otro se ha recostado en la silla que hay detrás de mí. El resto del grupo sigue caminando hacia la salida del comedor.

—Oye, Mia, ¿te vas a comer todo eso? Como sigas así, a ver quién te invita a cenar, chica… —dice Kimberly, intentando burlarse de mí.

La muy estúpida señala mi bandeja con la barbilla, me mira con desdén y estrecha el brazo de Julien con la mano que tiene libre, dado que en la otra lleva un bol de ensalada a medio comer. Tardo dos segundos en decidir si es mejor ignorarla o meterme con ella. Aunque tengo ganas de echarle ovarios y hacer que derrame unas lagrimillas, opto por la primera opción y me concentro en Julien. Las pijas como ella solo buscan casito, así que ignorarla es la mejor manera de volverla loca. Aunque me encantaría desahogarme un poco…

Antes de que pueda abrir la boca para dirigirme a Julien, él se me adelanta y dice:

—A mí siempre me han gustado más las que tienen buen diente, y no las que se comen una ensalada a diario…

Kimberly lo fulmina con la mirada y yo no puedo ocultar la expresión de asombro de mi rostro. A Julien no parece importarle haber ofendido a la muy petarda y se limita a sonreírme. Yo le devuelvo la sonrisa y esta vez no aparta la mirada. Sin embargo, sus mejillas se vuelven de un tono rosado y eso me parece sumamente atractivo. No estoy acostumbrada a estar rodeada de chicos tímidos o reservados, y creo que es la primera vez que veo a uno sonrojarse así. Me parece muy tierno, a la par que chocante. ¿Cómo puede un chico como Julien, que atrae todas las miradas, sonrojarse así delante de una chica?

—Ya sabes, Kimberly, menos pepino en el plato y más en la cama…

El chico que está sentado a mis espaldas se queda tan pancho después pronunciar

semejante frase, y Tess pone cara de que el mensaje le ha calado hondo. Bastien, por su parte, levanta la vista al cielo y suspira.

—Menuda has soltado, hijo...

Luego el figura se encoge de hombros antes de añadir, con toda la seriedad del mundo, que lo dice por experiencia.

Bastien lo mira de reojo y se echa a reír.

Frustrada por ver que todos la vacilan, Kimberly estira del brazo de Julien para salir pitando.

—Vamos, Ju… ¡Que llegamos tarde! —dice la muy petarda, mientras me dirige una mirada asesina.

Julien me mira de reojo y sus amigos se levantan de nuestra mesa. Kimberly ejerce más presión sobre su brazo y él dice, con tedio:

—Que sí, que ya voy...

Su grupito se dirige hacia la salida y Julien se despide de mí.

—¡Menuda víbora! —exclama Tess, metiendo la cuchara en el yogur.

—Pues sí… Es peor que Cruella de Vil y Paris Hilton juntas —dice Bastien, exhalando un suspiro.

Tess y yo nos miramos con los ojos como platos y luego nos echamos a reír. Pero al poco tiempo, la reacción inesperada de Julien ocupa mi mente y desconecto una vez más de la conversación de mis amigos.

Durante las clases de la tarde, noto que Julien me mira de vez en cuando y me sonríe tímidamente. Estoy tan empanada que ni siquiera les sigo el juego a Tess y a Adam, un compi que se siente detrás de nosotras en clase. Hoy no estoy para bromitas. Solo intento encontrar una excusa para ir a hablar con Julien, pero cada vez que Kimberly se da cuenta de que me mira, intenta distraerlo.

Me siento impotente. Encima tengo que ver cómo la masajea en clase, porque, por supuesto, son compañeros de prácticas. Cuando Julien se dispone a palpar su zona lumbar, cruzo los dedos para que no haya perfeccionado su técnica.

Por favor, que le haga un pelín de daño solo…

En fin. Estamos en quinto curso y él es uno de los mejores alumnos, así que… Me da a mí que mi sueño no se va a cumplir.

Cuando suena el timbre, salgo rápidamente del aula y le digo a Tess que la espero en la puerta. Mi móvil vibra en cuanto llego al pasillo y al ver el nombre de Ethan en la pantalla, sonrío. ¡Es tan predecible! Ahora solo me queda ignorarlo.

Me siento en un banco en la entrada de la escuela. Se supone que he quedado allí con Chloé y Tess, si es que esta última se digna a salir. Pasados unos minutos, Julien pasa por mi lado y sonríe discretamente. Sus amigos me saludan con la mano o la barbilla. Me quedo allí, sentada, observando cómo van saliendo los alumnos y me despido de algunos de ellos.

De repente, un coche se detiene en el semáforo a pocos metros de mí. No le presto mucha atención hasta que me topo con una mirada que me resulta muy familiar.

Sentado en el asiento del copiloto de un Ford Fiesta, Ethan me observa a través de la ventanilla. No tardo mucho en reconocer al conductor, que es uno de sus compañeros de trabajo, al igual que el hombre que va en el asiento de atrás. Ethan es incapaz de apartar su mirada ardiente de mí. Casi empiezo a notar cómo me quemo.

Veo que les dice algo a sus colegas y se desabrocha el cinturón, como si fuera a salir del coche, pero entonces alguien me pasa el brazo por encima del hombro. Los ojos de Ethan se oscurecen de inmediato y frunce el ceño sin dejar de mirarme. Giro la cabeza y sonrío a Bastien, que me da un beso en la mejilla y me dice que ya podemos irnos. Me vuelvo hacia el coche de nuevo, y veo a Ethan bastante inquieto. Le guiño un ojo antes de dejarme arrastrar por Bastien. Chloé y Tess van justo detrás, diría que disfrutando de la mirada furiosa de Ethan.

Como no conoce a Bastien, no tiene ni idea de que él ya tiene pareja... y tampoco es que yo sea su tipo, vaya.

¡Parece que el muy tramposo ha caído en una trampa después de todo! Ahora todo lo que tengo que hacer es poner en marcha la fase dos de mi maquiavélico plan.

---

[1] *N. de la T.* Academia de artes escénicas y canto que tiene centros de formación en ciudades de habla francesa como Burdeos, Montpellier, París o Bruselas.

[2] *N. de la T.* Sodebo es una empresa agroalimentaria francesa que produce principalmente ensaladas, sándwiches, pizzas y otros platos de comida para llevar.

7

Enfermera a domicilio

Me despierto poco a poco al sentir que alguien me hace la cucharita y me rodea la cintura con el brazo. Bastien debe de seguir dormido y ahora se cree que soy su novio. Lleva así toda la noche. Bueno, mejor dicho, durante las pocas horas de sueño que hemos conseguido conciliar entre las tres y las ocho de la mañana.

Me incorporo con cuidado para no despertarle y me desperezo entre bostezo y bostezo. Veo los pies de Chloé y Tess, que han estado durmiendo en el colchón del suelo. Estiro el brazo y cojo el móvil de la mesilla. Me alegra ver la cantidad de perdidas y mensajes que me ha dejado Ethan. ¡Mi plan ha funcionado! Mis dieces.

Hay que decir que no se lo he puesto fácil. Casi me da pena, pero se lo merecía. En cuanto lo vi en el coche a la salida de la escuela, supe que había ganado la batalla. Todo ha salido a pedir de boca.

Pero volvamos un poco atrás en el tiempo. Estábamos disfrutando de una noche de tranquileo en casa cuando, a eso de la una de la madrugada, oímos que llamaban a la puerta. No me sorprendió en absoluto descubrir a Ethan de pie en el umbral. Tenía las pupilas dilatadas, la corbata aflojada y los primeros botones de la camisa desabrochados. Por la forma en que la que luchaba por mantenerse en pie, con una mano apoyada en la pared, enseguida me di cuenta de que se le había ido de las manos lo de beber con sus colegas. Sus ojos me miraron de arriba abajo antes de fijarse en los míos. Pese a que se tambaleaba ligeramente, yo me mantuve impasible, inmóvil, y le impedí pasar al piso. Si hubiera enfocado la vista, me habría visto ahí quieta, de brazos cruzados. Pero en su lugar, dijo, como pudo:

—¿No vas a invitarme a pasar, Mia?

Ethan se acercó a mí y me puso las manos en los hombros, para luego acariciarme los brazos con una lentitud tediosa.

—Es noche de chicas, Ethan.

Después de decirle esto, asomó la cabeza por la puerta, no sin antes acercarse peligrosamente a mí y poner una mano en mi cadera con toda la naturalidad del mundo.

—¡Chiss, calla! Me parece haber oído la voz de un chico, ¿no? —contestó él, alzando las cejas.

—Qué espabilado andas, ¿no? Pues sí. La diferencia es que a él lo he invitado, y a ti, no.

Ethan se acercó aún más, sin apartar la vista de mí. Sus dedos se deslizaron por mis brazos, pasando por mis hombros y luego subiendo por mi cuello. Su mano derecha se aferró a mi cadera y la izquierda trepó por mi nuca hasta recogerme el pelo en una coleta alta.

Luego me dio un suave tirón y me obligó a inclinar la cabeza hacia atrás. Su cuerpo se apretó contra el mío y sus labios se detuvieron a unos milímetros de los míos. Sentí que mi respiración se aceleraba al ver cómo me miraba. Sus iris se escondieron tras sus pupilas dilatadas. Sus ojos parecían casi tan negros como los míos.

Ethan esbozó una sonrisa perversa al ver que yo me mordía el labio inferior. Quería dejarlo bien claro: él era el depredador y yo su presa. No es que me considere inofensiva e indefensa precisamente, pero sigo siendo su presa, al fin y al cabo. Finalmente, se separó ligeramente de mí y acercó la boca a mi clavícula, para luego subir hacia la oreja. Una vez más, su aliento me

provocó escalofríos.

—Estás jugando con fuego, Mia. Te vas a quemar… —dijo, sin tapujos.

Ethan dejó que su boca rozara mi piel y tuve que luchar para evitar que un gemido escapara de mis labios. Descrucé los brazos y apoyé las manos en el pliegue de su codo, para controlar el agarre en todo momento. Cuando le oí soltar una risita en mi oído, supe que tenía que controlar la situación rápidamente. Aproveché que iba más pedo que Alfredo para empujarlo contra la pared, cerca de la puerta, y de paso, me soltó el pelo.

Pero él no pensaba rendirse. Me agarró de las caderas y me atrajo hacia él. Yo le puse las manos en el pecho, y me deleité con sus pectorales tersos y musculosos. Dejé que mis manos se deslizaran suavemente por su cuerpo y luego bajé en dirección a su vientre. Recorrí sus abdominales con los dedos a través de la tela de su camisa y tiré del botón de sus vaqueros.

Sentí su respiración agitada y sus dedos se clavaron en mi piel, como si quisiera atravesarla para estar aún más cerca de mí. Entonces me puse de puntillas y me apoyé en sus brazos. Acerqué mi cara a la suya para que nuestros labios se rozaran y luego dejé que notara mi cálido aliento. Él suspiró y cerró los ojos mientras apretaba su pelvis contra la mía. Luego fui dirigiéndome lentamente hacia su cuello. Soplé suavemente en bajo su oreja, sonreí al verle estremecerse, y lamí su piel despacio.

Un gemido ronco escapó de sus labios e hizo vibrar todo mi cuerpo. Ethan ladeó la cabeza ligeramente, con la esperanza de disfrutar de unas cuantas caricias y besos más. Sin embargo, me acerqué a su oído y le susurré con una voz dulce y aterciopelada:

—Quizá sea eso lo que quiero.

Luego mordí despacio el lóbulo de su oreja, y tiré de él antes de alejarme, mientras que él se quedó aturdido en el rellano. Aproveché ese lapsus para entrar en el piso y cerré la puerta detrás de mí. Entonces abrí la mirilla para observar cómo se despertaba de mi hechizo y tardaba un par de segundos en darse cuenta de lo que acababa de ocurrir. Cuando recobró el sentido, sacudió la cabeza, sonriente, y se dio la vuelta por donde había venido.

Parece ser que luego se pasó la noche llamándome y enviándome mensajes para decirme que no me iba a salir con la mía. Que acababa de despertar a la bestia que llevaba dentro y que ella también estaba dispuesta a entrar en el juego.

Menuda nochecita, ¿eh?

El recuerdo de mi victoria nocturna me alegra de forma repentina. De momento, no le he contado a nadie lo que pasó anoche. Me merezco disfrutar de esta pequeña victoria.

—¿Vas a decirnos por qué sonríes así?

Giro la cabeza al oír la voz de Bastien. Está sentado en la cama, frotándose los ojos. Luego se acerca a mí, apoya la cabeza en mi hombro y me da un beso en la clavícula. Bastien es bastante cariñoso, aunque de una forma un tanto extraña.

—Espérate a que se despierten las chicas. ¿Has dormido bien?

—Sí, la verdad es que sí. Tu cama es muy cómoda. ¿Qué tal tú?

—Bien, ¡pero eres una lapa, amigo! ¿Tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Pues ale, ¡a desayunar!

Salimos de la habitación en silencio y vamos a la cocina. Bastien se deja caer en una silla, mientras bosteza de una forma escandalosa, y yo me encargo de preparar el desayuno. Una vez que está todo servido, comemos en silencio. Mientras me bebo el té, oigo unos gritos alocados en el dormitorio. Parece que las chicas ya están despiertas. Unos segundos después, entran por la

puerta de la cocina. Tess está como nueva, pero Chloé ha visto mejores días.

Me acerco a ella. Tiene los ojos rojos y brillantes, y está pálida. Le pongo la mano en la frente y noto que está un poco caliente. Le pido que se siente en una silla y ella resopla ruidosamente.

—¡Creo que has cogido un catarro!

Chloé se suena la nariz y Bastien se aparta ligeramente de ella con una mueca de asco. Yo me dirijo a la cocina a preparar uno de mis famosos brebajes para mi amiga. Zumo de limón, una cucharada grande de miel, jengibre, cúrcuma, agua caliente y un poco de ron. No hay nada mejor para el resfriado.

Le doy la taza y ella me da las gracias en un leve susurro antes de llevarse el recipiente a los labios. Tras el primer sorbo, Chloé hace una mueca algo extraña, pero sigue bebiendo de todos modos. Luego le sirvo a Tess lo que le apetece para desayunar y sigo mirando a la enfermita por el rabillo del ojo.

Mis amigas son mi criptonita. Cuando se ponen malas, me sale la vena protectora. Las quiero con todo mi corazoncito y haría lo que fuera para que estuvieran siempre contentas y sanas.

Me siento frente a Chloé y observo cómo se termina el brebaje. No le quito los ojos de encima, lo que me permite detectar un escalofrío. Sin perder ni un segundo, cojo una manta y se la pongo sobre los hombros. Bastien y Tess me observan, divertidos, mientras vuelvo a poner la mano en la frente de Chloé y saco un montón de medicinas.

—Solo es un catarro, Mia, ¡no se va a morir! —exclama Tess.

Me encojo de hombros.

—El año pasado te vino muy bien que cuidara de ti cuando estuviste enferma. Y lo mismo le pasó a Charlie cuando lo operaron, o a Paul, cuando se rompió el brazo.

Le saco la lengua y ella me lanza un beso.

—Oh, Mia, eres la mamá del grupo…

Bastien se ríe al oír el comentario de Tess y Chloé esboza una sonrisilla. Es cierto que siempre estoy pendiente de ellos, pero no puedo evitarlo. Una tiene que cuidar de su familia.

—Entonces, según parece, Ethan es el único que no se ha dejado cuidar nunca…

Me vuelvo hacia Bastien, que me observa con una mirada maliciosa.

—Ethan es demasiado orgulloso para admitir que no se encuentra bien.

—No, amiga, te equivocas. Lo que no quiere es que TÚ lo veas cuando está flojucho, que es muy distinto —dice Chloé con voz ronca.

La miro en silencio un momento y luego me doy la vuelta entre suspiros. Chloé lleva una semana soltando indirectas de ese palo y no entiendo a dónde quiere llegar. No conoce a Ethan tan bien como yo y malinterpreta sus gestos, pero se niega a escucharme.

—¿Y quién cuida de ti cuando estás enferma, Mia? —pregunta Bastien mientras Tess le sirve a Chloé una taza de té.

Yo sonrío y vuelvo a sentarme a su lado.

—¡Yo nunca me pongo enferma!

—Es verdad. La conozco desde hace veinte años y probablemente haya estado enferma tres o cuatro veces como mucho.

Chloé tose después de hablar.

—¡A la cama ahora mismo!

—Sí, mamá…

La acompaño a la habitación y le dejo unos paquetes de pañuelos, una botella de agua y un panecillo de leche en la mesita de noche.

—No hace falta que me mimes tanto… —me asegura Chloé mientras se mete en la cama.

Le digo que se calle y la tapo con el edredón.

—Cuando una está enferma, lo mejor que puede hacer es tener a alguien que la cuide. Así estarás como nueva dentro de poco. Venga, a descansar.

Menos mal que nunca me pongo enferma.

8

Jugando con fuego

Esa misma noche, Chloé decide que quiere venirse con nosotros al pub de Neal. Parece que le ha venido bien guardar cama, pero no estoy muy a favor de que se venga. Vaya idea de bombero... ¡Aún no está curada!

—Déjala en paz, Mia. ¡Ya es mayorcita, puede decidir lo que quiere hacer! —exclama Tess.

—A ver, solo está acatarrada. Tampoco creo que contagie a todo el bar y luego se ponga a convulsionar en la pista —añade Bastien.

Chloé se deja caer en el sofá, envuelta en una manta como si llevara un poncho.

—Y no te olvides de tu apuesta... ¡Ni de coña me pierdo vuestros jueguecitos! Además, me necesitas para ganar…

Su argumento me convence.

—Vale, pero esta noche, solo zumito de naranja.

Chloé levanta tres dedos y dice:

—¡Palabra de scout!

Me meto en mi habitación para vestirme y, pasado un rato, los cuatro nos dirigimos al bar de Neal. Al abrir la puerta, me doy cuenta de que el local está abarrotado. Me pongo de puntillas en la entrada y veo a lo lejos la manaza de Paul saludándonos. Cojo a Bastien del brazo y dejo que mis dedos se deslicen hasta los suyos para tirar ligeramente de él. Le hago señas para que me siga y animo a las chicas a que vayan detrás. Me abro paso entre la multitud para llegar a nuestra mesa. Al pasar junto a la barra, Ethan me mira de reojo, con el ceño fruncido. Su mirada se posa finalmente en mi mano y en la de Bastien, al que no pienso soltar. Veo cómo se endereza detrás de la barra, molesto, y se me dibuja una sonrisa en los labios.

Según parece, los celos son mi mejor arma ahora mismo.

Cuando llego a la mesa, veo a Paul sentado junto a Charlie, Grégory y Tristan. Les dedico una gran sonrisa y les presento a Bastien después de dar una ronda de dos besos. Ocupo mi lugar estratégico entre Tristan y Bastien, justo enfrente de la barra, esto es, con una vista perfecta de Ethan. Tess se acerca directamente a Grégory y le da un beso en la mejilla, muy cerca de la boca. A mi derecha, Bastien se inclina hacia mí y yo sigo observando a mi amiga con una sonrisa.

—El novio de Tess no está nada mal…

—No es su novio.

Giro la cabeza hacia él mientras me mira enarcando una ceja.

—¡Bueno, todavía!

Le guiño un ojo y él asiente con complicidad. Tristan, intrigado al ver que nos reímos, se acerca a mí y me pregunta qué pasa. Señalo con la barbilla a Tess y Grégory, que están tonteando. Tristan los mira durante unos segundos, sonriendo, antes de darles la espalda y negar con la cabeza. Se vuelve hacia mí y ladea la cara, con la intención de decirme algo al oído.

—Grégory no ha dejado de hablar de Tess en toda la semana. Me parece raro, viniendo de él, ¡sobre todo porque Tess no es su tipo!

Frunzo el ceño y me siento erguida. ¿Cómo que no es su tipo? Tess es guapa, amable, divertida y generosa. Justo cuando estoy a punto de soltar una bordería, Tristan se me adelanta y

me explica que, cuando iba al colegio, Grégory estuvo enamorado de una chica rubia que lo humilló delante de todos y que, desde entonces, las rechaza a todas, por muy guapas que sean.

Ahora que Tristan me ha contado ese secretillo, observo a mi amiga. Grégory la hace reír y parece que a ella le gusta de verdad. Es bastante evidente, porque aún no se han acostado. Espero que no la esté utilizando para vengarse de forma simbólica.

—No te preocupes, creo que a él también le gusta.

Tristan me coge la mano y la aprieta entre las suyas para llamar mi atención. Le sonrío y me acerco un poco más a él. Está tan guapo como la semana pasada, y la forma que tenemos Ethan y yo de tentarnos me ha puesto bastante cachonda, pero al mismo tiempo, me frustra.

Me acerco un poco más a Tristan y apoyo la mano en su antebrazo, con la esperanza de continuar lo que empezamos la semana pasada. Pero Tristan desvía la mirada hacia algo o, mejor dicho, *alguien* que está detrás de mí y se aparta de repente. Luego me sonríe, avergonzado. No entiendo por qué me hace semejante cobra... Pensaba que le gustaba. Entre él y Ethan, ¡voy a acabar dudando de mis encantos! Ya me han rechazado dos veces en la misma semana, ¡eso es mucho! Aunque lo de Ethan es distinto…

Me recoloco en el respaldo del asiento y me topo de bruces con la sonrisa petulante de mi archienemigo, de pie frente a nuestra mesa, sujetando una bandeja.

Ethan nos saluda y nos sirve. Parece que se está esforzando al máximo para llamar mi atención. Yo solo quiero gritarle y arrancarle esa sonrisa de la cara. Puede que haya perdido este asalto, ¡pero estoy lejos de perder el combate!

Bastien se acerca y me pasa el brazo por el hombro. Ha debido notar mi frustración, porque me da un beso en la mejilla mientras Ethan se marcha con la bandeja en la mano.

—No te preocupes, vas a ganar esta apuesta. Los tíos son muy simples: cuantos más competidores, mejor —dice mi amigo.

—Ya lo sé, pero la semana pasada intenté ponerle celoso con Tristan y no funcionó. ¡Y ahora Tristan ni siquiera se me acerca!

—¡Abre los ojos, Mia! No solo está Tristan en este bar…

Me guiña un ojo antes de coger su vaso y llevárselo a los labios. Aprovecho para echar un vistazo al local. La verdad es que donde pillar esta noche, y tengo la impresión de que muchos tíos son del equipo de rugby de los chicos. Reconozco varias caras y muchos me han saludado antes, cuando me abría paso hacia la mesa. Vuelvo a concentrarme en nuestro grupo y me llevo la copa de vino a la boca. Tess y Grégory se están liando en el otro extremo de la mesa; Paul y Tristan charlan con un chaval de su equipo; Chloé y Bastien también están hablando entre ellos y veo a Charlie junto a la barra con una guapa morena.

¡Bueno, de perdidos al río! Respiro hondo y miro a Ethan, que está detrás de la barra. De repente, se acerca a nuestro amigo y le habla al oído. Ambos se vuelven hacia nuestra mesa antes de que Charlie se encoja de hombros y vuelva a centrar su atención en el caramelito con el que estaba hablando. Ethan frunce el ceño.

Me pregunto qué le habrá dicho a Charlie...

—¿Vamos a bailar?

Bastien se agacha para mirarme a los ojos y sonríe. Le digo que sí con la cabeza y nos levantamos. ¡Me muero de ganas! Tess y Grégory se vienen con nosotros.

Cuando llegamos a la pista, me dejo llevar y siento el ritmo de la música. Aquí, con Bastien, puedo ser yo misma y disfrutar sin preocuparme de quién nos mira. De repente, cambian de canción y ponen una mucho más sensual. Bastien se acerca a mí y me pone las manos en la

espalda. Su voz me hace cosquillas en la oreja.

—Dime... Tristan y Ethan están en el mismo equipo de rugby, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

Las manos de Bastien recorren mi espalda mientras frota su pelvis contra la mía. Baja más las manos y se detiene cerca de mi culo. No sé a qué juega. Me gusta bailar, pero esto es un poco raro. Cuando estoy a punto de dar un paso atrás, me susurra al oído:

—Pues ya sé por qué Tristan no se te acerca hoy…

Me concentro en sus palabras y frunzo el ceño. Bastien se acerca de nuevo y me dice:

—Si vieras la cara de Ethan ahora mismo… Creo que hemos dado con la clave para enfadarlo. ¡Los celos!

Bastien me hace girar al ritmo de la música y dirijo la vista a la barra. Veo a Ethan allí, con los puños apretados y los ojos oscurecidos por la ira. Está muy enfadado. Furioso, de hecho. Me regodeo y le dedico una gran sonrisa.

—Estoy segura de que les ha dicho a los chicos de su equipo que se mantengan alejados de ti. ¡Como un pacto de colegas! Pero como a mí no me conoce, se pone nerviosito.

Observo con gran satisfacción cómo Ethan se aparta de la barra y cruza la sala para acercarse a nosotros. Se coloca frente a mí. Bastien me suelta y se coloca a mi lado. La mirada oscura de Ethan pasa de Bastien a mí, antes de dedicarme una sonrisa.

—Me estoy tomando un descansito... ¿Quieres bailar, Mia?

Miro a Bastien unos segundos antes de coger la mano de Ethan, que me acerca a él y me aprieta contra su pecho. Sus manos bajan por mis brazos, pasan por mis hombros y se posan en mis caderas. Siento sus dedos clavados en mi piel mientras marca el ritmo. Nuestros cuerpos se acercan más y más. Mis manos se posan en su espalda y nos movemos en silencio el uno contra el otro. Sus labios rozan mi piel y me ponen la piel de gallina.

Ambos seguimos bailando y sus manos se pasean mi espalda, para luego detenerse unos instantes en la zona de los riñones. Luego suben y tiran de la goma que me sujeta el pelo. Noto que mi melena ondulada cae sobre mis hombros y sacudo la cabeza con la esperanza de colocarla un poco en su sitio. Siento la respiración de Ethan cada vez más agitada mientras me pasa las manos por la clavícula y atrapa un par de mechones de pelo entre los dedos. Quiero jugar con él, llevarlo más allá de sus límites... ¡Y también quiero descubrir los míos!

Me doy la vuelta, siguiendo el ritmo de la música, y hago un amago de avanzar hacia otra chica que está bailando frente a mí. Pero antes de que me dé tiempo a hacer el menor movimiento, Ethan me tira con fuerza hacia atrás. Mi espalda choca con el firme torso de mi amigo, y se me corta la respiración.

—¿Quieres alejarte de mí, Mia? ¿Tienes miedo de bailar conmigo? ¿No quieres ver si eres tú la que acaba cayendo a mis pies?

Ethan me susurra estas palabras al oído y luego me roza la nuca con la nariz. Reacciono instintivamente e inclino la cabeza para que me bese el cuello. Mi cuerpo ondula al ritmo de la música y mis nalgas se frotan contra su pelvis.

Estoy ardiendo. Creo que me voy a derretir, y sentir el sexo duro de Ethan restregándose contra mi cuerpo no me ayuda en absoluto.

Sus manos me palpan, ansiosas, y siento que las caricias vienen de todas partes. Las noto en mi vientre, en mis caderas, en mi cuello... Siento que su respiración se acelera al tocar mi piel y me dejo llevar en sus brazos. Ya no tengo el control; no soy más que deseo. Quiero sus manos bajo mi blusa, quiero sentir su piel contra la mía.

Dejo caer la cabeza hasta apoyarla en su hombro. Los labios de Ethan rozan la piel de mi cuello; sus dientes atrapan una fina parte de él y no puedo evitar gemir. Como no quiero quedarme quieta, muevo la pelvis con brío, y me froto contra él, presa de la pasión. Siento vibrar su pecho contra mi espalda, y un sonido ronco llega a mis oídos. Oír sus gemidos me excita aún más.

Con un movimiento brusco, Ethan me agarra por las caderas y me gira hacia él. Mi mirada se clava en la suya, cargada de deseo, y su aliento acaricia mis labios. Se acerca a mi cara y entierra sus manos en mi pelo. Roza su nariz con la mía y luego hace lo mismo con nuestros labios. Mi corazón se acelera y mi respiración se detiene. Quiero que me bese, que me haga suya.

Ethan retrocede un poco. Su cara está a unos centímetros de la mía. Me observa y yo me muerdo el labio inferior de forma instintiva. Ethan aparta la mirada de la mía y se fija en mi boca. Luego me agarra del pelo y me obliga a inclinar la cabeza hacia atrás. Siento un calor delicioso que me recorre el bajo vientre y me hace arder. Todo mi cuerpo tiembla contra el de Ethan y un gemido se escapa de mis labios. Ya no siento deseo, sino placer. Estoy a punto de llegar al orgasmo, aunque lo único que ha hecho es besarme el cuello. Aprieto las manos en su espalda y lo atraigo aún más hacia mí.

Oigo ruidos a lo lejos, pero es como si ya no existiera nada a nuestro alrededor. Los labios de Ethan se acercan a los míos y saboreo el momento. La tentación va a acabar conmigo, pero puedo vivir con ello. Me encanta que juegue así con mi cuerpo.

Pero de repente, se oye un grito y vuelvo a la realidad. Levanto la vista de los hombros de Ethan y veo a Chloé, tapándose la boca con las manos, horrorizada.

9

Heridas abiertas

Sin pensármelo dos veces, me hago a un lado. Estoy aturdida, pero quiero averiguar qué está pasando. A un par de pasos de nosotros hay una pelea, y mis amigos parecen estar implicados.

Al ver el alboroto, salgo corriendo con Ethan pisándome los talones. Me abro paso a codazos entre la multitud, hasta que por fin llego al lugar de la pelea y me encuentro a Charlie en el suelo, con la cara reventada, mientras Paul y Tristan retienen a un gigante que le dobla en tamaño y peso a mi amigo. No tardo en correr en dirección a Charlie. De fondo, oigo a Chloé insultar al agresor. Veo por el rabillo del ojo que Tess está examinando la cara de Grégory. A él también le han dado una buena tunda.

Me arrodillo junto a mi amigo en el suelo y observo sus heridas. Le han partido la ceja, así que tiene la cara manchada de sangre y ya se le está formando un moratón en el pómulo. Tiene la mejilla abultada. Cuando le acerco la mano, Charlie retrocede instintivamente. Neal aparece a mi lado de repente y le pido un poco de hielo. Me lo trae rápidamente y lo coloco con cuidado en el moflete de mi amigo.

—¿Nadie te ha dicho nunca que no hay que pegarse con alguien más fuerte que tú?

—Lo dice la enana petana que se enfrentó al matón del cole para quitarle una malla de canicas… —contesta Charlie con una sonrisa maliciosa.

Me río suavemente al recordarlo y le ayudo a ponerse en pie. Compruebo sus pupilas y sus reflejos, pero todo parece normal. No parece que haya sufrido una conmoción cerebral, así que no hay que preocuparse. Aunque estoy de espaldas, intuyo que mis amigos ya han soltado al agresor. Ethan y Paul se acercan a nosotros y le pegan unas palmaditas en la espalda a Charlie.

—¿Estás bien, *bro*[1]? —pregunta Paul.

Charlie asiente y dice que no tiene muchas más ganas de fiesta. Asiento y pido a los chicos que recojan nuestras cosas. Neal nos pregunta cómo está Charlie al pasar por delante de él. Tess, Bastien y Chloé me avisan de que nos esperan fuera. Agarro a Charlie del brazo y lo conduzco a través de la multitud hasta la puerta.

Antes de llegar a la salida, nos cruzamos con la bestia parda que ha zurrado a mi amigo. Sin pensárselo dos veces, el muy imbécil insulta a Charlie. Yo no lo oigo, pero Charlie me empuja a un lado para hacerle frente y devolvérsela. La cara del agresor se tuerce en una mueca de enfado y se cruje los nudillos. Parece que esta noche quiere guerra. Pero antes de que pueda hacer nada, le meto un puño en plena mandíbula y le hago tambalearse, sorprendido. El dolor que sacude mi mano se extiende hasta mi brazo. Maldigo en voz alta y aprieto los dedos contra mi pecho.

La mirada desconcertada de Charlie pasa de su agresor a mí mientras sacudo la mano, con la esperanza de que se me pase el dolor. Veo llegar a Ethan y Paul cargando con nuestras cosas. Ambos se quedan quietos, confundidos y tratan de entender la situación.

Sus miradas pasan de la cara de asombro pero sonriente de Charlie a la ira pura del agresor, y luego a mí, con la mano convaleciente en el pecho y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Serás zorra…!

Antes de que nadie tenga tiempo de reaccionar, el agresor se dirige hacia mí,

despotricando. Me quedo de piedra, intentando evaluar la situación. Este hombre mide más de dos metros y debe pesar unos cien kilos. Por suerte para mí, conozco el punto débil de todo hombre y, cuando está lo bastante cerca de mí, levanto el pie y le clavo la tibia directamente en la entrepierna. El grandullón cae de rodillas, con los ojos llenos de lágrimas, y yo escucho la risa afónica de Charlie. De repente, Ethan me agarra del brazo, me arrastra hacia la puerta y me saca del local. Detrás de nosotros van Paul y Charlie, el último de los cuales se pone la mano en el costado para no hacerse daño de tanto reírse.

—¿Se te ha ido la flapa o qué?

Ethan me mira con el ceño fruncido. Tess, Chloé, Bastien y Grégory siguen nuestros pasos, un poco idos por lo que acaba de suceder, y detrás de mí, oigo las risas ahogadas de Paul y Charlie.

—¿En qué estabas pensando? ¿Qué se te ha pasado por la cabeza para creer que una chica de metro sesenta como tú podía enfrentarse a semejante tiparraco?

Siento que la ira aumenta en mi interior. Me sube la adrenalina.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Preferirías que hubiera dejado que le diera una paliza a Charlie? ¡Solo quería defender a mi amigo!

—Eres un caso, Mia.

Ethan suspira, exasperado, y se masajea las sienes. Paul se acerca a mí y me pasa el brazo por los hombros.

—Venga, Ethan, ¡ya sabes que nuestra Mia es una luchadora! Esa es la base de su encanto.

Mi amigo me arremolina el pelo y echa a andar. Todos lo siguen, menos Ethan, que vuelve al bar porque se le ha olvidado algo. Tess y Chloé atosigan a Paul con sus preguntas, y Charlie se acerca a mí y me da las gracias.

Todos nos dirigimos a mi casa, y poco después, aparecen Tristan y Ethan, que aún parece enfadado, y mis amigos se distribuyen en las habitaciones para irse a dormir. Yo me dirijo al baño con la esperanza de encontrar alguna pomada que echarme en la mano.

—Necesitas hielo…

La voz de Ethan me sobresalta. Levanto la vista y me topo con su mirada en el espejo. Mi amigo se acerca a mí y me coge de la mano buena para llevarme a rastras hasta la cocina. Allí me obliga a sentarme en una silla y se pone a rebuscar en el congelador. Saca la cubitera y la vacía en un paño de cocina antes de colocármelo en la mano. Después sale de la cocina y me deja sola.

Me quedo allí, mirando fijamente mi mano envuelta en el paño, y unos segundos después, Ethan regresa con un tubo de crema en una mano y una venda en la otra. Se sienta a mi lado y se dispone a ayudarme en silencio. Me aplica suavemente la crema en los nudillos. La verdad es que me sorprende la delicadeza de sus movimientos. Por último, me envuelve la mano con la venda y me la acaricia suavemente.

—No vuelvas a hacer eso, Mia —me ordena con cierta severidad.

Levanto la vista y veo su expresión preocupada. Ha pasado miedo por mí. Asiento en silencio. Sus dedos se detienen brevemente en mi venda; luego se levanta y sale de la cocina.

Y ahí me quedo yo, sola con mis pensamientos.

Me pregunto qué habría pasado con Ethan si no nos hubiéramos resistido. Bueno, en realidad, sé lo que habría pasado. Me habría derrumbado y le habría besado. Y no dejo de imaginarme ese instante. ¡Me gustaría vivirlo! Lo deseaba tanto...

Pero si me derrumbo, pierdo, y no puedo permitirlo. Ethan solo me llama la atención por esta dinámica absurda que tenemos los dos. Además, no me he acostado con nadie desde que

pasé la noche en casa de Nabil. Una tiene sus necesidades, pero no por eso tengo que calentarme al pensar en él.

Tengo que controlarme. Mejor dicho, tengo que deshacerme de esta bola de deseo acumulado que me desborda, o si no, habré perdido la apuesta. En circunstancias normales, puedo aguantar sin follar una temporada. Pero se trata de Ethan y sus años de experiencia en temas de ligoteo… ¡A ver quién se le escapa!

Cojo el móvil y escribo a Nabil, la persona a la que acudir en estas circunstancias. Al fin y al cabo, él sabe cómo satisfacerme cuando lo necesito. Nabil no tarda en contestarme que sí y me levanto para salir del piso lo más silenciosamente posible.

—No deberías hacer eso…

Aunque tan solo emite un susurro, la voz de Chloé resuena en el silencio de mi piso. Estoy ya en la misma puerta, pero sus palabras me hacen dudar.

—Es un error y te vas a arrepentir, Mia. Por no hablar de que vas a herir los sentimientos de Ethan.

—Ethan solo está jugando. Es lo que siempre ha hecho. Un día se cansará de mí y se liará con otra. Pero yo no puedo perder. Necesito centrarme y, para hacerlo, ¡tengo que relajar tensiones!

Le dedico una pequeña sonrisa y ella sacude la cabeza. Mi amiga murmura que somos un par de idiotas y que vamos a acabar haciéndonos daño mutuamente sin necesidad.

—¡Volveré al amanecer!

Chloé asiente de espaldas y se dirige al dormitorio.

Nabil no vive muy lejos de mí, así que voy andando con calma. Tras diez minutos andando, llego a su edificio. Subo rápidamente y, nada más llamar a la puerta, Nabil me abre. Lleva el torso desnudo y un pantalón de chándal holgado por debajo de las caderas. Entro y le beso apasionadamente. Él me sigue el juego y aprieta su cuerpo contra el mío.

Cuando estoy con Nabil, sé que me la voy a gozar. Conoce mi cuerpo y sabe dónde y cómo tocarme. Mientras me dejo caer sobre su cama, disfruto de sus manos y su lengua, que rozan mi piel. Sin embargo, no puedo evitar compararlo con Ethan. Nunca había sentido tanto placer al bailar con un tío. Con tan solo rozarme, consiguió que gimiera de placer.

La lengua de Nabil, que recorre mis senos, me devuelve a la realidad y, sin dudarlo, expulso a Ethan de mis pensamientos. Pero aun dejándome llevar en los brazos de mi Nabil, siento un pinchazo en el corazón.

¿Por qué?

Después de un par de polvos irreflexivos y pasionales, recupero el aliento. El cálido cuerpo de Nabil se aprieta contra el mío. Una vez más, ha conseguido hacerme gozar y ha desterrado los pensamientos negativos de mi mente. Me siento serena, relajada y saciada.

Por desgracia, incluso después de una noche de placer, caricias y gemidos, sigo sintiendo una tristeza inexplicable. Probablemente sean los estragos de mi pequeña bronca del bar y del miedo que sentí al ver a Charlie en semejante estado.

Miro el reloj de la mesilla de noche, me levanto, le doy un último beso a Nabil y salgo de su piso. Unos minutos después, entro en mi apartamento de la forma más silenciosa posible, con un paquete de bollería en la mano. Lo dejo en la cocina y me meto en mi habitación. Me desvisto rápidamente y me meto en la cama junto a Chloé. Oigo respirar a Bastien, que está tumbado en el colchón con Tess. Bajo las sábanas, acurrucada y calentita, sonrío. Menos mal que están aquí.

Me encanta tener a mis amigos cerca. Me hacen sentir completa. Chloé me abraza.

—¿Estás mejor?

Me vuelvo hacia ella y veo su rostro bañado por la luz de luna. Me mira a los ojos y yo asiento en silencio. No quiero contarle lo del horrible pinchazo que siento en el pecho, pero ella parece entenderlo. Para Chloé, soy como un libro abierto. Siempre sabe cuándo estoy mal, por mucho que me esfuerce en fingir lo contrario. Se acerca a mí y apoya su frente en la mía.

—Se te pasará, Mia…

Me coge de la mano y cierra los ojos. En tan solo unos segundos, el sueño se lleva a mi amiga. Yo me quedo despierta, sumida en un trance por el sonido de la respiración de mis amigas.

Me pregunto cuándo dejaré de sentir este dolor en el pecho.

---

[1] *N. de la T*. Del inglés, *brother*, apócope que utilizan los jóvenes para dirigirse a sus amigos. Podría traducirse por «colega» o «tío».

10

Las reglas han cambiado

Despierto de mi estado de duermevela al oír un ruido que viene del colchón a los pies de mi cama. Me incorporo y veo que Bastien asoma la cabeza por encima de las sábanas. Le devuelvo la sonrisa y él se levanta y para meterse en mi cama, a mi vera. Nos acurrucamos para no molestar a Chloé, pero no sirve de nada. Al poco rato, mi amiga se despierta y protesta. Ella también se acurruca contra mí y los tres nos quedamos quietecitos, hasta que se oye la voz de Tess.

—Oye, ¿y yo, qué?

Levanto la vista y veo su cara de puchero. Tess está de pie junto a la cama, del lado de Chloé, con los brazos cruzados y las mejillas hinchadas. No puedo evitar soltar una risita al verla. ¡Cuando pone esa cara, parece un personaje de un anime!

Al ver que me río de ella, se pone aún más protestona. Odia que la compare con uno de esos «dibujitos japoneses», como dice ella. Hay que decir que soy la única de nuestro grupo a la que le gusta el anime. ¡Pero es que es todo un arte!

Chloé le hace señas para que se una a nosotros y nos apretujamos un poco más en la cama. Estamos los cuatro tumbados de lado como unas fichas de dominó. Así no hay quien respire, pero nos da igual. Estamos juntos, y eso nos basta. Bastien me acaricia el brazo y yo hago lo mismo con el de Chloé. Cierro los ojos y saboreo este momento con ellos. Me siento tranquila y relajada. Me encanta tener a mi gente en casa. Creo que no podría vivir sola. Aunque, bueno, como siempre hacen tanto ruido, este momento de paz me parece de lo más agradable.

Bastien me susurra que él hacía lo mismo con sus padres los domingos por la mañana cuando era niño. Sonrío y le digo que las chicas y yo lo hacemos muy a menudo. Es cierto que las tres somos muy cariñosas y nos encantan los mimos. Con los chicos es más complicado, sobre todo con Paul y Ethan, porque son secos a más no poder. Sin embargo, a Charlie también le gusta subirse a la cama. Adora que le mimen.

—Me siento como en una nube... Una nube mullida y vaporosa...

Frunzo el ceño y levanto la cabeza para mirar a Tess, que acaba de soltar una frase bastante carente de sentido, pero al mismo tiempo, la entiendo. Sigue tumbada de lado, pegadita a Chloé. Con los ojos cerrados, disfruta del masaje en el cuero cabelludo que le está dando nuestra amiga. Bastien apoya la cabeza en mi hombro y observa a Tess con una sonrisa.

Por desgracia, oigo ruidos procedentes del exterior de nuestra acogedora nubecita y, rápidamente, la cabeza de Paul asoma por la puerta para gritarnos que nos levantemos. Al vernos a los cuatro en la misma cama, se queda inmóvil durante dos segundos y luego se abalanza sobre nosotros, gritando como un poseído.

—¡Y aquí viene la tempestad! —exclama Tess en un tono teatral.

Suelto una carcajada al oír los quejidos de Tess y tras unos segundos, me quedo sola en la cama. Bueno, sola, sola, no. Paul sigue aplastándome. Bastien y las chicas han salido disparadas hacia el colchón a los pies de la cama. No parece que les apetezca lidiar con la energía matutina de nuestro amigo.

—¡Aparta, Paul, que me asfixio!

—Ah, o sea que puedes soportar una macrocucharita con Bastien, Chloé y Tess, ¿pero no

conmigo? Te pasas...

Deja caer todo su peso sobre mí y yo intento empujarle con el pie, entre risas.

—Ellos siempre están muy *chill*[1], pero tú…

—¡Oye, oye! Yo también puedo ser un chico *chill*.

Al oír las palabras de mi amigo, arqueo una ceja. Acto seguido, Paul se deja caer de espaldas y su hombro se estrella a unos milímetros de mi cara. Mi cama cruje de una forma exagerada después del impacto de su peso, pero parece que aguanta. Paul se gira hacia mí y me dice que ya está tranquilo, y extiende el brazo. Casi me suplica para que se lo acaricie, así que le paso las uñas suavemente por el antebrazo y él cierra los ojos. Mi amigo suspira. ¡Parece estar tan a gustito! Pero la tranquilidad nos dura más bien poco, porque Ethan entra en la habitación unos segundos más tarde, y nos dice que es hora de mover el culo.

—Tenemos que estar en el estadio a la una. No tenemos tiempo para el salón de belleza… —refunfuña.

Y sin más preámbulos, sale de la habitación.

—¡Es un salón de masaje…! —le corrige Bastien usando sus manos como megáfono.

Al ver mi expresión de asombro, Paul me recuerda que hoy tienen partido de rugby y que habíamos prometido ir a verlos jugar.

Me pongo en pie y sigo al grupito hasta la cocina. Veo que Grégory está allí, al igual que Tristan, que se levanta para saludarnos. Tess no tarda mucho en acercarse al primero y, al verla tan atenta, me late más fuerte el corazoncito. Aunque eso no quita que quiera tener una charla con él para tantear el terreno y ver qué piensa de mi amiga y qué intenciones tiene.

Todos se acomodan y se ponen a charlar. Desayunamos los bollitos que traje y también sacamos un poco de comida del armario. Ethan me mira, apoyado en el fregadero, y luego se acerca a mí. Me coge del brazo y me arrastra hasta el cuarto de baño. Una vez allí, se queda de pie frente a mí, mirándome a los ojos.

—¿Cómo llevas la mano?

Se inclina para cogerme la mano herida y yo me encojo de hombros. Me quita la venda con cuidado y abro los ojos como platos al ver el estado de mis nudillos. Tengo la piel enrojecida y me ha salido un moratón enorme. Ahora que observo más de cerca mis nudillos, me pregunto si el tío al que zurré no tendría una mandíbula de hierro. He visto pelear otras veces a Ethan y a Paul y nunca han acabado con semejantes heridas…

—¿Te duele al mover los dedos?

Ethan me coge la mano y me mueve los dedos de uno en uno. Yo lo miro y hago una pequeña mueca cuando llega al dedo corazón. Eso ha dolido. Al ver mi reacción, me pide perdón en voz baja y me vuelve a echar crema. Más tarde, me pone la venda. Sujetando mi mano aún entre las suyas, traza unos círculos con el pulgar sobre la tela blanca que ahora cubre mi piel. Sigo su dedo con la mirada, como hipnotizada por sus movimientos. Me gustan sus caricias. Demasiado, quizá.

—¿Qué tal anoche? ¿Te lo pasaste bien?

Mis ojos se abren de par en par al escuchar la entonación de su voz. Ethan parece impasible, pero sus ojos furiosos me miran sin pestañear. Siento que se me hace un nudo en la garganta, pero lo ignoro y me limito a mirarlo, sonriendo.

—No estuvo mal, la verdad.

Ethan me suelta la mano y se dirige hacia mí, con sus ojos clavados en los míos. Doy un

paso atrás y siento el frío de las baldosas golpeándome la espalda y los hombros desnudos.

—Yo creo que conmigo te lo habrías pasado mejor, ¿no?

Frunzo el ceño. No entiendo a dónde quiere llegar. Soy yo quien tiene que seducirle, no él a mí. Al ver mi cara de incomprensión, Ethan sonríe. Me gustaría borrarle esa mueca de niñato soberbio de la cara.

—Te lo advertí, Mia. Yo también quiero jugar. Cambiemos las reglas: ¿quién caerá primero en la tentación? ¿Tú o yo?

Se agacha ligeramente y me da un beso en la mejilla, casi en la comisura de los labios. Finjo estar serena, pero no puedo evitar que se aceleren los latidos de mi corazón. Poco después, Ethan sale del baño con un gesto desdeñoso.

Conque quiere cambiar las reglas del juego, ¿eh? ¡Claro que sí, campeón! Ahora sí que he de tener cuidado. Estas reglas lo hacen aún más peligroso. Mentiría si dijera que Ethan no me atrae. Mi cuerpo reacciona de forma instintiva a su presencia, a sus caricias. Tiene un don con las chicas, y yo no soy una excepción.

Salgo del baño y exhalo un largo suspiro. Ya la he liado otra vez.

Vuelvo a la cocina, donde mis amigos siguen hablando tranquilamente. Frente a mí, Ethan vuelve a su sitio, apoyado en el fregadero. Se pone a hablar con Tristan, que está de pie frente a él, pero sigue mirándome, con esos ojos petulantes… Está convencido de que me lleva la delantera. ¡Me cago en su vida! A veces consigue que le odie…

Seguimos desayunando y de buen rollo, pero no me meto en ninguna conversación; solo sonrío. No dejo de preguntarme adónde nos llevará este juego absurdo.

Pronto llega la hora de irnos al estadio y nos ponemos en marcha. Durante el trayecto en autobús, Ethan se pone detrás de mí a propósito, y su aliento se posa en mi nuca con cada respiración. Sabe cuál es mi punto débil. Al igual que la piel de mi espalda, la nuca es una de mis zonas erógenas. Siento que se me eriza el vello de los brazos e intento centrarme para no apartarme de él. Debo permanecer impasible.

Por suerte, pronto llegamos a nuestro destino y salgo disparada del autobús, no sin antes oír de fondo la risita burlona de mi adversario. Caminamos unos minutos hasta llegar al estadio. Grégory y Tess van cogidos de la mano delante de mí. Es la primera vez que veo a mi amiga así con un chico, la primera vez que la veo encariñarse con alguien. Y por la forma en que la mira, parece que él también está un poco pillado por ella.

Bastien se acerca y me coge del brazo, mientras sigue charlando con Chloé y Charlie, que están a su lado. Sonrío cuando veo a Tristan y Paul discutiendo y haciendo apuestas sobre qué equipo conseguirá más puntos. Paul se vuelve hacia mí y me pide que no haga lo que hice la última vez. Le saco la lengua y se echa a reír. Tristan se acerca para preguntarme qué pasó la última vez, y atrae a Grégory hacia nosotros.

—Bueno... Un jugador le hizo un placaje a Paul con demasiada fuerza. ¡Se pasó cuatro pueblos! Así que bajé al campo…

—¡Hecha una furia! —dice Ethan con dejadez y sonriendo de oreja a oreja.

—Hecha una furia, sí —confirma Paul—. Y le dio tremenda chapa al jugador. ¡El pobre no sabía dónde meterse!

Grégory se echa a reír al recordarlo.

—¡Hostia, es verdad! ¡No me puedo creer que fueras tú! Anda que no acordarme teniendo en cuenta lo que pasó ayer…

—Ya sabía yo que encontraría la excusa perfecta para no perderme ni un solo partido. A

partir de ahora ya puedo librarme de ir a las fiestas de cumple de mi hermana pequeña. ¡Estoy salvado! —exclama Tristan.

Mis amigos siguen bromeando sobre el supuesto incidente y yo me mantengo al margen. Pero poco después, siento una mano en la nuca y la voz de Ethan me hace cosquillas en el oído.

—Si me tiran al suelo, no dudes en venir a hacerme el boca a boca.

Le dirijo una mirada sombría mientras se aleja hacia los vestuarios. Mi amigo me guiña el ojo y saluda a sus compañeros de equipo, que caminan en la misma dirección. Yo sigo a mi grupito y luego nos sentamos en la grada.

En el campo, los jugadores siguen calentando. De repente, oigo que alguien me llama. Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Julien, que se agacha inmediatamente para darme dos besos. Le presento al grupo y él viene a sentarse a mi lado. Mi *crush*[2] me cuenta que ha venido con unos amigos y me pregunta qué hago en el estadio.

A nuestro alrededor, las gradas se van llenando poco a poco, y el ambiente se vuelve animado y ruidoso. Julien se agacha y rebusca en la bolsa de deporte que tiene a sus pies. Cuando estoy a punto de darme la vuelta para charlar con Bastien, mis ojos se fijan en un DVD que asoma entre un puñado de calzoncillos revueltos en la mochila de mi compi. Me agacho rápidamente y lo saco, intentando ignorar la ropa interior que hay ahí dentro.

—¿Te gusta Miyazaki?

Sonrío a Julien mientras le tiendo *El viaje de Chihiro*, la peli de animación japonesa por excelencia, y él me mira avergonzado, con las mejillas ligeramente sonrosadas.

—Sí, lo sé... Es un poco infantil, pero me encanta el anime. Seguro que piensas que es tremenda mierda.

—¿Estás de coña? Soy macrofán de Miyazaki, del anime y también me gusta el manga, en general.

El rostro de Julien se ilumina con una sonrisa y veo cómo le brillan los ojos mientras me habla de los diferentes mangas que lee o de los animes que se está viendo últimamente. Insiste varias veces en la genialidad del creador de los Estudios Ghibli. Mientras le escucho, dirijo la mirada al campo, donde los jugadores piden los aplausos del público. Ethan me mira y me lanza un beso y yo le saco la lengua. Mi amigo se ríe a carcajadas y se coloca en posición junto a sus compañeros. Julien sigue hablando y yo no puedo evitar sonreír, pero, por desgracia, no es por él...

---

[1] *N. de la T.* En inglés, el adjetivo *chill* hace referencia a alguien tranquilo. Los jóvenes lo utilizan habitualmente, como muchos otros anglicismos, y a veces se puede insertar en expresiones como «ir muy *chill*» o «estar de *chill*», que es similar a «estar de tranquis».

[2] *N. de la T.* En inglés, *crush* es una persona que le hace gracia a otra, esto es, alguien por quien siente cierta atracción o fascinación, normalmente de forma pasajera.

11

Cara a cara con la tentación

Estoy en la entrada de los vestuarios, esperando a que salga Ethan. Hace casi una hora que ha terminado el partido. Ha ganado el equipo de mis amigos. Es más, ha sido una victoria aplastante, y la afición se ha vuelto loca de alegría en las gradas.

Mientras estábamos ahí arriba, aproveché para hablar con Julien y, para mi sorpresa, he descubierto que tenemos mucho en común. No es que me haya distraído del partido… He estado todo el rato pendiente del campo, sobre todo después de que placaran a Ethan, porque el muy empanado estaba mirando a vete tú a saber quién en las gradas. Cuando lo vi desplomarse en el césped, no pude evitar levantarme y acercarme al banco de suplentes. Tess, Chloé y Charlie me siguieron rápidamente.

Ethan permaneció inmóvil en el suelo durante varios segundos y yo contuve la respiración. El corazón me latía con fuerza en el pecho y ese instante se me hizo eterno. Pero luego se levantó y saludó al público para demostrar que estaba bien. Sin embargo, luego se pasó el resto del partido en el banquillo. Cuando pasó por nuestro lado, me dijo de broma que no me libraría de él tan fácilmente.

Y yo temiendo por él... Menudo imbécil.

Y ahora estoy esperando a que ese mismo imbécil salga para llevármelo a una cita sorpresa. No lo sabe, porque es una decisión improvisada que se me ha ocurrido durante el descanso. Hasta ahora, todo lo que he hecho para seducirlo no ha funcionado, pero es porque siempre hemos estado rodeados de gente. Si solo estamos nosotros dos, puede que las cosas se le vayan de las manos. Así, a pelo y sin distracciones.

Dejo escapar un profundo suspiro. Me estoy cansando ya de esperarle. Y pensar que él y Paul se quejan de que siempre tardamos tres horas en arreglarnos para salir... ¿Cuánto tardan ellos en ducharse, secarse y vestirse? De repente, oigo unos pasos y risas que vienen de los vestuarios. Unos segundos después veo a Ethan salir por la puerta. Se coloca la bolsa de deporte en el hombro y se pasa la mano por el pelo, que aún está húmedo. Me acerco a él y me río por lo bajini al ver que se queda helado de repente. No se esperaba que estuviera aquí.

Los chicos de su equipo pasan por su lado y le preguntan si ha visto un fantasma, y él frunce el ceño. La mayoría de los jugadores me saludan con un beso en la mejilla. Ethan echa a andar de nuevo y se acerca a mí para preguntarme qué hago aquí.

—Pues esperarte, hombre.

Él frunce el ceño de nuevo mientras unos cuantos jugadores, entre ellos Paul, Tristan y Grégory, forman un corro a nuestro alrededor, para escuchar atentamente la conversación.

—¿Por?

—Porque nos vamos por ahí. Tú y yo solos.

Sus colegas silban con pillería y se ríen, y Ethan los fulmina con la mirada. Yo me vuelvo hacia Paul, Grégory y Tristan y les digo que las chicas y Charlie les esperan en casa, por si se quieren unir. Los tres asienten y se dan la vuelta para marcharse. Ethan se me queda mirando, completamente perdido, y guardamos silencio durante unos segundos. Luego se aclara la garganta e intenta recuperar la compostura.

—Bueno, ¿qué te apetece hacer?

Me acerco a él y le cojo de la mano, sonriente. Dejando a un lado la apuesta, me apetece pasar un rato con él.

—¡Menos mal que me lo preguntas, al fin! Pensaba que te largarías sin darme una explicación.

Él me dedica una sonrisa burlona y yo me echo a reír. Empiezo a andar y lo llevo hasta la parada del autobús. Por el camino, no me quita ojo. Me mira desconfiado y yo no paro de hablar. Es lo que me pasa cuando estoy nerviosa, que hablo sin parar y suelto lo primero que se me pasa por la cabeza. Y he de admitir que aquí, a solas con Ethan, estoy un poco cagada. Sé que soy yo quien ha improvisado este plan, pero no puedo evitar que mi corazón se acelere.

Subimos al autobús y caminamos hasta el fondo. Mientras avanzamos, yo le suelto un rollo absurdo sobre el misterio del siglo, esto es, el calcetín que desapareció en la lavadora. Ethan me mira fijamente, con los ojos brillantes y una sonrisa picarona. Freno en seco y me quedo callada. Luego cruzo los brazos y le dirijo una mirada sombría.

—¿Qué? —pregunto.

Intento parecer seca, pero se me quiebra ligeramente la voz. Él me dirige una amplia sonrisa y se acerca a mí.

—No sabía que te ponía tan nerviosa, Mia…

—¿Tú, a mí? Sí, venga... ¿Por qué ibas a ponerme nerviosa?

—No lo sé, tal vez porque te gusto y tienes miedo de caer rendida a mis pies.

—No te flipes, chaval. A mí me da que es más bien al revés.

Ethan se ríe de mi contestación y se acerca un poco más a mí, como si hubiera mucha gente en el bus. Pasamos el resto del trayecto mirándonos fijamente a los ojos, en una especie de concurso de miradas que ninguno de los dos ganará, dado que nuestra parada es la siguiente.

Me bajo primero, y aprovecho que tengo a Ethan agarrado de la mano para tirar de él. Caminamos unos minutos en silencio antes de llegar frente al cine. Arrastro a Ethan hacia la entrada, pero él se detiene bruscamente y me coge del brazo. Su mirada va alternando entre las taquillas y mi expresión de indiferencia.

—¿Vamos a ver una peli? —dice, con el ceño fruncido.

—Sí, normalmente, cuando se va al cine es para ver una peli.

—¿Los dos solos?

No parece muy contento de sentarse a mi lado en la oscuridad de la sala. Asiento con una sonrisa y él se mete las manos en los bolsillos.

—¿Y qué vamos a ver?

Me alejo un poco y señalo el cartel de la increíble peli que he escogido. Se acerca y se pone a mi lado para mirarlo.

—¿Una peli de miedo? Pero Mia, ¡tú las odias!

Le miro de frente y le sostengo la mirada. Luego le sonrío y contesto:

—Sí, pero a ti te encantan.

Ethan pestañea un par de veces y se frota la nuca con la mano derecha. ¡Bingo! Eso es lo que estaba buscando. Es el gesto que hace cuando algo le pone nervioso o le da vergüenza.

Me acerco más a él y me aparto el pelo del hombro para lucir mi cuello desnudo y mi clavícula. Coloco las manos en la parte baja de su vientre, cerca de la cintura de sus vaqueros. Sé que es un punto algo delicado para él y sonrío al notar que se pone tenso con mi tacto. Acerco la cara a la suya y le rozo la nariz.

—¿Quién está nervioso ahora?

Me sonríe, algo más sumiso, y me da un beso en la nariz antes de obligarme a retroceder. Me coge del brazo y entramos juntos en el edificio.

Ocupamos los mejores asientos de la sala. He elegido estratégicamente dos asientos con reposabrazos que se pueden levantar. Ethan, sentado a mi lado, mira la infinita sucesión de tráileres en pantalla, y mete la mano en el cubo de palomitas en cuanto se acaba el manojo anterior. Empiezo a preguntarme seriamente qué me ha poseído para tener semejante idea. Odio las películas de miedo. Me cago a la mínima, y llevo todo el rato escuchando a los chavales que están sentados detrás, que no dejan de ensalzar las virtudes de la peli. Dicen que es «mucho más sangrienta que cualquier otra que hayan visto antes».

Trago saliva cuando se apagan las luces. La peli está a punto de empezar. Por el rabillo del ojo veo a Ethan acomodarse en su asiento para disfrutar del espectáculo. Yo, en cambio, me hago chiquitita y me siento sobre mis piernas. Todo el mundo sabe que no hay que fiarse de lo que pueda haber debajo del asiento.

La película comienza tranquilamente, con un grupo de jóvenes acampando en el bosque.

Nota para mí misma: no acampar en el bosque.

Poco después, los protas descubren un libro satánico y todo se desmadra.

Hay una chavala —a la que le falta un hervor, por cierto— que se pone a gritar y sus berridos me perforan los tímpanos. Prefiero no ver lo que sucede a continuación, así que entrecierro los ojos. Por desgracia, veo claramente cómo le arrancan los ojos de cuajo y todo se llena de sangre. Cierro los párpados de forma instintiva, totalmente asqueada por semejante sangría. Ethan se mueve a mi lado y me rodea la cintura con el brazo para acercarme a él, pero yo doy un respingo como acto reflejo. Es culpa de esta peli de mierda... Sin embargo, no dudo en apretarme contra su cuerpo, y apoyo la cabeza en su pecho. Aquí, recostada, siento su corazón latir rápidamente contra mi oreja. Con el paso de los minutos, el pulso se le va regulando.

Ethan me acaricia la espalda y me dice cuándo puedo mirar y cuándo debo cerrar los ojos. El latido constante de su pecho me tranquiliza y casi me hace olvidar los gritos estridentes de los protagonistas en pantalla. El olor de su gel de ducha me acaricia las fosas nasales. Siempre me ha gustado ese olor. Huele a verano y a arena caliente. Cada vez que lo huelo, pienso inmediatamente en él.

Disfruto de las caricias de Ethan en mi espalda. Con los ojos cerrados, me olvido de que estamos en el cine, viendo una peli horrible. Me sorprende verle tan atento. No sabía que era capaz de ser tan dulce, y todo para ganar una apuesta.

Creo que nunca he visto a Ethan en una relación con alguien. Se acuesta con una y se lanza a por otra. Me pregunto si sería romántico y cariñoso en una relación real. Es muy probable, teniendo en cuenta la forma en la que se comporta conmigo para hacerme caer.

El final de la peli transcurre a una velocidad desconcertante, y cuando veo a Ethan levantarse, deduzco que lo peor ya ha pasado. Me incorporo y me froto los ojos, algo decepcionada, para qué mentir, porque eso significa que se acabaron las caricias.

Ethan se estira antes de levantarse y me sonríe. Se agacha para pillar su bolsa, que había dejado a sus pies, me coge de la mano y ambos nos dirigimos a la salida. Una vez estamos frente al edificio, se adelanta un par de pasos y me pregunta cuál es la siguiente parada. Reconozco que había pensado en llevarle al cine y luego volver a casa tranquilamente, pero no me apetece poner fin a nuestra cita tan rápido.

En mi mente, esta necesidad de seguir a su lado se explica por las horribles y violentas imágenes que aún tengo metidas en el coco y que hacen que mi corazón lata a un ritmo frenético

y me tiemble todo el cuerpo.

En fin, no merece la pena despegarse de Ethan. Nuestros dedos siguen entrelazados, y aprovecho para guiarlo hacia un restaurante al que solemos ir.

Por el camino, recibo un mensaje de las chicas en el que me preguntan si va todo bien con mi cita. Me río suavemente al leerlo y se lo enseño a Ethan, que me guiña un ojo antes de coger el teléfono para contestar en mi lugar. Yo le dejo hacer y miro el parque por el que estamos paseando. Solemos venir aquí los fines de semana, en cuanto sale el sol. Me encanta este sitio y solo me trae buenos recuerdos. Poco después, Ethan me devuelve el móvil con una sonrisa y me dice que las chicas están locas.

Charlamos tranquilamente mientras nos dirigimos hacia nuestra próxima parada. Los dedos de Ethan aprietan los míos de vez en cuando. Pronto, llegamos al restaurante. Tiene una decoración de estilo retro y llamativa, que emula la estética estadounidense de los años 50. Aquí preparan hamburguesas y perritos calientes caseros que están... PEC[1].

Cuando llegamos al local, hay bastante gente sentada, pero encontramos un sitio tirando al fondo, en una mesa un poco apartada. Me siento en uno de los sillones acolchados y miro a mi alrededor. Me encanta la ambientación del restaurante. Suena una canción de Elvis por los altavoces y las camareras van en patines. Siempre he admirado la habilidad con la que se mueven entre las mesas, sin desbordar ni un batido o volcar la bandeja. Ethan se sienta frente a mí y me mira con una sonrisa. Me acomodo en mi asiento, cruzo las manos sobre la mesa y le miro a los ojos.

—Bueno, Ethan, cuéntame… ¿Cuál es tu secreto?

Mi amigo enarca una ceja. No entiende a lo que me refiero.

—¿Mi secreto para qué?

—Pues para ligar, tío. Nunca te he visto en una relación, ni siquiera tonteando, pero sé que te has ligado a muchas chicas, así que tengo curiosidad por saber cómo haces para llevártelas a la cama.

Se ríe a carcajadas, pero yo hablo muy en serio. Para empezar, la curiosidad me está matando. Pese a que es evidente que está buenísimo, no me creo que todas las chavalas se le tiren encima sin que él se las camele un poquito de antemano. Además, si le sonsaco un pelín de información, estaré preparada para lo que se me viene encima, y así me aseguraré de no rendirme a sus encantos. Por eso, mientras él se ríe, yo le miro impasible. Pasados unos segundos, Ethan recobra la compostura y me mira con una sonrisa.

—Creo que mi atractivo natural les basta, Mia.

Se acerca a mí, apoya los antebrazos en la mesa y me coge de las manos. Su piel fría entra en contacto con la mía, que está bastante caliente. Las manos de Ethan siempre han estado heladas.

«Manos frías, corazón caliente». Eso es lo que me decía su madre cuando yo era pequeña y él me ponía los dedos, que parecían témpanos de hielo, en el cuello. Con el paso de los años, la sensación me ha ido pareciendo cada vez más agradable y, aunque de primeras me choca, tengo que admitir que su tacto me tranquiliza.

—¿Nunca has querido salir con alguien, tener una relación?

Mi pregunta parece sorprenderle. Permanece en silencio varios segundos, con la mirada fija en mis manos. Luego suspira, y recorre el local con la mirada, como si quisiera esquivar mis ojos, antes de responder:

—Sí, alguna vez se me ha pasado por la cabeza.

—Entonces, ¿por qué nunca has seguido quedando con las chicas con las que te has acostado?

—Porque ninguna era para mí.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado?

Se echa hacia atrás en la silla y se pasa la mano por la nuca. Es evidente que le avergüenzan mis preguntas, pero no entiendo por qué. Sabe muy bien que nunca le juzgaría, con independencia de lo que me dijera.

—¿Ya sabéis lo que queréis, niños?

Miro a Estelle, la camarera más veterana del local. Lleva trabajando aquí desde que el día en que vine por primera vez. Es una mujer de unos cuarenta años que encaja perfectamente con el perfil retro del restaurante. También es la única camarera que no lleva patines.

Al mirarnos más de cerca, se da cuenta de quiénes somos. Nos dedica una gran sonrisa y nos pregunta dónde está el resto de la pandilla. Ethan le contesta y yo me doy cuenta de que siempre frecuentamos los mismos sitios, hasta el punto de que los camareros de bares y restaurantes nos reconocen. Estelle se marcha rápidamente, con nuestro pedido anotado en una libretita, y yo vuelvo a centrar mi atención en Ethan, que no tarda en abrir la boca.

—¿Y tú, qué? Imagina que nos chocamos sin querer en la calle, nos ponemos a hablar y yo te invito a cenar en este restaurante para conocernos un poquito mejor. ¿Qué harías?

—Si me trajeras aquí a cenar, significaría que te gusto, así que no necesitaría mucho más.

Ethan resopla y yo continúo:

—Bueno, da igual, en todo caso, seguiría siendo yo misma, y ya está.

—Y por eso te quiero.

Me sorprende mucho oír esa frase de la boca de Ethan. Enarco una ceja y mi amigo frunce el ceño. Nunca ha sido muy dado al afecto. Jamás me ha dicho «te adoro» o «me importas mucho», a diferencia de Paul y Charlie, que lo hacen de vez en cuando.

—En plan, me refiero a que eso es lo que me gusta de ti. Chloé, Tess y tú sois iguales en ese aspecto. Incluso cuando os gusta un chico, nunca fingís ser otra persona. Y por eso sois como nuestros colegas.

Frunzo el ceño, sin saber muy bien cómo tomarme ese comentario. Ethan se frota enérgicamente la nuca, como si quisiera que se lo tragara la tierra. Es la primera vez que lo veo tan incómodo.

Afortunadamente, Estelle se carga la tensión del momento y nos trae la comida. Me froto las manos al ver mi perrito caliente, esperándome en el plato. Adoro los perritos, así que no tardo ni un segundo en llevármelo a la boca y pegar un mordisco digno de un animal salvaje. Siento que un poco de mostaza se me queda pegada en la comisura de los labios, pero me relamo y poco después, ya no queda nada.

Veo a Ethan tragar saliva. Sus ojos pasan de mis labios a mi perrito caliente. No debo de parecer muy atractiva, zampando como una glotona y derramándolo por todas partes. Creía que iba a seducirle en esta cita, pero en realidad lo estoy empeorando, comiendo como un ogro. Casi parezco Shrek, así que me hago la fina y sonrío a Ethan, que se ríe por lo bajini antes de darle el primer mordisco a su hamburguesa. En mi defensa diré que él también la gestiona como puede.

Por extraño que parezca, me siento como en una nube. Y esta es aún más esponjosa que en la que flotábamos mis amigos y yo esta mañana al despertarnos. ¡Qué raro! Siempre había pensado que Ethan era un animal...

[1] *N. de la T.* Siglas de la expresión argótica y coloquial, que desglosada significa «por el culo». Aunque pueda parecer soez, los jóvenes la utilizan frecuentemente para decir que algo les encanta o, en el caso de la comida, que está delicioso.

12

Sentimientos encontrados

¡Joder! Odio los lunes a muerte. Y más esta mañana, que estoy aquí sola, con mi tostada de mermelada y mi taza de té humeante. Cuando volví al piso anoche, después de la cita con Ethan, no había nadie en casa. Todos se habían pirado, por si queríamos pasar la noche solos. Por suerte o por desgracia, Ethan me dio un mísero besito en la mejilla después de acompañarme hasta el portal de mi casa y luego se fue.

No puedo evitar suspirar al pensar en la enorme decepción que supuso que no me besara...

Al final la cena estuvo muy bien. Estuvimos charlando y riéndonos a carcajadas mientras compartíamos un *banana split*. Creo que nuestra cita está en el top 5 de mejores momentos desde que nos conocemos. Pero una vez que me quedé sola en mi cama fría y vacía, perdí toda la ilusión.

No sé qué es peor, haber deseado que Ethan estuviera conmigo en la cama —lo que significa que me gusta mucho más de lo que esperaba— o haberme dado cuenta de que no estamos tan unidos como creía.

Ethan es el amigo que me ha acompañado toda la vida, pero después de lo de anoche, tengo que admitir que no lo conozco tan bien. Que yo sepa, ayer fue la primera vez que quedamos a solas desde que acabamos el insti, mientras que con Paul y Charlie he quedado más de una vez por separado.

Estamos muy unidos y nuestra relación es especial, pero tampoco es que seamos íntimos amigos, ¿no? Llevo toda la noche dando vueltas en la cama, preguntándome por qué. ¿Por qué lo de Ethan es distinto? ¿Por qué nuestra relación no es igual que la que tengo con Paul y Charlie? ¿Por qué Tess y Chloé han quedado con él a solas y yo no?

En fin, como era de esperar, no he pegado ojo en toda la noche.

En silencio, le doy un sorbo a mi té y entonces oigo abrirse la puerta principal. Tess me saluda y se reúne rápidamente conmigo en la cocina, con una gran sonrisa en la cara. La miro servirse una taza de té con aire distraído. Parece que está absorta en sus pensamientos. Esta mañana está reluciente y animada, lo que no es propio de ella. A Tess no le gusta madrugar, y menos los lunes. Pero entonces veo una pequeña marca que sobresale del cuello de su vestido.

¡Ay, amiga, ahora ya lo entiendo!

Por desgracia, a mí también me marcaron no hace mucho, y ahora que lo pienso, aún no sé quién lo hizo.

—¿Qué tal tu noche con Grégory?

Tess se vuelve hacia mí y me dedica una enorme sonrisa que mejora instantáneamente mi mal humor. Rápidamente, mi amiga llena su taza de agua hirviendo y se sienta a mi lado, sonriente.

—Ay, Mia… Es tan amable, atento y considerado... Creo que he pasado la mejor noche de mi vida. Ha estado todo el rato pendiente de mí y, joder… ¡Creo que es el chaval con el que más he disfrutado en la cama! Sé que no has tenido ocasión de hablar mucho con él, pero es muy buena persona. Hace todo lo posible para que la gente que le rodea sea feliz. Me recuerda un poco a ti.

—Parece que lo aprecias bastante, ¿no?

Miro fijamente a Tess, esperando su respuesta. Está muy unida a él, es evidente, pero no quiero que sufra. Mi amiga mete la nariz en la taza y bebe un sorbo de té, con las mejillas sonrojadas. Luego se vuelve hacia mí y me dedica una pequeña sonrisa, un poco recelosa por mi reacción.

—Sí, me gusta. No es solo sexo. Bueno, es evidente, porque anoche nos acostamos por primera vez, aunque llevábamos un tiempo quedando. Me siento tan a gusto con él…

Baja la mirada y juguetea nerviosamente con el asa de su taza. Es obvio que no se atrevía a decírmelo y ahora me siento culpable. Llevo tanto tiempo diciéndole que no quiero una relación que debe de pensar que no soy capaz de alegrarme por ella. Le cojo la mano y la aprieto suavemente entre mis dedos. Luego agacho ligeramente la cabeza para que me vea sonreír.

—Si eso te hace feliz, me alegro por ti, amiga.

Tess levanta la cabeza y me sonríe antes de acercarse a darme un abrazo. Nos quedamos así unos segundos y yo me siento renacer. Anoche eché de menos a mis amigos. Pasados unos segundos, nos separamos y ella sonríe suavemente, algo más tranquila por mi reacción.

—Eso sí, como te lo haga pasar mal, ¡le arrancaré los huevos!

—Ya me lo imagino, ya. Y me da que él también lo sabe.

Me guiña un ojo, sonriente, antes de llevarse la taza a los labios.

—Bueno, ¿y qué tal tu cita con Ethan?

Suspiro con fuerza. Sinceramente, no sé qué contarle sobre anoche.

—Pues estuvo guay. Estuvimos ahí hablando un rato y nos divertimos mucho.

—Pero no lo veo por aquí, así que entiendo que no habéis pasado la noche juntos.

—No, me acompañó a casa después de cenar y se despidió de mí en el portal.

A ver, tampoco le pedí que subiera, pero si lo hubiera hecho, habría sido un signo de debilidad. Y, sinceramente, no sé si habría sido capaz de resistirme a él...

Tess parece comprender mi incomodidad, porque se acerca a mí y me estrecha las manos.

—¿Qué pasa, Mia? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—La verdad es que no sé qué me pasa. Anoche me di cuenta de que no estaba tan unida a Ethan como creía y eso me dejó un poco descolocada. Y encima creo que me gusta mucho más de lo que pensaba.

—¡Ah, pues! ¿Te pone?

Frunzo los labios y asiento con la cabeza. Por mucho que me duela decirlo, no puedo negarlo. Sí, me pone.

—¿Por qué no te dejas llevar? Si te apetece besarle, bésale.

Me incorporo bruscamente, frunciendo el ceño. ¿Cómo puede decirme eso?

—¡Ni de coña! No pienso dejar que gane. ¡Nunca!

—Ah, vale, pensaba… Mia ha vuelto. Por un segundo, pensaba que la habíamos perdido.

Me mira sonriendo y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Es verdad, yo nunca me rindo. Debo de estar cansada; eso es todo. Ethan no cayó anoche, pero eso no significa que no esté ganando terreno. Pude sentir su corazón acelerado cuando puse mi cabeza en su pecho. Está claro que no le doy igual. Es más, creo que me desea tanto como lo deseo yo. Pero, al igual que yo, no quiere perder y hará lo que sea para parecer un flojucho. No sé si alguno de los dos conseguirá ganar. Seguir tentándonos así no es muy razonable. Me da a mí que podemos liarla pero bien…

—¿Nos vamos?

La voz de Tess me saca de mis pensamientos. La sigo fuera del edificio, aún un poco

distraída. En mi cabeza, Ethan es ahora mismo el protagonista.

Las clases de la mañana se nos pasan volando y pronto suena la campana que anuncia el descanso para comer. Tess y yo nos sentamos en una mesa y Bastien no tarda mucho en unirse a nosotras. Para mi sorpresa, Julien, seguido de Adam y otro chico al que solo conozco de vista, también se sientan en nuestra mesa. Adam me cae muy bien. Nunca nos hemos visto fuera de clase, pero siempre me hace reír y el tiempo pasa mucho más rápido con él. Tendría que pedirle que saliera un día con nosotros. Seguro que a Chloé le gustaría mucho.

Tess se pone a hablar con Julien, y Bastien y el chaval que tiene enfrente debaten de forma amistosa sobre un tema que se me escapa. Nuestra mesa es sin duda la más ruidosa de la cafetería. Pero la felicidad no dura para siempre. Pasados unos minutos, llega la pesada de Kimberly.

La muy pija me ignora por completo y se acopla a la conversación de Tess y Julien, antes de instar a Julien a que la siga para ayudarla con algo de clase. Al final, el pobre se levanta y me lanza una mirada tristona. Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de hablar un poquito.

Cuando terminamos de comer, me dirijo sola a la biblio. Nos han dividido en grupos para una de las clases de hoy y a Tess le ha tocado en uno distinto al mío. Como tengo un par de cosas que hacer, prefiero esperar aquí a mi amiga. En casa no me concentro ni a hostias.

Mientras me devano los sesos con un trabajo de biología, oigo que alguien arrastra las patas de la silla que tengo enfrente.

—¿Puedo sentarme?

Levanto la vista y veo a Julien, con una carpeta en la mano. Parece que no sabe si sentarse o no.

—¡Claro que sí!

Le sonrío y aparto algunos de mis trastos para que pueda sentarse en la mesa. Julien saca los libros de texto y unos cuantos folios. Es evidente que está estudiando la misma asignatura que yo. Miro sus apuntes y me doy cuenta de que él también tiene pendiente este trabajo. Organiza sus cosas y mira el diagrama del ejercicio, frunciendo el ceño.

—Ya veo que no soy la única que está peleando para terminar el puñetero trabajo…

Julien levanta la cabeza y mira las hojas esparcidas delante de mí antes de sonreír.

—Es muy complicado entender cómo se activan los músculos y tendones a partir de un papel.

—¡Literal![1]

Me pego una palmadita en la frente y me levanto rápidamente para sentarme justo a su lado. Acerco la silla para estar más cómoda y él me mira, extrañado.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Está claro que no podemos trabajar sobre el papel. ¡No tiene sentido! La medicina gira en torno a las personas. Pero tú estás aquí y yo también, así que podemos practicar el uno con el otro.

Para demostrarle lo que quiero decir, me quito la chaqueta y me vuelvo hacia él. Llevo un vestido con la espalda descubierta y un escote redondo. Julien recorre mi cuerpo con la mirada y se sonroja. Me pregunto cómo habrá podido practicar con las chicas de nuestra clase durante cinco años si se ruboriza con solo ver mi piel y la redondez de mis pechos. En nuestro grupo estamos acostumbrados a toquetearnos los unos a otros y nos pasamos las clases en ropa interior.

Ahora que lo pienso, nunca le he visto sonrojarse con Tess o Kimberly y siempre se ha achantado un poco cuando me ha tocado con él de pareja.

¡Bueno, bueno, bueno! Quizá sea yo la que le hace sonrojarse así... Sacudo la cabeza para apartar ese pensamiento de mi mente.

Concéntrate, Mia, ¡no olvides la regla!

Le doy la espalda a Julien y me recojo el pelo para apartármelo de la nuca.

—Tenemos que trabajar los músculos de la espalda, así que será mejor que usemos un referente real, ¿no?

Giro la cabeza ligeramente y le sonrío por encima del hombro. Julien estira las manos hacia mí y carraspea antes de posarlas en mi nuca. Siento sus cálidos dedos recorriendo mi piel, siguiendo la dirección de mis músculos, que se tensan ligeramente al notar su tacto.

Cuando desciende por mi columna, suspiro e, instintivamente, bajo la cabeza para disfrutar de sus caricias. Por mucho que me esfuerce, no puedo evitar comparar las manos de Julien con las de Ethan. Las de mi amigo eran frías y contrastaban perfectamente con mi piel ardiente, y también eran mucho más firmes. Las manos de Julien son cálidas y vacilantes. Me gusta que me toque, pero no tiene nada que ver con lo que Ethan me hizo sentir cuando estábamos bailando. ¡Dios, no puedo quitármelo de la cabeza!

Al cabo de unos minutos, me dice que ya lo entiende todo y que podemos cambiar las tornas. Se levanta de la silla y echa un vistazo a la sala antes de quitarse la camiseta. Me da la espalda y noto que se le pone la piel de gallina. Acerco mis manos a su cuerpo y le oigo soltar un gemido ronco cuando las pongo sobre su trapecio. Es curioso ver a un chico reaccionar así ante una caricia tan inofensiva. Divertido y también un poco extraño... ¡Ya no tenemos quince años!

Ignoro los músculos que se contraen bajo mis dedos y me concentro en lo que pone en el papel. Enumero los elementos que encuentro en la espalda de mi compañero como si estuviera repasando una lista en voz alta. Por una milésima de segundo, lamento que sea Julien quien esté frente a mí y no Ethan.

Pero probablemente mi amigo no habría estado tan tranquilo como mi compañero de clase. Conociéndole, no habría tardado en sentarme en la mesa para que le rodeara con las piernas, o en pasarme la lengua por el cuello y las manos por la espalda. Joder... Me lo imagino besándome el cuello, siguiendo el camino que baja por mi barbilla hasta mi escote. Ojalá estuviera aquí, levantándome la parte inferior del vestido para luego acariciarme por debajo... Ojalá sentir sus poderosas manos recostándome sobre el escritorio y su boca continuando su dulce tortura.

—Siento interrumpir…

Vuelvo inmediatamente a la realidad al oír la voz de Tess. Me giro hacia ella y retiro las manos de la espalda de Julien, que aprovecha para vestirse. Mi amiga está de pie a unos metros de nosotros, con los brazos cruzados y una gran sonrisa en la cara.

—Estábamos repasando para el examen…

Tess me mira, con los ojos en blanco, como diciendo «sí, claro…».

—Hay que irse, Mia. Chloé nos está esperando a la salida con Paul y Grégory.

Asiento mientras recojo mis cosas y mi amiga sale de la biblio después de despedirse de Julien. Recogemos nuestras cosas en silencio y luego Julien se aclara la garganta y me dice:

—Gracias por ayudarme, Mia.

Me vuelvo hacia él y le sonrío para darle las gracias. Estoy a punto de salir de la biblioteca, pero entonces su voz me sobresalta:

—Espera, Mia. Me gustaría decirte una cosa.

De pronto, me siento desubicada, como si se me helara la sangre.

[1] *N. de la T.* Uso extendido del adjetivo «literal», que en este caso, pretende mostrar acuerdo, similar a la expresión «tal cual». Aunque gramaticalmente no es correcto, es un calco del uso del adverbio «literalmente» en lenguas como el francés o el inglés. Ejemplo: *Tío, soy yo literal*.

13

Puntos débiles

Julien se pasa la mano por la nuca. Parece que le da apuro continuar, y no puedo evitar pensar que tiene el mismo tic que Ethan. Vuelvo sobre mis pasos y me acerco a él, sonriendo para animarle a hablar, yo tampoco es que sepa cómo actuar.

—Pues a ver... Eres genial. Me gusta pasar tiempo contigo y… también me gustas tú. Lo que pasa es que he oído hablar de tus famosas reglas y quería aguantar hasta fin de curso, pero es que no sé qué pasará entonces y estoy cansado de esperar. Así que si te apetece que en algún momento tú y yo… Bueno, puedo esperar a que llegue el momento, pero así me ahorro estar en vilo y comerme la cabeza cada vez que te miro. En fin, solo quiero saber si hay algo entre nosotros.

Algo cortada, me agarro a la correa del bolso y me tomo unos segundos para procesar lo que acaba de decir. Julien me mira como descompuesto y aprieta los puños. El pobre está nerviosísimo. Es la primera vez que alguien me dice algo tan dulce y no sé cómo reaccionar. Me invade una mezcla de alegría y miedo.

—¡Vaya! Esto... Gracias... Yo...

Respiro hondo para dejar de balbucear como una adolescente.

—A ver, tengo que pensar un poquito en lo que me acabas de decir. No me lo esperaba, la verdad. A mí también me gusta estar contigo, pero... Tú buscas una relación seria y no sé si puedo darte lo que necesitas.

Julien vuelve a pasarse la mano por la nuca.

—No te preocupes. Tómate todo el tiempo que necesites —responde, y agita la mano como dando a entender que no tiene prisa.

De repente, mi móvil empieza a vibrar en el bolsillo de la chaqueta. Al oír el tono de llamada, doy un respingo. Intento ignorarlo para que Julien no piense que paso de él, pero la cancioncita sigue sonando. Cojo el teléfono y me disculpo un segundín ante este bombón alto y moreno.

—Escucha, Julien, lo siento un montón, pero tengo que irme. Hablamos pronto, ¿vale?

Él asiente y yo salgo corriendo por el pasillo. Justo cuando estoy a punto de sacar el móvil, vuelvo sobre mis pasos. No puedo huir como una cobarde. Le doy un beso en la mejilla a Julien, le sonrío amablemente y salgo para reunirme con mis amigas.

***

Las chicas y yo paseamos por los pasillos del supermercado que hay en mi calle. Charlie tiene una cita esta noche, y Ethan y Paul están en el entrenamiento de rugby. Se vienen a cenar luego, pero ahora mismo no tenemos ni idea de qué vamos a cocinar.

—¿Qué tal hamburguesas? —pregunta Tess.

—¡*Nop*! Comimos hamburguesas hace nada —responde Chloé.

—¡Tíío…! ¡Pero yo no estaba! —responde Tess, lamentándose.

Suelto un suspiro de desesperación. Con el tema de la comida, esas dos nunca se ponen de acuerdo. ¡Hay que ser un cinturón negro de la diplomacia para hacer que entren en razón!

Mientras siguen discutiendo sobre qué preparar, me quedo empanada mirando las cajas de cereales.

Las voces de mis amigos suenan en la distancia y, aunque intento evitarlo, mi mente se desplaza a otra parte: al campo de rugby. Me imagino el cuerpo de caramelito de Ethan mientras hace ejercicio. Veo los músculos de sus piernas con sus pantalones cortos, su pecho brillante por el sudor y sus manos —*sus preciosas manos…*— agarrando el balón. Puedo distinguir la expresión de concentración en su rostro mientras corre, con el pelo al viento. Imagino sus labios esbozando una sonrisa después de una buena jugada.

Luego lo veo corriendo de vuelta a los vestuarios, quitándose rápidamente sus pantalones cortos y los bóxers. Me imagino sus nalgas redondas y bien puestas, desnudas para que yo las vea... ¡Joder, ese culo es hipnótico!

Aparto de mi mente esas preciosas vistas y paso a imaginarme los músculos de su espalda relajándose bajo el agua tibia de la ducha. Veo cómo se pasa las manos por el pelo y se lo echa hacia atrás. Por fin se da la vuelta y siento que mi corazón se acelera cuando su mirada se encuentra con la mía. Un suave calor se extiende por mi cuerpo y sus manos me acarician. Su piel está cubierta por la espuma y mis ojos siguen con deleite el recorrido de sus músculos hasta que…

—¿Quieres unirte?

La voz ronca de Ethan hace eco y acaba con el silencio de las duchas comunes. Me acerco lentamente, sin apartar los ojos de él. Mis manos se posan sobre el cuerpo de mi amigo y lo acarician. Ethan cierra los ojos y suspira, extasiado. Mis dedos se deslizan delicadamente por su cuerpo, como si lo enjabonara. Un gemido ahogado surge de entre sus labios cuando le agarro de los glúteos. Son todo músculo… Cuando vuelve a abrir los ojos, su mirada se fija en algo que hay detrás de mí y siento que unos dedos se deslizan por mi vientre. Estoy algo confundida. De repente, dos manos me agarran por las caderas y me giran bruscamente. Sorprendida, me topo con la mirada deseosa de Julien. Mi moreno acerca su boca a la mía y me besa suavemente. Parece que su declaración ha tenido más efecto en mí de lo que pensaba... Detrás de mí, siento el cuerpo firme y fibrado de Ethan. Su boca se abre camino hacia mi cuello.

Perdida en ese mar de sensaciones, cierro los ojos y saboreo las deliciosas caricias que me regalan. Nunca me había imaginado estar con dos hombres a la vez, pero tengo que admitir que no me desagrada. Las manos de Ethan y Julien siguen avanzando sobre mi piel, y hacen que me estremezca. Sus bocas y sus dientes me torturan deliciosamente, lo que me hace gemir sin control.

—¡Papás de Benjamin, por favor, acudan a la caja!

El anuncio de la cajera del súper me devuelve a la realidad con una fuerza brutal. Mis ojos se abren de par en par y mis mejillas se ponen como un tomate cuando mi mirada se cruza con la de Tess y Chloé. Las dos tienen las cejas levantadas y sonríen. Recupero rápidamente la compostura, me cruzo de brazos y las fulmino con la mirada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Intento sonar seca, pero mi voz se quiebra ligeramente. Mis amigas se ríen en mi cara.

—¿En quién pensabas, Mia? —me pregunta Chloé burlonamente.

Me ruborizo al pensar en las manos firmes de los chicos de mis fantasías sobre mi piel.

¡Qué calor hace de repente en este supermercado!

Trago saliva.

—En nadie... ¡En serio!

Finjo interesarme por una caja de cereales, y ensalzo en voz alta sus supuestas virtudes adelgazantes. Por desgracia, mi táctica no funciona y oigo la voz de Tess a mis espaldas:

—¡Oye, Mia!

Respiro hondo y me doy la vuelta. Sé que van a soltarme algún comentario. Para qué mentir, si yo estuviera en su lugar, también lo haría.

—¡Cuidado al pasar, no te resbales con tu charco de babas!

Tess señala el suelo y Chloé suelta una carcajada sonora. Pongo los ojos en blanco al oírlas reír y me doy la vuelta. Pese a que estoy a dos pasillos de ellas, aún puedo oír sus risas. Cuando mis amigas me alcanzan, todos nos miran. Es normal. Las muy idiotas siguen descojonándose, con las manos en la tripa y lágrimas en los ojos. Chloé me pasa el brazo por encima de los hombros mientras cojo un paquete de pasta.

—Venga, Mia, ¡cuéntanoslo!

—Sí, por fi… A juzgar por el color de tus mejillas y tus gritos de placer, ¡tus pensamientos tenían pintaza!

Al escuchar las palabras de mi amiga, me pongo roja otra vez. Las chicas esperan una respuesta, porque no paran de mirarse con cierta complicidad y sonríen con picardía. Intento alejarme de ellas.

—Una señorita de bien no debe revelar sus secretos.

Les saco la lengua y las oigo refunfuñar detrás de mí. Me alejo un poco y las oigo especular. Después de unos instantes, decido que es hora de correr un tupido velo. Me vuelvo hacia ellas y les pregunto qué han decidido finalmente para cenar.

—¡Pasta carbonara! —exclaman las dos al unísono.

Frunzo el ceño ante este plato típicamente italiano. A alguien no le va a gustar.

—Me da que la carbonara no va a poder ser hoy, chicas.

—¿Por qué no? —pregunta Tess, mientras Chloé inspecciona la etiqueta trasera de un paquete de arroz.

—¡Pues por Ethan! —respondo como si fuera obvio.

Mis dos amigas me miran, frunciendo el ceño, y se encogen de hombros.

—A Ethan no le gusta la pasta carbonara —les explico.

A mis amigas se les escapa un «ah» al unísono, antes de mirarse con complicidad. Me están cabreando ya. ¡Que se dejen de tonterías!

Tras un rato, nos decidimos por las fajitas y compramos rápidamente lo que necesitamos antes de volver a casa. Una vez allí, nos ponemos manos a la obra, porque los chicos no tardarán en llegar. Tess pela las verduras, Chloé corta y cocina la carne y yo me encargo del guacamole. Cocinamos al ritmo de la música, y nos ponemos a bailar cada vez que suenan temazos en la *playlist*[1].

Al cabo de unos minutos, miro el reloj de la cocina. Ya son las 20:15 h. Los chicos habrán terminado de entrenar y estarán en la ducha. Cuando pienso una vez más en los chorros de agua caliente, se me va.

¡Vale ya, Mia! ¡Céntrate!

Sacudo la cabeza rápidamente para apartar esos pensamientos de mi mente.

Mientras ponemos la mesa, se abre la puerta principal y asoman las cabezas de Paul y Ethan.

—¡Hola, chicas! ¡Huele de maravilla! —exclama Paul.

Ethan asiente y rápidamente dejan sus cosas para ayudarnos con la comida y luego colocan todo en la mesa. Nos servimos en el plato y comemos bien a gusto. Entonces mi mirada se cruza con la de Ethan, que está sentado frente a mí y siento que se me suben los colores. Otra vez. Ya están aquí mis pensamientos *calentitos*…

—¿Estás bien, Mia? Estás rojísima.

Giro la cabeza y me encuentro con la mirada preocupada de Paul. A su lado, Tess intenta no reírse e imagino que a Chloé le pasará lo mismo. Me doy la vuelta rápidamente; no quiero empeorar las cosas.

—Sí, sí. Me he puesto demasiado cerca de los fuegos antes y tengo un poco de calor.

Me siento erguida en la silla y, por desgracia, me encuentro con la mirada juguetona de Ethan. La sonrisa de suficiencia de sus labios me exaspera. Pongo los ojos en blanco y vuelvo a concentrarme en mi plato. ¡No solo me vacila, sino que, además, se la goza!

—¿Cómo ha ido el entreno? —le pregunto a Paul mientras recogemos la mesa.

—Para mí, genial —responde con una sonrisa.

Frunzo el ceño y miro a Ethan. Mientras se agacha para recoger un plato de la mesa, una mueca de dolor se dibuja en su rostro. Me acerco a él y le pongo la mano en la espalda. Ethan se queja del dolor y sus músculos se tensan al contacto con mis dedos.

—¿Qué te ha pasado?

Antes de que pueda responder, Paul se entromete en la conversación.

—Espera, deja que lo cuente yo.

Paul le pasa el brazo por los hombros a Ethan, y este vuelve a hacer una mueca de dolor. Una gran sonrisa se dibuja en los labios de Paul.

—Al final del entrenamiento, nos dividimos en dos equipos para jugar un poco. Ethan marcó un ensayo después de una pedazo de jugada, la verdad. En fin, lo importante es que, para hacerse el chulo, se puso a bailar, pero el muy inútil se resbaló. Tendríais que haberlo visto... ¡Se cayó de culo! ¡Parecía una cucaracha patas arriba!

Nuestro amigo se echa a reír y Ethan pone mala cara, con las mejillas sonrosadas.

—Pero ¿estás bien? ¿Te has hecho daño? —le pregunto, preocupada.

Ethan se encoge de hombros y yo lo miro fijamente. Al cabo de unos segundos, acaba cediendo y me dice que tiene la espalda enganchada. Al oír sus palabras, pongo los brazos en jarras y frunzo el ceño.

—Menos mal que tu amiga es osteópata y quiere especializarse en la rama del deporte…

Sin dudar ni un segundo, le cojo de la mano y lo llevo a mi habitación. Cierro la puerta detrás de nosotros. Ethan se da la vuelta y se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué haces, Mia?

—Hombre, pues si te duele, tendré que ayudarte, ¿no?

Enarca las cejas y traga saliva. Bueno, bueno… Parece que no se siente muy cómodo en esta situación. Me regocijo unos segundos y luego me acuerdo de que está dolorido.

Mierda, ¡me he dejado la camilla de prácticas en la escuela! Pues nada. Tendré que improvisar. Así, de paso, aprovecho para darle un poco de vidilla a nuestra apuesta...

—Desvístete y túmbate boca abajo —le ordeno.

Ethan enarca las cejas y una sonrisa divertida se dibuja en sus labios. Me cruzo de brazos y le pregunto qué le hace tanta gracia.

—¡No sabía que tenías una faceta de dominatriz!

Ethan esboza una amplia sonrisa y yo pongo los ojos en blanco.

—Déjate de gilipolleces y túmbate, anda.

Poco después, se quita la camiseta y no puedo evitar quedarme embobada con ese cuerpo que me vuelve loca. Ethan se acerca a mí y su torso se detiene a escasos centímetros de mi pecho. Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. Sus dedos se deslizan por la piel de mi brazo y me muerdo el labio de forma instintiva.

—Sí, ama[2]...

La sensual voz de Ethan me produce escalofríos. Unos segundos después, se separa de mí y me cuesta un pelín recuperar la lucidez. Mi amigo se sube a la cama y se tumba boca abajo. Respiro hondo y salgo de la habitación para coger un aceite de masaje del cuarto de baño. Cuando vuelvo, encuentro a Ethan con la nariz hundida en la almohada. Le veo respirar hondo mientras cruzo el umbral de la puerta. Pongo la botella de aceite en la mesita de noche, junto al cabecero. Luego me subo a la cama y me siento a horcajadas encima de él. Me inclino ligeramente, cojo el aceite y se lo extiendo por la espalda. Cuando pongo las manos sobre sus trapecios, suspira de placer.

Dejo que mis dedos recorran su piel; le masajeo los hombros y luego bajo por su columna vertebral. Esto no se parece en nada a una sesión de osteopatía, ¡pero me gusta tanto acariciarlo! Debajo de mí, Ethan se mueve un poco y se recoloca para estar más cómodo. Yo sigo con mi masaje, presionando más fuerte en ciertos puntos estratégicos hasta que encuentro la zona que le causa dolor. Cuando le paso las manos por la parte baja de la espalda, se tensa de forma repentina.

Voy masajeando la zona con cuidado. Noto que sus músculos se relajan poco a poco, que el nudo que le causaba dolor se afloja gracias a mis cuidados. El masaje podría terminar aquí, pero decido prolongar el placer. Al fin y al cabo, tengo una apuesta que ganar.

Sigo recorriendo su espalda con los dedos y paso por encima de sus costillas. Al oírle jadear cada vez con más regularidad, decido presionarle un poco. Le rasco suavemente la piel con la punta de las uñas. Noto que, inmediatamente, se le pone la piel de gallina, sobre todo cuando dibujo círculos en su piel con las palmas de las manos.

Luego le pido que extienda los brazos de modo que acaben en cruz. Me inclino sobre él mientras mis manos avanzan siguiendo sus bíceps. La respiración de Ethan se acelera lentamente y mi boca se acerca a su oreja. Sigo masajeándole y aprovecho para acariciar su musculoso cuerpo. Me tumbo en su espalda para alcanzar sus manos, y el contacto de mis pechos en sus omóplatos le hace soltar un gemido de improvisto.

Cuando mis uñas se deslizan por su costado, Ethan gime de nuevo. Me acerco una vez más a su boca y le susurro despacio:

—¿Te gusta el masaje?

Sonríe y gira la cabeza para mirarme.

—¿Sabes? Creo que tengo el pectoral derecho un poco tenso también.

Levanto una ceja y me pongo de rodillas sobre la cama, mientras Ethan se da la vuelta. Me siento sobre su pelvis y él se lleva los brazos a la nuca y me mira con una sonrisa perversa. Yo le respondo con una sonrisa burlona. ¡Está jugando con fuego!

Extiendo un poco de aceite sobre el pecho lampiño de mi amigo y recorro su cuerpo con las manos. Sus ojos se cierran rápidamente y aprovecho para recorrerlo con la mirada. No hay ni una sola parte de su cuerpo que escape a las caricias de mis manos. Al cabo de unos minutos, los vaqueros de Ethan parecen más ajustados en la zona de su sexo. Pero aún no he terminado con

mi tortura.

Ethan suelta un gemido ronco. Luego abre los ojos y su mirada se cruza con la mía. Veo sus pupilas dilatadas y sus iris llenos de deseo. Se incorpora y se sienta con la espalda apoyada en el cabecero. Su mano me acaricia la mejilla y su boca se dirige a mi cuello. Jadeo y, rápidamente, Ethan me coge e invierte nuestras posiciones. Ahora soy yo quien está tumbada boca arriba y él se coloca entre mis piernas, con los antebrazos apoyados en el colchón. Su mirada acaricia mi rostro y luego se fija en la mía. Se me corta la respiración y el corazón se me acelera en el pecho. Nunca nadie me había mirado con tanto deseo.

Ethan se inclina sobre mí y su nariz acaricia la mía. Su mano derecha sube por mi muslo y me levanta poco a poco la camiseta que me sirve de pijama. Su boca besa el perfil de mi barbilla antes de bajar por mi cuello. Ethan susurra mi nombre y a mí se me escapa un gemido irreprimible. Me dejo llevar por una oleada de placer mientras sus labios descienden hasta la frontera de mis pechos. La pelvis de Ethan se restriega con fuerza contra la mía, y ambos gemimos al unísono. Su boca se mueve lentamente hacia arriba, y se sitúa finalmente a escasos milímetros de la mía. Su pulgar traza círculos en mi mejilla y sus ojos no se apartan de los míos.

¿Cómo puede alguien ser tan atractivo y peligroso al mismo tiempo?

Ethan se inclina un poco más y me roza los labios con su respiración ardiente. Siento que el corazón me da un vuelco en el pecho y que me quedo sin aliento. Se oyen ruidos en el salón, pero no consigo entender lo que sucede. Ethan me nubla la vista y me hace perder la noción del tiempo.

De repente, la puerta se abre bruscamente e interrumpe nuestro momento de intimidad. Ethan se aparta enseguida y yo, por acto reflejo, me pongo de lado. Paul se queda de pie en la puerta, desorientado.

—¡Uy! Perdón, no quería molestaros…

Paul le lanza una mirada de disculpa a Ethan mientras este se levanta y se vuelve a poner la camiseta. Unos segundos después, los chicos salen de mi habitación. Me tumbo un momento en la cama, luchando por recobrar el aliento.

¿Por qué me pone así este estúpido juego?

Unas horas después de mi momento a solas con Ethan, intento dormir, pero no puedo. Esta noche, miles de pensamientos se amontonan en mi cabeza. El hecho de que Julien se me haya declarado hoy no me ayuda mucho, la verdad. No puedo dejar de pensar en Ethan, y en cómo casi la liamos en pleno masaje. No sé qué pensar. Cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que me habría encantado que se hubiera quedado a dormir después de la cena en el restaurante del otro día.

Quiero pasar más tiempo con él, *a solas*. Y eso me asusta. Ahora que sé que puede ser amable y atento, me interesa un poco más. Puede que sea porque echo de menos estar en una relación. No estaría mal compartir una rutina, una intimidad con alguien que no fueran mis amigos. O puede que sea que me da un poco de envidia la relación que Tess tiene con Grégory. Desde que queda con él, se la ve más feliz. Es posible que esté proyectando mis carencias emocionales en Ethan. Además, nuestro jueguecito no me lo pone muy fácil.

En fin, es evidente que me estoy rayando por eso.

Pero también está Julien, un chico muy dulce y que me apoyaría en todo, lo cual me vendría muy bien. Me ha dicho que está dispuesto a esperar a que acabemos la carrera para estar juntos... Y el chico me gusta, para qué mentir. Me parece un solete, y tenemos muchas cosas en

común. Es muy buen chaval. Vale, las apariencias engañan, pero dudo que vaya a jugar conmigo y a hacerme daño a propósito. Eso sí, es tan tímido... ¿Quiero estar con un chico que se ruboriza cada vez que le hablo? Además, no parece que tenga mucha experiencia sexual, y para mí, la forma en que mi pareja se comporta en la cama es importantísimo. Creo que es la base de una relación sana. Con Ethan no tendría por qué preocuparme de eso. Está claro que él sabe lo que me gusta, y además, ya tenemos un nivel de confianza e intimidad que aún no tengo con Julien.

¡Mierda! Ya estoy otra vez pensando en Ethan.

Aparto la colcha y gimoteo. Llevo toda la noche rondando entre Ethan y Julien, y eso que se supone que no me interesa el primero. Venga, a espabilar. Es solo mi mente intentando jugarme una mala pasada. Parece mentira. En cuanto ando un poco escasa de afecto… ¡Pam! Me monto un escenario de lo más absurdo. Y ahora Ethan se ha colado en mi cabeza para joderme. El muy imbécil… ¿Cómo se atreve a ponerme a prueba de esta forma? Bueno, no pienso dejarle ganar tan fácilmente.

¡Y para colmo, me he puesto mala! Por primera vez en quince años, ¿tú te crees? Tengo la cabeza como un bombo y la garganta hecha una mierda. Me duele hasta tragar saliva. Me siento superfloja y seguro que tengo fiebre. Aparto también la manta, porque me estoy achicharrando aquí debajo y entonces veo que la cabeza de Chloé asoma por la puerta. Un rayo de luz entra en la oscuridad de mi habitación y me obliga a entrecerrar los ojos.

—¿Estás bien, Mia?

Se me acerca suavemente y yo sacudo la cabeza para hacerle saber que me encuentro de pena. Me pone la palma de la mano en la frente y yo cierro los ojos y disfruto del frescor de su mano sobre mi piel abrasadora. Cuando abro los ojos, la veo hacer una mueca y me dice que estoy ardiendo. Desaparece y vuelve unos segundos después con una botella de agua y unas pastillas. Me pone un paracetamol en la mano y me da de beber, y cuando me lo he tragado, me da un caramelo para la garganta. Lo chupo con la esperanza de que se me pase el horrible cosquilleo que siento en el esófago. Me besa en la frente, me ayuda a acostarme y me dice que tiene que irse, pero que volverá esta noche.

Cuando Chloé sale de la habitación, entra Tess y hace lo mismo: me besa en la frente y luego me dice que nos vemos después de clase. Sonrío y asiento con la cabeza, contenta de que las dos estén a mi lado ahora que las necesito, aunque nunca he dudado de su amistad. Oigo cerrarse suavemente la puerta de mi piso y me quedo en un silencio sepulcral.

Sé que no voy a morirme por un catarro, pero me deprime estar así de pocha. Cojo el móvil y lo desbloqueo. La luz brillante de la pantalla me ciega y me hace gruñir. Voy a la conversación con mi madre y le escribo un mensaje rápido para preguntarle cómo está y decirle que estoy enferma. Unos segundos después de pulsar «enviar», mi teléfono vibra junto a mi oreja.

Vaya, sí que ha sido rápida.

Leo su respuesta. Parece que mi madre está disfrutando mucho del sur de Francia. Como es evidente, me aconseja y se interesa por mi salud. Luego me pregunta si quiero que venga a cuidarme. La tranquilizo y le digo que no hace falta. Inmediatamente después, dejo el móvil bocabajo, para que la luz no me provoque un dolor de cabeza espantoso.

El grupito y yo hemos planeado ir a ver a mi madre cuando acabemos los exámenes. Vive cerca de la playa y tiene una casa enorme con piscina, todo un paraíso del que pienso hartarme antes de empezar a trabajar. Cierro los ojos y disfruto de los maravillosos recuerdos del verano pasado, cuando estuve en esa casa. Mis amigos se vinieron durante la última semana de agosto, y

mi madre nos dejó la casa para nosotros solos. Pasamos el tiempo haciendo el cabra en la piscina, saltando las olas, tomando el sol y haciendo barbacoas. Me acomodo un poco más en mi cama, aunque mi mente ya está allí.

Mis pies se hunden en la arena mojada y el sonido de las olas me acaricia los oídos. La suave brisa mece la tela de mi pareo. A lo lejos, oigo las risas de mis amigos jugando en el mar. El sol calienta mi cuerpo y yo levanto la vista al cielo para bañarme en su luz. Me siento viva. Inspiro y siento en el aire una mezcla de fragancias. Huele a monoï[3], a arena caliente y a sal. Y ese aroma me relaja porque, al fin y al cabo, es el que desprende Ethan.

Me despierto sobresaltada, con el pijama empapado por culpa de la fiebre. Me aparto las sábanas con el pie y cojo la botella de agua para beber un buen sorbo. De repente, me quedo helada al oír un ruido procedente de la cocina. Miro el despertador de la mesilla de noche. Son las 11:20 h y no debería haber nadie en casa. Siento que el corazón se me acelera en el pecho. No estoy en condiciones de enfrentarme a un intruso. Me deslizo suavemente fuera de la cama e intento hacer el menor ruido posible. Unos instantes después, salgo de la habitación de puntillas.

La luz del pasillo me obliga a cerrar los ojos. Doy pequeños pasos hacia la cocina. Empujo con cuidado la puerta, que está entornada y asomo la cabeza. Justo cuando estoy a punto de abalanzarme sobre la primera persona que se me cruce, me quedo helada y veo a Ethan moviéndose al ritmo de una canción de rap. De espaldas a mí, rebusca en los armarios. Reprimo una sonrisa burlona y entro, ahora más tranquila.

—¿Qué coño haces aquí?

Mi voz ronca le sobresalta y se da la vuelta bruscamente. Me mira de arriba abajo antes de acercarse a mí y quitar la canción que sonaba en su móvil.

—Chloé me ha dicho que estabas enferma. Estás horrible...

—Gracias —digo, sonriente, mientras me siento en una silla.

Con los codos apoyados en la mesa, me masajeo las sienes.

—Aún no me has dicho por qué estás aquí.

—He venido a ver si te encontrabas mejor.

Se acerca a mí y me pone la palma de la mano en la frente. Su piel helada tiene un efecto sanador en mí y no puedo evitar coger su mano y apretarla contra la mía, con los ojos cerrados. Permanecemos así unos segundos y luego abro los ojos para mirarle fijamente.

—¿Pero no tienes que trabajar hoy?

Ethan se encoge de hombros y yo frunzo el ceño. Es obvio que debería estar trabajando a estas horas.

—He ido a comprar los ingredientes para hacerte una sopa. Vete a ducharte y vuelve a la cama.

Asiento mientras me levanto y me dirijo al baño. Permanezco un buen rato bajo la alcachofa de la ducha. El calor del agua me sienta de maravilla. Cuando cruzo la puerta de mi habitación, esta vez con un pijama limpio, siento escalofríos. Parece que la habitación se ha enfriado de repente.

—He ventilado y te he cambiado las sábanas.

La voz de Ethan resuena a mis espaldas. Está de pie en la puerta, con una botella de agua en una mano y una taza humeante en la otra. Me mira con el ceño fruncido. Mi cara debe de seguir siendo un cuadro.

—¡Venga, a la cama!

Obedezco y me meto bajo las sábanas. Ethan se sienta en el borde, con cuidado de no aplastarme las piernas, y me da la taza. Me trago el contenido con una ligera cara de asco. Cuando termino de bebérmelo, me coge la taza y me obliga a tumbarme y luego me tapa con la manta y la colcha. Me pone los labios en la frente para comprobar mi temperatura y se va, no sin antes decirme que intente dormir un poco.

Me despierto aturdida, con la garganta aún dolorida y claramente febril. Tardo unos minutos en espabilarme del todo. Miro el reloj y me doy cuenta de que he dormido seis horas del tirón. Salgo con la calma de mi habitación y me dirijo a la cocina. Me ruge la tripa del hambre. Cuando cruzo la puerta, me entra el tembleque. Me acerco a los armarios y me pongo de puntillas para coger un bollito.

—¿No podías llamarme?

Al oír el gruñido de Ethan, se me cae el paquete que llevaba en la mano. Ethan suelta un suspiro y pone los ojos en blanco. Se acerca a mí y me sienta en una silla. Luego se agacha y recoge el paquete del suelo. Lo deja sobre la mesa, se arrodilla frente a mí y me recoloca los calcetines, que están torcidos. Me los he puesto como he podido. Quiero refunfuñar, recordarle que no soy una persona dependiente, pero ni siquiera tengo fuerzas. Sin mediar palabra, se levanta y pone en marcha el microondas.

—Te he hecho una sopa —dice mientras saca un cuenco humeante.

Me lo pone delante y me da una cuchara. Le doy las gracias y empiezo a comer. La sopa fluye por mi garganta, y extiende un agradable calor por todo mi cuerpo. Lleva tomate y fideos, como a mí me gusta. Mi amigo recoge cosas de la encimera y se pasea por toda la casa mientras yo como en silencio. Cuando se acerca a mí, ya casi me he terminado el plato.

—Todavía tienes un poco de fiebre. Si duermes bien, se te pasará.

Después de tomarme unos cuantos medicamentos más, me lleva a mi habitación. Mientras comía, ha vuelto a ventilar. Ethan retira las sábanas para que pueda meterme debajo, cierra las cortinas y se inclina sobre mí para darme un beso en la frente.

—Quédate conmigo esta noche, por favor…

Se levanta y me mira con el ceño fruncido. Está tan sorprendido como yo por la frase que acabo de pronunciar. Sin decir una palabra, apaga la luz y se tumba justo detrás de mí. Me giro hacia él y apoyo la cabeza en su cuello mientras él me rodea la cintura con los brazos. Aspiro profundamente su aroma y luego me quedo profundamente dormida.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, lista de reproducción.

[2] *N. de la T.* En BDSM, una «ama» es una dominante femenina, esto es, una dominatriz.

[3] *N. de la T.* El monoï de Tahití es un producto que se usa para el cuidado de la piel y el cabello, que proviene de la maceración de las flores de Tiaré en aceite vegetal de coco.

14

Aumenta la tensión

Me despierto despacio y dejo que el mágico vaho de mis sueños se disipe. Me encanta ese momento matutino, el lapso a medio camino entre la oniria y la realidad en el que una percibe los sonidos que la rodean sin dejar de estar en el limbo.

Siento el pecho de Ethan contra mi espalda y me aprieto un poco más contra él, mientras su brazo rodea con más firmeza mi cintura. Un suspiro de satisfacción se escapa de mis labios cuando la cabeza de mi amigo se posa en la curvatura de mi cuello. Su respiración constante me hace cosquillas en la piel y me provoca un escalofrío tras otro. ¡Me siento tan bien…! Su calor me recorre la espalda. ¡Es como si flotara en una nube!

Abro los ojos de repente y un montón de pensamientos intrusivos afloran en mi mente. Tardo un momento en entender por qué Ethan está en mi cama. Siento que el corazón se me acelera en el pecho al recordar lo que pasó la noche anterior. No me importa dormir con Ethan. Quiero decir, no sería la primera vez que comparto cama con uno de mis amigos, como Bastien, Paul o Charlie. Pero nunca me había sentido tan bien al despertarme. Lo peor de todo es que me parece hasta natural, como si encajáramos perfectamente.

Intento levantarme con cuidado para no despertarle, pero él se agita ligeramente. Cierro rápidamente los ojos y me hago la dormida.

Estúpida. Ridícula. En fin, hija.

Ethan me estrecha contra él y siento su corazón acelerado contra mis omóplatos. Su cabeza se mueve ligeramente y la punta de su nariz recorre mi cuello, lo que hace que me erice el vello de los brazos. Se levanta suavemente sobre un codo y siento su mirada ardiente clavada en mí. Me pasa los dedos por el brazo, acariciándome suavemente y luego sube por mi hombro desnudo. Lucho por contener un gemido y respiro de forma agitada. Siento que el colchón se hunde y su cuerpo se inclina hacia mí. Sus labios rozan mi piel ardiente y se me corta la respiración. Ethan me besa el cuello y la comisura de los labios. Me obligo a coger aire con normalidad, para fingir que no me excitan sus caricias. Se incorpora y me susurra mi nombre al oído. Yo me mantengo impasible. Luego se levanta y sale de la habitación. Espero unos segundos a que se cierre la puerta y me tumbo boca arriba, mirando al techo.

Una actuación impecable, Mia.

Me pongo una mano en el corazón, como si pudiera frenarlo con tan solo localizar los latidos. Esto se nos está yendo de las manos. Este juego me va a provocar un infarto. La verdad es que se lo está currando. Porque habrá montado todo este circo para que caiga rendida a sus pies, ¿no?

Me carcomen las dudas, pero intento alejarlas de mi mente. Ethan solo está jugando. Quiere ganar, eso es todo. Me froto la cara y luego me desperezo. Miro la hora en el despertador y me doy cuenta de que ya son más de las dos. Por lo que parece, Ethan tampoco piensa ir a trabajar hoy. Lleva dos días faltando por mi culpa.

Me enderezo y me siento en el borde de la cama. Al menos ya no tengo fiebre. Cojo el móvil y leo rápidamente los mensajes de Paul y Charlie, que me dicen que me mejore pronto. Veo que Chloé me ha mandado un audio y me acerco el teléfono a la oreja para escucharlo.

—Hola Mia, estoy con Tess. Íbamos a pasarnos por tu casa, pero teniendo en cuenta que

Ethan está contigo, creemos que estarás en buenas manos. Menudo enfermero te has buscado, ¿eh? No te olvides de que el jueves es el cumpleaños de Grégory y vamos a ir todos al bar. Te mandamos muchos besos y abrazos, ¡y no te pases con Ethan!

Las oigo reír de fondo y enseguida se corta el audio. ¡Mis amigas son un caso! Sacudo la cabeza, suspiro y decido salir de la habitación. Voy andando de puntillas a la cocina, para hacer el menor ruido posible, y luego me doy cuenta de lo absurda que es la situación. Cruzo la puerta y veo que Ethan está preparando unos huevos fritos. Mientras me acerco a él, suelta el mango de la sartén y se echa el pelo hacia atrás. Luego se rasca la nuca y me saluda de una forma casi imperceptible antes de acercarse para ponerme la mano en la frente.

—¿Ves? Ya casi no tienes fiebre. Estoy preparando algo de comer, ¿te ape?[1]

Asiento con la cabeza y luego me coloco a su lado, cerca de los fogones. Cocinamos juntos, en silencio.

—Gracias por cuidarme.

Ethan me mira, sorprendido. Después de unos segundos, asiente en silencio. Su cuerpo se inclina suavemente hacia mí, su brazo roza mi piel y sus ojos no se apartan de los míos. Siento un sofoco en mi interior y me muerdo ligeramente el labio inferior. Mis ojos bajan hasta su boca. Una barba de varios días recorre su mandíbula, lo que le da un aspecto desaliñado y eso me encanta. Su mano se posa en mi brazo y sus dedos me acarician suavemente. Me estremezco. Me acerco más a él, a su calor. Quiero sentirlo contra mí. Quiero dejarme llevar. Dios mío... ¡Quiero besarle!

El pitido del horno me saca de mis pensamientos y doy un respingo, como si Ethan me hubiera quemado. Él se aclara la garganta e intenta serenarse. Me dice que la comida está lista. Saco el pan que ha puesto a tostar en el horno y nos sentamos en silencio en la mesa, sin mirarnos siquiera. Engullimos la comida sin mediar palabra, y solo cuando nuestros platos están vacíos, me dice que Tess me ha dejado algunas tareas para la uni. Tengo que entregar un trabajo a finales de semana. Le doy las gracias con la cabeza y me apresuro a volver a mi habitación, aún algo rayada por el momento de tensión que hemos compartido unos minutos antes.

Estoy sentada en mi escritorio, con las piernas algo agarrotadas. Estiro los brazos hacia el cielo y cierro los ojos. Llevo más de tres horas devanándome los sesos con este maldito trabajo. Tengo una pequeña contractura en el cuello y me escuecen los ojos, así que me levanto para estirar las piernas.

Ya basta por hoy; me rindo. Cojo un pijama del armario y me dirijo al baño. Al pasar al pasillo, oigo la televisión encendida en el salón. Ethan lleva aquí toda la tarde, pero no hemos hablado.

Una vez en el baño, suelto un suspiro y me meto en la ducha. No me gusta esta distancia entre nosotros. Quizá debería decirle que ya he tenido suficiente, que no quiero seguir con esta apuesta. Después de todo, creo que sería mejor cuidar nuestra amistad. Pero sé a ciencia cierta que él no lo aceptaría. Para él, sería como si admitiera la derrota. Y no puedo permitirlo... Solo hay una solución: tengo que seguir presionando. Pico y pala, pico y pala. Sé que, al final, se derrumbará; puedo verlo en sus ojos. Tengo que hacerle ceder lo antes posible para que todo vuelva a la normalidad.

Lo que está claro es que no puedo perder. Hay demasiado en juego. Mi regla, mi orgullo... y bueno, Julien. Quiere tener algo conmigo y creo que quiero intentarlo. Estoy segura de que la

razón por la que me siento tan atraída por Ethan es porque, desde que empezamos la apuesta, se comporta de una forma que me recuerda a Julien. Y como todavía no le he dicho que sí a Julien y esta apuesta nos está acercando demasiado a Ethan y a mí, estoy hecha un lío.

Me pongo un poco de champú en la mano y me enjabono el pelo, con la cara mirando hacia la alcachofa de la ducha. De repente, siento que entra una corriente de aire frío en la habitación. Antes de que me dé tiempo a hacer el menor movimiento, dos manos se deslizan por mi espalda y se posan en mi vientre. El olor de Ethan inunda la cabina de ducha y sus labios se abren paso hasta mi cuello. Sus dientes me arañan la piel y sus manos recorren mi cuerpo, y yo gimo de forma descontrolada.

Sus pectorales se restriegan contra mi espalda y su boca se entretiene con mi nuca. Ethan posa las manos en mis caderas y clava los dedos en mi carne, lo que acelera aún más los latidos de mi corazón. Con un solo movimiento, me da la vuelta y me besa de una forma salvaje. Retrocedo, confusa y mi espalda choca con las frías baldosas del baño. Sus manos acarician la parte inferior de mis nalgas y siento un impulso irrefrenable de colocar mis piernas alrededor de sus caderas. Él me lame la cara, el contorno de la barbilla, se detiene un instante en mi cuello y luego baja a mi pecho. Todo mi cuerpo se agita y los roncos gemidos de Ethan me hacen perder el conocimiento. Mis pies descansan en el suelo y su boca sigue bajando, mientras salpica mi piel de besos y mordiscos.

Por favor, que siga bajando…

El repentino cambio de temperatura del agua me saca de mi somnolencia. Suelto un gritito y me aparto del chorro para que el agua fría no toque mi cuerpo. Con el corazón todavía acelerado, cierro el grifo y salgo pitando de la ducha, horrorizada. Solo me ha hecho falta cerrar los ojos un segundo —*un segundo*— para fantasear con él.

Me envuelvo en una toalla. Aún no he dejado de temblar, pero estoy decidida a poner fin a este suplicio. Esta noche voy a hacer que Ethan caiga a mis pies. Se acabaron los juegos y las tentaciones.

Llego al salón y lo encuentro desplomado en el sofá. Como está absorto en su película, no me ha oído entrar. Me siento en el reposabrazos a su lado.

—¿Qué película es?

Se vuelve hacia mí y me mira de arriba abajo, mientras frunce el ceño.

—*Hostel*. Deberías abrigarte un poco más, ¿eh? Aún no estás curada del todo.

Me encojo de hombros y vuelvo a centrarme en la película. Nunca he entendido por qué le gustan las pelis de miedo. No entiendo qué interés tienen, aparte de deducir que el guionista y el director son unos pirados.

—¿Por qué ves este tipo de películas?

Me siento a su lado y hago muecas mientras masacran a un hombre en la pantalla de la tele. Ethan no se corta ni un pelo y me rodea la cintura con el brazo. Me acerca a él y yo le pongo la mano en los abdominales. Nos quedamos viendo la peli durante unos minutos, pero la sangre empieza a brotar rápidamente y no puedo reprimir varias muecas de asco antes de esconder la cara en el cuello de Ethan. Él se ríe y yo me quejo de que la película es una salvajada.

—Pues no la veas. Nadie te obliga.

Su voz burlona me irrita, pero sus palabras me dan una idea brillante. Es hora de tentarle. Le paso la pierna por encima y me siento a horcajadas sobre él. Entierro las manos en su pelo y le masajeo suavemente la cabeza. Sonrío al sentir que su respiración se acelera y empiezo a besarle el cuello. Un gemido ronco escapa de entre sus labios mientras mordisqueo su piel.

Las manos de Ethan se posan en mi espalda y me acarician por debajo de la camiseta. Me acerco un poco más a él cuando sus dedos suben por mis omóplatos y su cuerpo se tensa. Ethan me insta a incorporarme y su cara se posa en mi cuello. Su aliento acaricia uno de mis puntos débiles y vuelve a rozarme con los labios, lo que humedece mi intimidad.

Enredo las manos en su pelo y tiro suavemente de él, mientras sus dientes me arañan y sus manos fuertes presionan la parte baja de mi espalda. El calor que emana de mi interior hace que me hierva la sangre y me tiemble el cuerpo. La boca de Ethan continúa su suave tortura, y mi corazón late tan fuerte que siento un ligero mareo. Acerco mi pelvis a la suya y mi amigo suelta un gruñido ronco, al que yo respondo con un gemido feroz. Tiro de su cabeza hacia atrás y alejo su boca de mi piel. Aunque nunca he sido una dominante, ver a Ethan debajo de mí, con las pupilas dilatadas y los labios hinchados, hace aflorar en mí un deseo casi doloroso. Me froto contra él, incapaz de soportar los centímetros que separan su cuerpo del mío.

Mientras me restriego contra su pelvis, Ethan cierra los ojos y sus dedos se clavan en mi piel. Cuando vuelve a abrirlos, sus pupilas están ennegrecidas por el deseo. Es una mirada salvaje, atractiva y, sobre todo, peligrosa. A estas alturas, no sé quién de los dos cederá primero.

---

[1] *N. de la T.* Forma apocopada de «¿te apetece?».

15

Pelea de gallitos

De repente, el sonido del timbre interrumpe nuestro fogoso acercamiento. Me levanto del sofá de un salto. Me reajusto la ropa y me peino como puedo.

—Nunca podemos tener un momento de paz… —suspira Ethan.

Le miro con los ojos como platos y me dirijo a la puerta principal intentando recuperar la compostura. Exhalo un largo suspiro y siento que el deseo disminuye lentamente.

Al abrir la puerta, me sorprende ver la cara sonriente de Julien. Me asomo ligeramente por la rendija y cierro la puerta discretamente. No quiero que Ethan vea a Julien. Mi compañero no parece haberse dado cuenta de lo incómoda que estoy y sigue sonriéndome. Le devuelvo la sonrisa y le pregunto, lo más amablemente que puedo, qué hace aquí.

—Tess me ha dicho que estabas enferma y he venido a traerte los ejercicios de esta semana. Tienes mejor aspecto.

—Sí, es que he descansado bastante. Gracias.

Cojo el paquete de hojas que me tiende y le agradezco que se haya tomado la molestia de traérmelas. Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja y me pregunto por qué ha venido a traerme todas estas cosas en lugar de dejárselas a Tess y, sobre todo, cómo sabe mi dirección.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

Las mejillas de Julien se tiñen de rosa. Se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros para fingir una actitud desenfadada.

—Se lo pregunté a Tess. Quería verte.

Asiento y sonrío, pero de repente siento una fuerza que intenta abrir la puerta a toda costa. Antes de que me dé tiempo a hacer presión, se abre de par en par. Ethan aparece de repente, con la mano en el picaporte. Mira a Julien y luego a mí. Mi amigo sonríe ampliamente y luego se coloca a mi lado.

—Me preguntaba por qué tardabas tanto…

Julien y Ethan se miran durante unos segundos y me siento incómoda al instante. Me aclaro la garganta antes de presentarlos.

—Ethan, este es Julien, un compañero de clase.

Se dan la mano, pero por la mirada de Julien, sé que Ethan debe de estar apretando mucho más fuerte de lo que debería. Y mi sospecha se confirma unos segundos después, cuando me mira con esa sonrisilla soberbia e insoportable. Le doy un codazo en el costado a mi amigo, lo que le hace soltar una risita. Se acerca a mí todo lo que puede y no aparta su mirada de Julien. La mirada de mi compañero pasa de Ethan a mí y veo que frunce el ceño, como si intentara entender lo que sucede.

—¿Así que estás en la misma clase que Mia?

Me vuelvo hacia Ethan, que sonríe con arrogancia a Julien, aunque sabe que odio que ponga esa cara. Julien, frente a nosotros, no parece muy cómodo. Pero bueno, para incómoda, ya estoy yo.

—Sí, llevamos cinco años en la misma clase.

Julien me mira con una sonrisa, pero Ethan no parece haber terminado con él. Ni conmigo.

—¿Cinco años? Es curioso, nunca he oído hablar de ti en todo ese tiempo. ¿Y cómo se

porta en la uni?

Se acerca a mí y me pasa el brazo por encima del hombro. Me mira a los ojos un momento y noto un atisbo desafiante en sus iris. Levanto la vista al cielo y suspiro. Mi amigo se gira para mirar a Julien y sigue hablando.

—Porque cuando íbamos juntos al insti, ella siempre llegaba tarde, y encima era una dejada. Siempre tenía que prestarle un boli, un folio o compartir mi libro con ella. ¿Verdad, Mia?

Se vuelve hacia mí e intenta picarme, y yo pongo una cara que parece divertirle aún más.

¿Por qué tengo que ser amiga de este idiota?

Me vuelvo hacia Julien, que no sabe dónde meterse al vernos tan pegaditos, así que decido dejar las cosas claras.

—Ethan y yo estuvimos en la misma clase en primaria y luego en secundaria. Por su culpa, nos castigaban y nos echaban la bronca todos los días.

Lo miro, triunfante, y él hace una mueca. Ethan me fulmina con la mirada y yo enarco una ceja y sonrío. Sé que odia que haga eso y lo estoy provocando a propósito. Se lo merecía.

Veo que está a punto de contestar, pero un ruido en el pasillo lo detiene en seco. Me inclino hacia él, con la oreja pegada a su pecho, y veo las cabezas de mis amigos asomando por la esquina del rellano. Julien se hace a un lado para dejarme ver mejor. Solo por la expresión de sus caras, sé que llevan tiempo espiándonos. Ahora que ya los hemos pillado, no se molestan en disimular.

Los presento a todos. Mi grupito me saluda rápidamente y luego se mete en el piso, como intentando fingir que no han visto nada. Aunque no sirve de mucho, porque ahora que están aquí, me siento aún más incómoda. Por un momento, pensaba que Ethan también se metería en casa, pero no, se queda ahí de pie. Le doy los papeles que me ha traído Julien y le pido que los deje en mi habitación. Levanta una ceja, reacio a dejarnos a solas, pero finalmente, accede. Suspiro y luego me vuelvo hacia Julien, que parece totalmente confuso.

—Lo siento, son un poco raros, pero son mis chicos.

Julien se ríe nerviosamente antes de dar un paso adelante para acercarse a mí.

—Tranqui. Bueno, la otra razón por la que he venido es para preguntarte si te apetecería ir al cine conmigo mañana por la noche.

Me lo pienso un par de segundos y luego caigo en la cuenta de que estaría bien pasar un rato a solas con él.

—Sí, ¿por qué no? Me apunto.

—Mañana es el cumple de Grégory.

La voz de Ethan resuena en el pasillo. Me giro y lo encuentro detrás de mí, apoyado en la pared, de brazos cruzados. Vuelvo a centrar mi atención en Julien con una mueca de vergüenza.

—¡Mierda! Es verdad, le prometí a Tess que estaría allí. Pero puedes venirte si quieres.

Julien acepta y se relaja un poco. Le doy rápidamente la dirección y el nombre del bar antes de que se dé la vuelta, y luego le doy un beso en la mejilla. Cierro la puerta con cuidado y me topo con Ethan, que parece enfadado. Lo ignoro y paso junto a él en dirección al salón, donde están nuestros amigos. Que hayamos tenido un desliz unos minutos antes no significa que haya olvidado nuestra apuesta. Que le haya molestado tanto solo me da ventaja. Ahora solo tiene que tragarse toda esa frustración que lleva dentro.

Y yo, también.

***

El momento de la verdad ha llegado; ya es jueves por la noche. Echo un vistazo al local, apoyada en la barra, mientras espero la bebida. Ha venido muchísima gente a celebrar el cumple de Grégory. Neal nos ha hecho un favorazo al chapar el restaurante para nosotros solos, y casi todo el equipo de rugby está aquí. Mis amigos están en nuestra mesa de siempre, charlando, y Grégory parece encantado con el planazo de esta noche. Todos se lo están pasando genial.

Cuando me doy la vuelta, veo a Neal luchando detrás de la barra para servir la cantidad surrealista de cervezas que le han pedido. Las coloca todas en la bandeja lo mejor que puede y sale disparado hacia las mesas.

—Lo siento, Mia, no me imaginaba que habría tanta gente…

Me vuelvo hacia Neal. Hace diez minutos ya que he pedido algo de beber, pero el pobre me sonríe en forma de disculpa y luego echa un trago de agua. Yo le digo que no pasa nada y le doy a entender que no importa.

—En fin, no me puedo quejar. Esta noche haremos buena caja… —dice el gerente del bar.

Ethan se acerca a nosotros y le da una palmada en el hombro a su primo, que aún está asimilando lo que se le viene encima esta noche.

—Sí, eso no nos los quita nadie. ¿Qué, Mia, una copa de vino blanco?

—¡Sí, como siempre!

Neal asiente, se acerca a las botellas alineadas junto a la pared y coge una. Ethan se acerca un poco más a mí, apoyando los antebrazos en la barra, y se acerca a mi oreja para decirme:

—No veo a tu amigo Julien…

Me lo dice en plan burlón, pero su mirada no concuerda con la imagen que intenta venderme. Parece angustiado, pero no entiendo por qué. Me encojo de hombros. He invitado a Julien para compensar el hecho de que no hayamos podido ir al cine como había planeado. Si se viene, pues genial, pero si no viene, tampoco pasa nada. No me va a estropear la noche.

Justo en ese momento llega Neal con mi bebida y la cojo con prisas para dirigirme a nuestra mesa. Mis amigos me saludan gritando como unos desquiciados, lo que confirma que llevan tremenda castaña.

Me siento a su lado sin poder contener la risa. Cuando van así de ciegos, me meo con ellos. Mientras los escucho discutir sobre el último episodio de *Juego de Tronos* —chica, cada uno lo supera como puede—, veo a Julien entrando por la puerta del bar. Me mira, sonríe y me saluda, así que me levanto para ir a buscarlo a la puerta. Para llegar hasta allá, tengo que pasar por delante de la barra. No estoy ciega, así que capto la miradita que Ethan le acaba de echar al recién llegado.

Cuando por fin llego frente a mi *crush*, este se agacha ligeramente y me da un beso en la mejilla. Le cojo de la mano y lo llevo hasta nuestra mesa.

—Tu amigo está un poco mosca[1], ¿no? ¿Pasa algo?

Al pasar junto a la barra, Julien señala a Ethan con la barbilla, que parece aún más picado que antes. Le saco la lengua a mi amigo y él me lanza una mirada sombría, pero luego sonríe y me lanza un beso. Me río suavemente y empujo a Julien hacia delante para que no se fije en nosotros.

—No le hagas caso. Estar de mala hostia es su personalidad.

La fiesta del bar de Neal lo está petando, y no cabe ni un alma en la pista. He sacado a

Chloé a bailar mientras Julien habla con el dueño en la barra. Pero al ver que Ethan se acerca por detrás y Neal se aleja para volver al trabajo, me siento obligada a acercarme. Ni de coña dejo a esos dos solos. En un par de zancadas, alcanzo el brazo de Julien y me coloco a su lado. Ethan parece un perro guardián. Le fulmino con la mirada y él se encoge de hombros inocentemente.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunto.

Julien se vuelve hacia mí y sonríe mientras asiente con la cabeza.

—Sí, este bar es una fantasía. Te he pedido una copa. ¿Te hace?

Julien me tiende una copa de vino tinto y no puedo evitar hacer una mueca. Me dispongo a darle las gracias, aunque no ha acertado mucho, pero Ethan no está dispuesto a cortarse un pelo.

—¡Pero tío, Mia odia el vino tinto!

Doy un respingo, sorprendida por la agresividad de mi amigo. No sé qué le pasa; normalmente, suele ser muy amable con la gente a la que invitamos a nuestras quedadas.

—¡Vaya! Lo siento, no lo sabía. Pues te pido otra cosa.

Antes de que pueda detener a Julien, la voz de Ethan me interrumpe de nuevo.

—¿Cómo ibas a saberlo? ¡No la conoces tan bien como yo!

Ya estamos. Se ha pasado. Golpeo la barra con la mano y grito el nombre de mi amigo con voz amenazadora. Él levanta las manos para fingir que no iba a malas.

Julien luce un poco nervioso, pero luego me pone la mano en el brazo para llamar mi atención.

—Tranqui, tiene razón. Pero quiero conocerte mejor. Por eso estoy aquí, vaya.

Una pequeña sonrisa aparece en mis labios. Me gusta la forma en la que Julien acaba de imponerse. Me encanta que quiera acercarse tanto a mí, pero las ilusiones me duran más bien poco, porque oigo a Ethan reírse con malicia. Antes de que se atreva a soltar otra gilipollez, le pido a Julien que me espere en nuestra mesa. Veo cómo se aleja y luego me giro para fulminar a Ethan con la mirada.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No sé de qué me hablas.

Mi amigo se pone a guardar vasos y botellas, pero yo ya me lo conozco. Sé que intenta hacerse el buenecito.

—A mí no me la cuelas, chaval. ¿Qué te ha hecho para que le trates así?

—¿Por? No me cae bien y ya está. No hay más.

Siento que la rabia me invade por dentro al oír esa frase. ¿Cómo puede no caerle bien si ni siquiera le conoce?

—¿Y puedo preguntar por qué?

—¡Pero si es obvio! No me gusta para ti. Míralo, es demasiado simpático y tímido... ¡Es como un flan!

Ethan pone cara de perro y señala a Julien mientras se acerca a mí por encima de la barra. Siento que me hierve la sangre en las venas, pero esta vez, es por mala leche.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de tío crees que me conviene? ¿Un gilipollas que me trate como si fuera una mierda y me ponga los cuernos a la primera de cambio?

No aguanto más. Voy a explotar de lo furiosa que estoy. Se merece que le grite.

—¡Yo no he dicho eso, tía! Pero necesitas a alguien que te haga frente, que te conozca. ¡Alguien que no se deje pisotear!

El puño de Ethan golpea el acero inoxidable de la barra con un ruido sordo. Tengo que poner fin a esta discusión o las cosas se nos irán de las manos.

—¡Ethan, cállate un mes! No tienes derecho a decidir con quién salgo. Déjalo en paz.

Me doy la vuelta, dispuesta a volver a la mesa, pero escucho la voz de Ethan a mis espaldas:

—¡Te recuerdo que la apuesta aún sigue en pie, Mia!

Mi cuerpo se tensa al oírlo, pero lo ignoro y sigo mi camino. Mientras avanzo entre la gente, oigo un cristal romperse detrás de mí.

---

[1] *N. de la T.* Estar mosqueado, enfadado.

16

Amiga, date cuenta

Es viernes por la mañana. Pues nada, otra noche de mierda. He estado dando vueltas y vueltas en la cama, haciéndome una infinidad de preguntas. Ya casi parece una costumbre y no me hace ilusión que sea así, la verdad.

No he hablado con Ethan desde la discusión de anoche y sigo sin entender su comportamiento. ¡Es la primera vez que lo veo tan enfadado conmigo por un chico! Bueno, de hecho, es la primera vez que lo veo así de enfadado conmigo. Está claro que hemos discutido otras veces. A menudo, de hecho, pero no así… Tengo la impresión de que hay algo que ha cambiado en él. Ahora actúa de una manera un poco rara conmigo, ¡y no me gusta! Su actitud me saca de quicio y me da ansiedad. Al fin y al cabo, es mi pilar, alguien esencial en mi vida, ¡y no quiero perderlo!

Respiro aliviada cuando oigo que se abre la puerta y las voces de Tess y Chloé se cuelan en el piso. Necesito desahogarme con ellas, escuchar su opinión. Son las únicas que pueden ayudarme. Mis amigas entran en el salón, se sientan a mi lado y yo les sirvo una taza de té.

—A ver, amiga… ¿Qué pasó ayer con Ethan?

Tess se atreve a ir de lleno al tema, mientras que Chloé me mira en silencio, dispuesta a escucharme. Suspiro con todas mis fuerzas y vuelvo a dejar la taza sobre la mesa.

—No sé, tuvimos la pelea más intensa que hemos tenido nunca.

—Sí, ya nos dimos cuenta. Pero ¿por qué?

Vuelvo la mirada hacia Chloé, frunciendo el ceño.

—Porque Ethan es imbécil, ¡por eso!

—Eso no nos ayuda mucho, Mia. ¡Venga, dinos qué ha pasado! Cuéntanoslo, *please*[1]…

—Julien estaba en la barra hablando con Neal. Ethan apareció por detrás y yo decidí ir para allá. Julien solo intentaba acercarse a mí, pero Ethan se puso en plan territorial... Un borde, vaya.

Las chicas se miran y luego Tess me pregunta qué dijo exactamente. Les cuento que Julien me pidió una copa de vino tinto y que Ethan reaccionó como un pirado. Chloé pone los ojos en blanco y Tess suelta una risita, lo cual me molesta mucho. Ya hay que ser rancio para ponerse como Ethan. No sé qué les hace tanta gracia.

—No es por nada, tías, pero divertido tampoco me parece.

Las chicas se calman al verme con el ceño fruncido y me preguntan qué pasó después. Me levanto de la silla y me paseo delante de ellas, aún algo molesta, pero intento centrarme en la discusión.

—Pues que se le fue la flapa. Eso es lo que pasó. Empezó a gritarme, a decirme que Julien no le gustaba, que no era el chico adecuado para mí…

—¿Y por qué no iba a ser el adecuado para ti? —preguntó Chloé.

—Porque, supuestamente, es demasiado simpático y tímido.

—Vale, ¿y luego, qué? —añade Tess.

—Le dije a Ethan que a lo mejor preferiría que estuviera con un gilipollas que me pusiera los tochos y se riera en mi cara. Él me contestó que no se refería a eso, sino a que necesitaba a alguien que me conociera y pudiera plantarme cara.

Sigo andando de un lado a otro del salón. Cuando estoy enfadada, caminar me ayuda a centrarme un poco y a no echar humo.

—Ya veo, ya… Un chaval como él, ¿no?

Las palabras de Chloé me paran en seco. No entiendo lo que quiere decir. Llevo insistiendo todo el rato en que Ethan se está comportando como un imbécil. ¿Por qué mi amiga sigue insinuando lo que no es, cuando lo importante aquí es que él juega sucio para ganar la apuesta?

Me vuelvo hacia ella, frunciendo el ceño, pero mi amiga se muestra impasible.

—¿Qué pasa ahora?

—Eso que te dijo Ethan… ¿No te suena de algo? ¿No te parece que describe a la perfección vuestra relación?

—¿Sí, bueno, y…?

Miro a mis dos amigas por turnos. No sé a qué viene eso ahora. ¡No tiene sentido! ¿Por qué se niegan a ver al verdadero Ethan? Es un jugador empedernido: hará lo que sea para ganar. Lo conozco como la palma de mi mano.

Chloé levanta la vista hacia Tess y la mira fijamente. Luego suspira y centra toda su atención en mí.

—Lo que Chloé quiere decir es que Ethan encaja con ese perfil. Te conoce y te planta cara.

Tardo dos segundos en asimilar lo que acaba de decirme y luego suelto una carcajada. ¡Sí, bueno, me parto! ¿Ethan, en una relación conmigo? ¡Claro que sí! Vuelvo a sentarme en la silla y recupero el aliento, pero mis dos amigas me miran, incrédulas. Respiro hondo y me calmo.

—¿De verdad creéis que Ethan quiere tener una relación conmigo? ¿En plan novios? ¡Venga ya!

Mis amigas se miran de reojo y luego dirigen la vista hacia mí en silencio, tan serias que casi me dan miedo. ¡Así que de verdad lo creen! Creo que se les está yendo la pinza con el tema de la relación de Tess y Grégory.

—Chicas, yo creo que lo estáis sacando todo un poco de contexto…

—Entonces, ¿por qué reacciona así? —pregunta Chloé.

Me encojo de hombros. Seguro que tiene que ver con nuestra apuesta.

—Pues porque está obsesionado con la apuesta. No quiere que me raje.

—Pero si te rajas, él gana, ¿no? ¿Me explicas qué le molesta entonces? —pregunta Tess.

—Ya, pero no sería una victoria digna. Él ansía machacarme, dejarme por los suelos. Así es como lo lleva haciendo toda la vida.

Tess pone cara de que mi respuesta no es muy convincente, mientras Chloé niega con la cabeza y suspira. Decido cambiar de tema. Tampoco es plan de discutir con ellas.

—A ver, Chloé, ¿qué piensas de Julien?

Mi amiga se acomoda en el sofá e intenta buscar las palabras adecuadas antes de contestar.

—Es majo y tal, pero se corta un poco delante de ti, ¿no? Conociéndote, puede que lo acabes chafando un poco, rollo… ¿No te parece que se hace chiquitín cuando está contigo?

—Entonces, ¿estás de acuerdo con lo que me dijo Ethan?

—¡Tía, no me vengas ahora con que no sabes lo que pienso de tu relación con Ethan!

Pues claro que lo sé, pero no quiero hablar de eso ahora. Afortunadamente, Tess se da cuenta de que vamos a acabar discutiendo y se pone a hablar de su relación con Grégory, lo que acaba con la tensión que hay entre nosotras.

Pero no puedo evitar preguntarme algo: ¿Por qué Chloé se pone de parte de Ethan?

[1] *N. de la T*. En inglés, «por favor».

17

Un ligero acercamiento

Nuestro profesor reparte una serie de fotocopias mientras yo me dedico a garabatear en un folio. Estoy hecha polvo y no sé muy bien por dónde tirar. Tess, sentada a mi lado, está en su burbuja, móvil en mano, escribiéndole a quien yo me sé.

—Por favor, escuchadme un segundo antes de iros.

Me enderezo y centro toda mi atención en el profesor de anatomía. Después de un breve instante de lucha interna, no puedo evitar echar un vistazo a mi izquierda. Adam y Julien están a unas mesas de distancia. Julien me dedica una gran sonrisa cuando nuestras miradas se cruzan. Poco a poco se va soltando conmigo, y eso me gusta.

—Como sabéis, esta tarde vais a tener un encuentro con profesionales. Os he puesto por parejas con uno de vuestros compañeros en función de vuestra especialidad.

Al oír las palabras de nuestro profesor, pongo la oreja de inmediato. Ninguno de mis compis quiere especializarse en la misma rama que yo: el deporte. Sé que es un campo muy competitivo, pero por muy raro que parezca, a nadie de mi círculo le interesa esa rama. Es evidente que el hecho de que Ethan y Paul sean deportistas ha influido bastante en mi decisión. Me encanta la idea de apoyarlos en su carrera en el mundo del deporte y participar en cierto modo en su éxito.

—... y Mia.

Cuando oigo mi nombre, me yergo en el asiento. Todos me miran, pero yo he oído ni una palabra.

—Perdón, ¿puedes repetirlo? ¡No lo he oído bien!

—Querrás decir que no estabas escuchando… —me corrige el profesor, mirándome a través de los cristales de sus gafas.

Algunos alumnos sueltan una risita y yo frunzo los labios.

—Pues bien, como iba diciendo, tú vas con Julien. Ambos iréis a la clínica del señor Martin, un especialista en el tratamiento de lesiones deportivas.

Sorprendida, miro a Julien con curiosidad. No tenía ni idea de que le interesara ese campo. El profesor ultima la lista de parejas y al acabar la clase, salimos corriendo hacia la cafetería.

Tess y yo nos sentamos en la primera mesa que vemos. Bastien aún está en clase, así que probablemente comeremos solo las dos esta vez. Mientras jugueteo con el tenedor en mi táper de tabulé, le pregunto a Tess con quién le ha tocado en el encuentro profesional.

—¿Pero dónde has estado toda la clase? ¡Vaya empanada!

Me encojo de hombros y ella continúa:

—Me ha tocado Madame Fournier, con Adam.

—¡Ah! Pues si es con Adam, te lo vas a pasar bien.

—Probablemente no tan bien como tú con Julien.

Mi amiga me guiña un ojo mientras se lleva la cuchara a la boca. Le sonrío y terminamos de comer.

Cuando salimos de la cafe, veo a Julien y Adam charlando. Adam se fija en nosotras, le da un codazo en el costado a mi *crush* y dice:

—¡Hola, chicas! ¡Os estábamos esperando!

Tess y yo enarcamos una ceja y Julien nos explica que los dos especialistas de nuestros respectivos encuentros están en el mismo barrio. Mientras paseamos tranquilamente por la calle, Adam me pregunta por qué he elegido la rama del deporte.

—No sabía que te gustara el deporte —dice.

—Salgo a correr de vez en cuando, pero no hay un deporte concreto que me quite el sueño. Me gustan los retos y esta especialidad es una de las más técnicas. Eso es todo.

—Bueno, todo sea dicho, lleva mucho tiempo haciendo piña con dos deportistas —añade Tess.

—Sí, quizá eso también haya influido. ¿Cuántas veces me han pedido que les dé un masaje después de que los acribillaran en un entreno?

—Tienen suerte de contar con tu talento…

Julien se pone como un tomate en cuanto esas palabras salen de su boca. Sonrío y giro la cabeza, divertida por su comportamiento. Ahora que sé que le gusto, ya no me importa que se ponga en plan tímido.

Tras unos minutos de paseo, Tess y Adam giran a la izquierda y nosotros continuamos nuestro camino. El silencio se instala poco a poco entre nosotros y decido aprovechar la oportunidad para conocerle mejor.

—Es curioso, nunca hemos estado los dos a solas, salvo en la biblioteca. Háblame más de ti...

Julien vuelve la cabeza hacia mí y sonríe, con los pómulos aún teñidos de rosa.

—Bueno... La verdad es que no sé por dónde empezar.

Se pasa la mano por el pelo, incómodo. Pues nada, tendré que asumir las riendas. Toca bombardearlo a preguntas.

—¿Siempre has vivido aquí?

—Sí, mis padres compraron un piso bastante grande cuando nació mi hermana mayor y desde entonces, no nos hemos mudado.

—No sabía que tenías una hermana mayor. ¿Cuántos años tiene?

—Tiene treinta y dos y acaba de dar a luz a una niña de cinco meses.

—¡Vaya! No sabía que eras tío... ¡Menuda responsabilidad! ¿Cómo se llama tu sobrina?

—Se llama María. El marido de mi hermana es español.

—Es un nombre muy bonito. ¿Tienes una foto?

Julien asiente y se pone a buscar en su móvil y luego me lo pasa. Veo una foto suya, con los ojos brillantes de emoción, sosteniendo en brazos a una nena monísima.

—¡Me muero de amor! ¡Es adorable!

— Se parece a su tío, ¿verdad? —me responde guiñándome un ojo—. ¿Y tu familia?

—Soy hija única.

—¿Y tus padres viven aquí?

—Bueno, en mi caso solo está mi madre. No conozco a mi padre.

—Vaya, lo siento…

Agito la mano para hacerle saber que no me supone un problema. Mi madre se bastó por sí sola. Es la mejor.

—¿Tu madre vive aquí?

—Primero vivimos en las afueras, al lado de Ethan y su familia. Ahí es donde lo conocí.

Julien hace una mueca cuando menciono el nombre de Ethan, pero enseguida se recompone y me pregunta dónde está mi madre ahora.

—Se compró un piso en la ciudad cuando empecé a estudiar aquí. Luego se mudó al sur de Francia.

—Ah... Entonces no debes de verla muy a menudo —dice, frunciendo el ceño.

—No, pero tampoco la veía mucho cuando era más peque. Por aquel entonces, mi madre era enviada especial. Los periodistas suelen estar mucho tiempo fuera, y mi madre no es la excepción.

Me encojo de hombros y Julien me sujeta la puerta de la clínica. La secretaria del señor Martin nos está esperando y su bienvenida interrumpe nuestra conversación. El osteópata está listo para que veamos a su siguiente paciente, así que espero a que termine la consulta para invitar a Julien a casa.

Una vez allí, meto la cabeza en la nevera, cojo una cerveza y me sirvo un vaso de zumo de naranja. Llevo ambas bebidas al salón y le tiendo a Julien la cerveza. Me siento a su lado y me llevo el vaso a los labios.

—¿Qué tal te has sentido con el Sr. Martin? ¿Tienes un poco más claro lo que quieres hacer?

Dejo el vaso en la mesita y me vuelvo hacia Julien, que me mira con la cerveza en la mano.

—Ha sido una consulta interesante. Digamos que su discurso no ha sido el más tranquilizador del mundo… Pero bueno, creo que sí; me decantaré por el curso de especialización el año que viene.

No puedo dejar de darles vueltas a las palabras del terapeuta. Nos ha dejado muy claro que nuestra futura especialización requiere el máximo rigor. Sobre todo en lo que a mí respecta: trabajar con el cuerpo humano nunca es fácil, pero en este tipo de trabajo te enfrentas constantemente a pacientes de una altura y corpulencia considerable. Como soy bastante pequeñita y no muy esbelta, en la práctica tendré que currármelo.

—Sé que serás una osteópata genial, con independencia de la corpulencia de tus pacientes.

Las palabras de Julien me sacan de mis pensamientos y me hacen sonreír. Él continúa:

—Lo que me interesa es cómo has conseguido mantener la calma. Yo solo pensaba en pegarle un puñetazo.

Me río suavemente mientras le señalo a Julien que, por desgracia, se suele subestimar a las mujeres, sin importar el campo al que se dediquen.

—Mi madre me enseñó a recordar mi valía en todo momento.

—Y no podría estar más de acuerdo con ella —coincide Julien.

Le dedico otra sonrisa antes de llevarme la copa a los labios. Por el rabillo del ojo, veo que lo está flipando con la decoración del salón. Se lleva la botella a la boca y observo cómo le cae una gota de líquido ámbar por la barbilla. En cuanto se da cuenta, se apresura a limpiársela con el dorso de la mano y yo me sorprendo al imaginarme quitándosela de un lametón.

—Me gusta cómo te lo has montado en el piso. Hace que uno se sienta como en casa.

—Me alegro de que te guste. Soy fan del concepto del albergue juvenil. Me gusta la idea de que todos puedan disfrutar de este espacio.

Julien asiente y yo me pongo en pie de un salto.

—Tengo un poco de hambre. ¿Te apetece picar un poco?

Julien vuelve a asentir y yo cojo una bolsa de patatas fritas, unos trocitos de salchichón y unos pistachos y los pongo en una bandeja. Cuando vuelvo al salón, lo encuentro mirando los DVD de la estantería. Al verme entrar, me coge la bandeja y la coloca en la mesa. Luego señala

las películas con la barbilla

—Pedazo de colección, ¿no?

—Sí, creo que tengo el síndrome del coleccionista... ¿Quieres que veamos una o tienes prisa?

—¡Qué va, no quiero quitarte tiempo!

—¿Por? ¡Tú no molestas! Además, nunca tengo a nadie con quien compartir mi amor por Miyazaki, así que me vendrá bien ponerme en modo *fangirl*[1] con alguien que no me juzgue.

Julien me mira con los ojitos brillantes y se dirige de nuevo a la estantería, mientras yo preparo un rinconcito mullido y acogedor en el sofá desde el que podamos picotear.

—¿Cuál te ha llamado la atención?

Julien me enseña dos DVD. ¡Menudo dilema! Para mí, todas las pelis de Miyazaki son una obra maestra.

—¡Qué difícil! ¡Sabes que me encantan todas sus pelis! Pero por lo que sea, mi corazoncito late más fuerte por *El castillo ambulante*.

La sonrisa que se dibuja en los labios de Julien no tiene precio.

—¡Bingo! También es mi favorita. ¿La vemos?

Asiento con la cabeza y sus ojos se iluminan. Me recuerda a un niño que abre los regalos la mañana de Navidad. Deja *Mi vecino Totoro* en la estantería y pone el disco que hemos elegido en el reproductor. Julien se acerca a mí, con el mando a distancia en la mano, y pulsa el *play*. Suelta el mando y me pone la mano en la rodilla. Le observo discretamente y veo que vuelve a sonrojarse.

Me gusta verle un poquito más confiado. Cuando suena la musiquilla de los créditos iniciales, me acerco más a él, buscando su contacto.

Durante la película, le acaricio el brazo con dulzura, sin separarme de él. No sé por qué me resulta tan natural... Él pone las manos en mis muslos y se inclina para que apoye la cabeza en su hombro. Cualquiera diría que somos una pareja...

De repente, se oyen ruidos en el rellano, justo cuando llegamos a la escena final. No tardo mucho en reconocer las voces de mis amigos, hablando *a grito pelao'*. Sus caras de sorpresa aparecen por la puerta y ni siquiera me da tiempo a despegarme de Julien. De inmediato, capto la mirada sombría de Ethan, pero ahora no es momento de discutir. Chloé interviene, algo avergonzada:

—Parece que hemos llegado en mal momento. Perdonad...

—¡No, qué va! —respondo, mirando a Julien con pudor.

Él se pone inmediatamente en pie y saluda a todos. Mis amigos se dejan caer en el sofá y los sillones con la mayor naturalidad posible, y yo me acurruco en un rincón, decepcionada por no haber tenido más tiempo a solas con mi moreno.

Desde el sillón de enfrente, Ethan me mira fijamente, con la mandíbula apretada. Julien se inclina hacia mí con discreción mientras los demás charlan sin prestarnos atención.

—Será mejor que me vaya… No quiero molestar.

—¡Pero si no molestas a nadie! —exclamo, tranquilizándole con la mirada.

—En verdad, un poco sí, crack. Tenemos que hablar de nuestras vacaciones de verano.

Ethan chasquea la lengua secamente y Paul le da un codazo. Julien se levanta y yo miro a Ethan con desdén. Mi *crush* me tiende la mano y la cojo antes de entrelazar los dedos con los suyos.

—Ha estado guay. Vente cuando quieras y repetimos.

Julien se inclina hacia mí y me da un beso en la comisura de los labios. Asiento con la cabeza y le acompaño a la puerta.

Cuando vuelvo, la mirada furiosa de Ethan borra la sonrisa que me ha sacado mi *crush*. No sé por qué, pero se me encoge el corazón en el pecho y, de repente, la alegría desaparece de mi cara, para dar paso a la tristeza.

---

[1] *N. de la T.* En inglés, fan entusiasta de las pelis, las series o los libros y cómics. El adjetivo se usa normalmente en forma femenina, aunque con el paso del tiempo, el concepto ha quedado un poco encasillado en los roles de género. Ahora, las mujeres se han reapropiado de la palabra para defender la cultura *fangirl* y el sentimiento de unión en torno a cualquier producto audiovisual o literario.

18

Morning Glory

Me despierto en la tranquilidad más absoluta. En el piso reina la paz. Chloé está dormida a mi lado y su calor se extiende bajo las sábanas, lo que me causa una profunda sensación de bienestar. Con los ojos cerrados, disfruto de este pequeño momento de calma antes de levantarme. Hace tiempo que no salgo a correr, así que he pensado en aprovechar esta preciosa mañana para volver a la carga. Salgo despacito del dormitorio, con la ropa de deporte y las zapatillas en la mano. Una vez lista, me recojo el pelo y abandono el silencio sepulcral del piso.

Los auriculares reproducen en mis oídos unas cuantas canciones motivadoras y dejo que mis ojos se pierdan en todo lo que me rodea. Los primeros minutos son los más difíciles cuando corres. Te duele un poco el cuerpo, se te acelera el corazón y se te entrecorta la respiración. Pero después de ese breve calvario, ¡una se hace a la idea!

Acelero el paso al entrar en el parque. No hay mucha gente a estas horas. Me cruzo con algunos corredores que me saludan con la cabeza. Esa es una de las cosas que más me gusta de salir a correr: el vínculo que existe entre los deportistas. Es todo un estímulo para seguir adelante, para llevar el cuerpo cada vez más lejos y desafiar los límites de la mente.

Poco a poco, se me agarrotan los músculos de las piernas y empiezo a tener sed. Llevo ya cuarenta minutos corriendo. Decido continuar hacia la fuente más cercana. Acelero el paso cuando la veo y acabo esprintando los últimos diez metros. ¡Hay que darlo todo hasta el final! Doy unos pasos más allá de la fuente para controlar la aceleración y aminoro la marcha lentamente. No hay que ser brusco en este deporte: nada de pararse de repente, ni de echar a correr como un loco sin calentar antes.

Camino despacio de vuelta hacia la fuente. Respiro hondo antes de agacharme para beber. El agua fresca corre por mi garganta y me calma al instante. Ahueco las manos y me lavo la cara antes de incorporarme.

Otro factor importante a la hora de salir a correr son los estiramientos. Estoy segura de que parezco imbécil levantándome y agachándome y enseñando el culo mientras estiro, pero nunca me salto esta parte. Si no lo hiciera, al día siguiente andaría como un pato y me quejaría a la mínima.

Empiezo estirando el tren superior del cuerpo, los brazos y los hombros. Luego paso al tren inferior. Siempre lo hago en el mismo orden; es mi ritual. Me agarro el tobillo y aprieto el talón contra la nalga derecha. Respiro hondo y miro a mi alrededor. Los árboles están en flor y el césped tiene un color verde precioso. El estanque que hay en medio del parque hace que las vistas sean mucho más apacibles.

Poco a poco voy viendo más familias, que se dirigen hacia la guardería más cercana o simplemente disfrutan del sol. Un poco más allá, veo a una pareja que camina cogida de la mano. Se detienen de vez en cuando para besarse o hacerse una foto. La abuelita con la que me cruzo cada mañana de camino a la escuela se detiene delante de mí. Me acerco mientras su perro tira de la correa para venir a saludarme. Esta señora vive en el barrio desde hace más de cincuenta años. Cuando sale a pasear a su perrete, siempre se para a charlar con todo el mundo. Creo que se siente muy sola. Como nunca conocí a mis abuelos, me he encariñado un poco con ella.

—Hola, señora Tevez. ¿Cómo está?

Me inclino para acariciar a Hugo, su caniche.

—Buenos días, mi pequeña Mia. ¿Estás sola esta mañana?

—Sí, mis amigos siguen dormidos y necesitaba hacer un poco de ejercicio.

—¡Haces muy bien! Siempre he dicho que el deporte es bueno para la salud.

La señora Tevez me sonríe y me desea un buen día. Luego la veo alejarse siguiendo la orilla del estanque. No hablamos mucho, pero siempre me alegro de verla. Me doy la vuelta al verla desaparecer tras el árbol de la esquina y compruebo rápidamente la hora en mi móvil antes de seguir estirando.

Inclinada hacia delante, con el culo al aire y la cara entre las piernas, veo acercarse un par de zapatillas y luego oigo que alguien me llama por mi nombre. Me incorporo rápidamente y siento que la sangre que tenía acumulada en la cabeza vuelve a su curso habitual. Me arden las mejillas. Detrás de mí, descubro a un Julien sonriente y sudoroso. Seguro que me ha visto el culo. ¡En fin!

Se acerca a mí, aún sonriente, y me da un beso en la mejilla. Su mano se posa en mi hombro desnudo. Su olor me envuelve rápidamente: una mezcla de desodorante y sudor. Su aroma es muy diferente al de Ethan, pero no me desagrada.

—No sabía que salías a correr… ¿Entrenas mucho?

Julien se coloca frente a mí. Apoya la mano en el banco de al lado y estira la pierna hacia atrás. Aprovecho el momento para seguir el perfil de los músculos firmes de su brazo. El físico de Julien no se parece en nada al de Ethan. Mi amigo está cuadrado; es todo músculo. Si Ethan fuera un superhéroe de Marvel, probablemente sería el Capitán América. Es un tío imponente, para qué mentir. Julien, en cambio, es más delgado, más larguirucho. No es que no me guste. De hecho, es más bien al contrario: me parece menos basto que el cuerpo de Ethan. Miro a mi *crush* a los ojos y él enarca una ceja. ¡Ay, es verdad, que me ha dicho algo!

—Yo no lo llamaría «entrenar», aunque sí suelo salir a correr dos veces por semana. ¿Y tú?

—Voy a correr una 20k[1] en octubre.

—¡Vaya! ¡Qué pasada! ¿Cuántas veces a la semana entrenas?

—Intento hacer dos carreras cortas a un ritmo constante y una carrera más larga a un ritmo más lento. Pero con los exámenes… no me da la vida.

—Yo en tu lugar no me preocuparía demasiado. Siempre has sacado buenas notas.

Sonrío a Julien mientras sus mejillas se sonrosan ante mi cumplido. Cada vez es menos tímido en mi presencia, pero sigue poniéndose rojo de vez en cuando.

—¿Haces algo más de ejercicio aparte de salir a correr?

—No, la verdad es que no. Lo de correr me viene de hace más bien poco. Hasta hace dos meses, no había corrido más allá de las horas obligatorias de educación física en el insti.

—¿Y por qué te has apuntado a semejante carrera si estás empezando?

Me sorprende mucho su decisión. Julien parece una persona razonable, que tiene los pies en la tierra. Pero apuntarse a una carrera así, de sopetón, no es muy sensato si no tienes experiencia previa. La mayoría de la gente tantea el terreno con carreras de cinco o diez kilómetros. Julien se rasca la nuca y sus mejillas vuelven a teñirse de rojo.

—Bueno, quería tomármelo como un reto personal. Ya sabes que me gusta mucho el mundo del deporte. ¿Y tú, haces algo más?

De repente, me vienen miles de recuerdos y sonrío.

—He hecho de todo un poco.

—¿En serio? ¡Sorpréndeme!

—Pues he ido a clases de todos los tipos de danza, desde la clásica hasta la oriental. También he hecho equitación, esgrima, gimnasia y boxeo.

—¡Dios! Esos es mucho, ¿no? —dice, con los ojos como platos.

—Sí… Mi madre siempre me incitaba a que hiciera ejercicio, porque cuando era pequeña, era prácticamente ingobernable. Así me tranquilizaba un poco. Yo era de las que corrían y saltaban por todas partes. Es más, mi vecino era Ethan, así que te puedes imaginar que me intentó llevar por el mal camino en más de una ocasión…

La sonrisa de Julien se desvanece por un segundo al mencionar a Ethan. Instintivamente, me muerdo el labio y me arrepiento de mis palabras. Por suerte para mí, la sonrisa vuelve rápidamente al rostro de Julien.

—Ethan y tú habéis tenido una amistad larga y bonita, ¿eh?

Asiento y sonrío. Sí, Ethan significa mucho para mí.

—¿Y has tenido algo con él?

La pregunta de Julien me sorprende un poco, pero es comprensible. Conocerme a mí implica conocer a mi grupito. Somos inseparables.

—No, entre Ethan y yo nunca ha habido nada.

Julien me sonríe y yo hago lo mismo. Pero mis pensamientos se vuelven traicioneros y los recuerdos del momento a solas con Ethan el otro día me golpean en la cara. Sus manos en mi cuerpo, su boca en mi piel, todas esas sensaciones que me hacen estremecer cuando pienso en él…

Julien no parece darse cuenta de mi confusión ni de mi piel de gallina y se acerca a mí. Su mano agarra la mía y nuestros dedos se entrelazan. De repente, se inclina hacia mí y su cálido aliento roza mi piel. Con delicadeza, acerca su boca a la mía. Julien me da un beso rápido y un tanto casto. Apenas me da tiempo a darme cuenta de lo que sucede. De manera instintiva, lo separo de mí. Este beso me ha dejado un regusto amargo.

El problema es que no sé de qué me arrepiento: ¿de que haya sido demasiado corto o de que haya sucedido?

—Me alegra haberte visto. ¡Nos vemos!

Una vez más, no tengo tiempo de reaccionar. Antes de que pueda abrir la boca, Julien se aleja corriendo. Permanezco inmóvil unos segundos, con la mirada perdida. Ahora mismo mi vida es un desastre.

De camino a casa, pienso en el supuesto avance en mi situación con Julien. No tengo ni idea de qué va a pasar; ni siquiera sé si estoy preparada para tener una relación con él. Aunque no puedo negar que este nuevo Julien, seguro de sí mismo y un poco más echado para delante, me atrae. Pero con todo y con eso, cuando me toca o me mira, no siento la misma chispa que con Ethan. Debe de ser por la intimidad que he compartido con mi amigo durante tantos años. Y por la apuesta, claro. Los retos siempre me han entusiasmado.

Al llegar al piso, me sorprende gratamente ver a todo el mundo en pie. Ethan y Paul están en la cocina, sacando cosas para el desayuno.

—¡Hola, chicos!

Sorprendidos, los dos se dan la vuelta y me sonríen. Ethan se apoya en el fregadero y Paul sale de la cocina después de darme un suave apretón en el brazo. Me sirvo un vaso de zumo de naranja y miro a Ethan. Con los brazos cruzados, me observa, sonriente. Siento su mirada

ardiente recorrer mi cuerpo, especialmente mis nalgas, que asoman de mis pantaloncitos cortos, un tanto ajustados.

—Deberías haberme despertado. Habría salido a correr contigo.

Me encojo de hombros y me llevo el vaso a los labios. Su mirada sigue los movimientos de mi cuerpo sin tregua.

—Te habrías rajado…

—¿Por?

—Por verme con estos *shorts*. Si de normal ya fantaseas con mi cuerpo, imagínatelo empapado en sudor...

No puedo evitar soltar una carcajada, pero mis pensamientos vuelven a traicionarme. De repente, me sorprendo imaginándome su cuerpo reluciente, lo que me transporta a las duchas del vestuario, y solo puedo pensar en su piel cubierta de jabón. Trago saliva y veo que la sonrisa de Ethan se hace más grande.

Dios, ¡me cabrea tanto! ¿Cómo puede meterse así en mi cabeza?

Vuelvo a llevarme el vaso a los labios y noto que se acerca a mí. Camina como un felino, acechante, y sus ojos no se apartan de mí. Apoya los antebrazos en la mesa y se inclina hacia mí. Su aliento acaricia dulcemente mi cuello, y sus dedos recorren mi brazo. Sus pupilas dilatadas se fijan en cada detalle de mi rostro y se detienen en mis labios. Luego me mira a los ojos y me sumerjo en su mirada de acero. Siento que poco a poco pierdo el equilibrio mientras él se acerca a mí y aprieta su cuerpo contra el mío.

—¿Cuándo cederás, mi pequeña Mia?

Al oír sus palabras, tiro de él hacia mí. ¿No quería jugar? El cuerpo de Ethan se desliza entre mis piernas y yo me siento en la mesa que está a mis espaldas. Coloco las manos sobre su pecho, y trazo con mis uñas el perímetro de sus músculos de hierro, que se intuyen bajo su camiseta. Le acaricio la nariz y noto cómo su respiración se acelera de placer. Mis dedos bajan por sus brazos y compruebo que se le pone la piel de gallina.

Ethan cierra los ojos en cuanto mi boca se posa en su cuello. Un sonido ronco hace que su cuerpo vibre contra el mío cuando atrapo un trozo de su sensible piel entre mis dientes. Las manos de Ethan se deslizan por mis muslos, y acarician la zona cercana a mi intimidad a través de la fina tela que separa nuestros cuerpos.

—Nunca cederé ante ti, Ethan.

Le doy un beso en el cuello y luego me bajo de la mesa. Dejo que mi cuerpo se frote contra el suyo, lo que le arranca un gemido sordo. Él abre los ojos y sus pupilas empañadas por la lujuria se encuentran con las mías, pero me doy la vuelta y salgo de la cocina. A mis espaldas, Ethan suelta un suspiro frustrado, y yo no puedo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción en mi rostro.

Voy a mi habitación y allí me encuentro a Chloé sentada en mi cama, sosteniendo un libro. Al verme entrar, sonríe.

—¿Qué has estado haciendo? Te he oído llegar hace un rato…

—Calentando motores con Ethan.

Mi amiga me mira, confundida. Entonces le guiño el ojo y ella entiende al fin a lo que me refiero.

—¡Vaya par de pirados!

Me río y asiento con la cabeza. Sí que lo somos, la verdad. Pero no podemos evitarlo, llevamos años comportándonos así.

—¿Qué estás leyendo?

Chloé me tiende su libro. En la portada hay un gato con una boina.

—Es una novela romántica muy bonita y divertida —dice mi amiga mientras le devuelvo semejante obra de arte.

—A juzgar por la portada, jamás lo habría dicho.

Ella me mira con picardía y me cuenta, entre risas, que la autora ha publicado una pequeña colección de romances con un gato en cada portada.

—Bueno, ¿qué tal tu entrenamiento matutino? ¿Estás cansada?

Me río suavemente. Chloé come lo que le da la gana y está perfecta. El deporte es un concepto muy lejano para ella.

—Sí, ha estado bien. Pero a que no sabes a quién me he encontrado... Empieza por *J*…

Mi amiga se incorpora de repente en mi cama, como si mi historia le interesara más que la de su novela.

—¿Y qué tal?

—Pues hemos hablado un poco y luego… me ha besado.

Justo cuando estoy a punto de contarle la historia del beso fugaz y lo que ha despertado en mí, Chloé vuelve la cabeza hacia la puerta entreabierta y abre los ojos como platos. Veo una enorme figura que avanza a toda velocidad por el pasillo y luego oigo un violento portazo. Alguien ha debido salir de casa a toda prisa.

Salgo corriendo para averiguar qué coño ha pasado y, al ver a Paul de pie en la puerta, con cara de preocupación y una taza de café en la mano, me quedo helada. Sus ojos se cruzan con los míos y él niega con la cabeza antes de volver al salón. Me quedo inmóvil en la puerta, sin saber qué hacer.

A veces Ethan reacciona de una forma muy extraña.

---

[1] *N. de la T.* Carrera de 20 kilómetros.

19

Las cartas sobre la mesa

El sábado por la noche, las chicas y yo nos dirigimos al bar de Neal, listas para petarlo. Para la ocasión, me he puesto unos vaqueros negros que me hacen buen culo y unas sandalias de cuña. Quiero bailar y distraerme. ¡No pido más!

Hemos quedado con los chicos dentro, y al pasar por la barra, veo que Ethan me sigue con la mirada, pero lo ignoro a propósito. El local está a rebosar y todas las mesas están ocupadas. Cuando llegamos a la nuestra, me siento y veo las caras de preocupación de Charlie y Paul.

—¿Qué os pasa?

Justo cuando esperaba que me contaran lo que pasa a Ethan, Charlie señala una mesa un poco más alejada. Paul me dice que mi ex está allí. Me giro hacia donde señalan y veo a Florent, el chaval que me dejó hecha mierda hace un par de años y que me convirtió en lo que soy, para bien y para mal.

Por extraño que parezca, al verle de nuevo, no siento nada. No es por nada, ¡pero hace años que lo nuestro se acabó! Me encojo de hombros y vuelvo a centrar la vista en mis amigos.

Ethan llega unos segundos después para preguntarnos qué queremos beber. Intenta llamar mi atención varias veces, pero yo paso de él. Sin embargo, cuando se gira y camina hacia la barra, lo sigo con la mirada. Ethan pasa por delante de la mesa de Florent y me sorprendo al ver que le dirige una mirada sombría y mi ex se la devuelve. Frunzo el ceño y observo la cara de Ethan. Parece bastante cabreado.

Pocos minutos después, Paul, Chloé y yo vamos a la pista a darlo todo. Tess se ha quedado en la mesa con Grégory, y Charlie está tonteando con una rubia junto a la barra. De reojo, veo que Florent se acerca a mí. Me sonríe y sigue avanzando mientras baila. A mi izquierda, Ethan se endereza detrás de la barra y se pone tenso a más no poder. Cuando mi ex me pasa el brazo por la cintura para abrazarme, Ethan se dirige hacia nosotros. Antes de que me dé tiempo a reaccionar, el puño de mi amigo golpea a mi ex en plena cara, y unos segundos después, este se desploma en el suelo.

—¡Aléjate de ella! —grita mi amigo.

Ethan mira a Florent, que sigue en el suelo. No le quita los ojos de encima. Tiene los puños apretados, listos para asestar otro golpe a la mínima. Lo mira con aire amenazante. Todavía estoy intentando asimilar lo que acaba de pasar cuando veo que Florent le sonríe con perversión antes de contestar:

—¡Hostia…! ¡Mira quién anda por aquí! ¡El caballero de brillante armadura, que viene al rescate de su princesita!

Ethan aprieta los puños y da un paso hacia mi ex como quien quiere demostrar poderío. Me interpongo entre ellos y sujeto a mi amigo. Para mi sorpresa, Florent suelta una carcajada y se acerca a nosotros.

—¿De verdad crees que alguna vez te querrá? Llevas tanto tiempo detrás de ella que casi me das pena. La tuviste una vez, pero no fuiste capaz de conservarla, ¿eh, cabrón?

No entiendo nada de lo que dice, pero noto cómo Ethan se pone aún más tenso, si es que es posible. Nunca lo había visto así. En sus ojos ya no hay desazón, sino una furia incontenible.

Ethan me empuja con todas sus fuerzas para librarse de mi agarre y abalanzarse sobre Florent.

—¡Para, Ethan! ¡Estate quieto!

Mi voz suena fuerte y segura, pero no sirve de mucho. El ambiente sigue un poco caldeado. Sin embargo, los ojos de Ethan se encuentran con los míos, y veo que sus facciones se relajan, se suavizan. Paul y Charlie se acercan a nosotros y levantan a Florent y le dicen que será mejor que se vaya. Mi ex se quita el polvo de la camisa y me mira con odio.

—Sí, claro… ¡Dejemos a este enchochado lameculos con la princesita de sus sueños!

Al oír estas palabras, la atención de Ethan vuelve inmediatamente hacia él y la calma que parecía haber recuperado desaparece.

—¡Pírate de una vez, so mierda! ¡Y no vuelvas!

Su voz grave y ronca acaba con el silencio imperante del bar. Por suerte, Florent no dice nada más y se da la vuelta para dirigirse a la salida, escoltado por Paul y Grégory. Nadie en el bar se atreve a hacer el menor movimiento, pero todos nos miran.

No entiendo nada. ¡No aguanto más! Sin pensármelo dos veces, agarro a Ethan de la mano y me lo llevo a rastras al guardarropa.

Entro y doy un violento portazo a mi paso. Ethan le pega un puñetazo a una taquilla metálica mientras yo lo observo, impotente. El golpe resuena en el silencio de la pequeña habitación. A pesar de mi enfado, no puedo evitar acercarme a él y cogerle de la mano para evitar que se haga daño. Tiene los nudillos rojos y le tiemblan las manos.

Sin pensármelo dos veces, le doy un beso en los nudillos y le miro. Su mirada se fija en la mía y veo una descarga de ira electrizante en el fondo de sus pupilas dilatadas. Conmigo está bien, pero sé que está luchando internamente por no dejar salir su ira. Yo también siento la negatividad del ambiente, pero me controlo. Sé que si nos ponemos a discutir, no llegaremos a ninguna parte. Tenemos un carácter demasiado incendiario como para entendernos el uno al otro en semejantes circunstancias.

La ira desaparece de sus ojos conforme pasan los segundos y sus pupilas vuelven poco a poco a su tamaño habitual. Ethan se pone de cara a mí y se relaja lentamente. Por desgracia, a mí me ocurre lo contrario. Cada vez estoy más cabreada. Cuando me dedica una tímida sonrisa, le suelto la mano bruscamente.

—¿Puedes decirme qué coño te pasa?

Mi voz reverbera en las paredes de la habitación, lo que causa un efecto más potente y estridente. El rostro de Ethan se tensa de inmediato y me da la espalda para dirigirse a la salida. Al ver su reacción, siento que ya he tenido suficiente. Es hora de dejar salir mi ira. Le cojo del brazo antes de que llegue a la puerta y grito:

—¡Ni se te ocurra salir por esa puerta! No te saldrás con la tuya. Me debes una explicación, Ethan.

Se vuelve hacia mí y me mira fijamente a los ojos, de brazos cruzados.

—No hay nada que explicar. Tu ex es un gilipollas y no pienso disculparme por alejarlo de ti. Eso es todo.

—¿Cómo que «eso es todo»? ¿Me estás vacilando? ¡Lo de Florent fue hace años! ¿Por qué has tenido que pegarle hoy?

—No me gusta que te ande rondando. ¡Me saca de quicio con esa cara de engreído insoportable!

Ethan se pone a gritar y yo me quedo muda delante de él. Vuelve a estar furioso.

—No te gusta Florent, no te gusta Julien… ¿Vas a pegar e insultar a todo el que se me

acerque?

Ethan se dirige a mí a grandes zancadas y me mira desde arriba. Al fin y al cabo, me saca dos cabezas.

—¡Mientras no sepas elegir a los tíos, sí, eso haré!

No me jodas. Tiene que ser una broma…

Me hierve la sangre. Este chaval me tiene hasta el coño. Le dirijo una mirada sombría a mi «amiguito» y apoyo mi dedo acusador en su pecho.

—Te recuerdo, flipado, que no eres ni mi padre ni mi novio. No es asunto tuyo con quién salgo, Ethan. Madura.

Los ojos de mi amigo se abren de par en par y se acerca aún más a mí. Su pecho roza el mío y lo noto jadear. Tiene los nudillos blancos de tanto apretar los puños. Oigo cómo rechina los dientes y temo que se le rompan.

—¿En qué puto planeta vives, Mia? ¡Estás ciega, coño! Bueno, ¡no es que no puedas ver lo que sucede a tu alrededor, es que no quieres verlo! ¡Vives con una venda en los ojos!

—¿Qué coño dices?

—Supuestamente, estás ahí para todo el mundo, pero luego no eres capaz de ver lo que pasa delante de tus narices.

Su voz ronca vibra en las profundidades de caja torácica y yo siento una sacudida en el pecho, como si sus palabras hicieran eco en mí. Ethan se acerca aún más a mí y reduce a la nada los centímetros que nos separaban. Me late el corazón a una velocidad vertiginosa. Me tiemblan las extremidades. Mi espalda choca con el metal de una de las taquillas y las manos de Ethan se posan cerca de mis hombros.

—¡Vale! ¡Pues dímelo tú! ¡Dime qué coño pasa! —exclamo, mientras intento mantener una expresión seria.

—¿Estás segura? Dios, parece que lo haces aposta, para no ver las cosas como son…

La mirada de Ethan se clava en la mía y siento que una chispa incipiente se instala en mi bajo vientre y me calienta todo el cuerpo. Tiene la cara tan cerca de la mía que noto su aliento desgarrándome los labios. Nunca había sentido un deseo tan violento por un hombre. Y menos teniendo en cuenta que me está gritando.

Sin embargo, aquí, cerca de sus labios, reparo en que esto es lo que siempre he querido, desde el principio de la apuesta. No me importa si pierdo; quiero que sea mío, aunque solo sea esta noche. Quiero sentir sus manos frías sobre mi piel ardiente, quiero sus labios contra los míos, quiero oírle gemir mi nombre. No lo pienso ni un segundo más y lo agarro de la camiseta para apretarlo contra mí.

Mi boca se posa brutalmente sobre la suya, mientras sus manos no pierden un segundo y se colocan sobre mis caderas para atraerme hacia él. Dejo escapar un gemido que se funde con el calor de nuestro beso. Sus dedos se introducen bajo mi ropa y me acarician la espalda, mientras los míos buscan su pelo para agarrarle unos mechones con violencia. Sus labios abandonan los míos para recorrerme la cara, y siguen el contorno de mi mandíbula antes de sumergirse en mi cuello. Cuando siento sus dientes sobre mi piel, gimo sonoramente. Mis manos abandonan su pelo para deslizarse bajo su camisa y acariciar su musculoso torso. Ethan me aparta algunos mechones castaños para liberar mi cuello e, instintivamente, ladeo la cabeza para dejar que se pierda en él. Me dejo llevar unos segundos y me entrego al placer, mientras su boca y sus manos se ocupan de mí. Sus labios vuelven a posarse sobre los míos, pero quiero más. Quiero sentir su piel bajo mis dedos, su calor contra mí. Agarro la parte inferior de su camiseta y se la paso por

encima de la cabeza. Lo acaricio con la mirada antes de que me estrelle contra una taquilla y me bese de nuevo. Abandono su boca y me dirijo a su cuello, para lamer y mordisquear su piel hasta saciar la llama de mi corazón y despertar los gemidos de Ethan.

Incapaz de aguantar más la espera, él me agarra del culo con ambas manos y me levanta del suelo. Le rodeo las caderas con las piernas y siento la dureza de su sexo rozando mi intimidad. Ambos gemimos al unísono. Ethan vuelve a besarme y esta vez me deja sin aliento. Sin perder ni un segundo, ataca de nuevo mi cuello, y me hace gemir de placer. Acerco mi boca a su oreja y le digo lo que tanto deseo:

—Vamos a casa. Tú ganas, ¡soy tuya por esta noche!

De repente, Ethan deja de besarme y se aparta, mirándome, con el ceño fruncido. Sus manos me sueltan bruscamente y me dejan caer, ya que no puedo sostenerme con las piernas. Ethan vuelve a estar enfadado y no entiendo su repentino cambio de humor.

—No has entendido nada, Mia…

Lo dice con tanta frialdad que me corta la respiración. Le miro sin entender por qué está así, pero antes de que pueda abrir la boca, continúa:

—No creo que entiendas cuánto te deseo. Quiero sentir tus manos en mi cuerpo, tu piel contra la mía. Nunca había deseado tanto estar con alguien. Me vuelves loco, Mia. Es casi doloroso.

Veo cómo se pasa la mano por el pelo y se pellizca un par de mechones. Está desesperado. Me acerco a él con suavidad, para asegurarle que yo también siento lo mismo.

—Yo también te deseo, Ethan.

Levanta la cabeza bruscamente y se aparta de mí.

—¿Y ya está? ¿Una noche y volvemos a ser amigos? ¿Quieres que finjamos que no ha pasado nada, que pasemos página?

—¡Eso es lo que dijimos al principio de la apuesta! ¿No recuerdas las condiciones?

—¿Eso es lo único que te importa? ¿Esa maldita apuesta?

—¡Pero es el juego al que siempre hemos jugado!

—¡Mia, joder! ¡Que te quiero!

Me quedo paralizada ante las palabras que acaba de pronunciar. Tengo los ojos muy abiertos y la mano en el pecho. No sé cómo reaccionar. No puede ser verdad.

—¿No entiendes que lo que quiero es estar contigo, ser el único para ti? Hace tiempo que me di cuenta de que lo que siento por ti es mucho más que amistad. Todos esos jueguecitos, esas apuestas, para mí eran la única manera de llamar tu atención. ¡Porque cuando te concentrabas en el juego, solo dejabas que yo me acercara a ti! Me mirabas a mí y a nadie más. Quería decírtelo antes de que empezaras a salir con Florent, pero no tuve el valor de hacerlo. Y cuando lo dejasteis, estabas destrozada. Necesitabas a un amigo, no a un aprovechado. Cuando te fuiste a Argentina, sentí que mi corazón había dejado de latir y cuando volviste, ya no eras la misma. Habías creado esas malditas reglas y se habían convertido en toda tu vida. Me quedé a tu lado, esperando el momento adecuado. Por un instante, creí que por fin lo había conseguido, ¡pero estás tan asustada que has borrado de tu memoria una noche entera!

Horrorizada, me llevo la mano al cuello. No, no puede ser verdad.

—¿Perdona, qué? ¿Me hiciste tú ese chupetón?

Se me quiebra la voz y me tiembla todo el cuerpo. Ethan agacha la cabeza y suspira antes de contestar.

—Sí. Florent estaba en el bar aquella noche. Viniste hacia mí y me besaste,

apasionadamente, como nadie me había besado antes. No supe cómo tomármelo, pero luego pensé que quizá sería mi oportunidad. Florent se acercó unos minutos después y me pegó un puñetazo. Seguimos besándonos de camino a casa y luego te fuiste a la cama. Al día siguiente, ¡lo habías olvidado todo!

No puedo creerlo. ¿Cómo pudo ocultarme esto? ¿Cómo pudieron todos ocultarme semejante situación?

El pulgar de Ethan me acaricia la mejilla, pero me aparto de forma instintiva. Esto me supera. Son demasiadas emociones… Demasiada información.

—Tienes tanto miedo, Mia... Miedo de que te vuelvan a hacer daño, de encariñarte tanto que te cortes y no disfrutes de la vida al máximo, como te prometiste hace años. ¡No eres capaz de admitir que estoy loco por ti!

—¡Deja de decir eso! Para ti, esto es un juego, y cuando te aburras de mí, me harás daño. ¿Acaso no es eso lo que haces con todas las demás?

Intento hacerme la dura, pero el corazón me late tan deprisa que lo siento vibrar por todo el cuerpo. Ethan da un paso atrás. Mis palabras deben haberle calado hondo. Sus ojos se nublan de tristeza y agacha la cabeza.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

Luego vuelve a levantar la cabeza y fija su mirada en la mía. Me arden los ojos y siento una lágrima solitaria caer por mi mejilla, hasta llegar a la comisura de mis labios.

—Eres un jugador empedernido. Siempre lo has sido y siempre lo serás. Igual que yo. Solo estábamos jugando, Ethan. Nada más.

El rostro de Ethan está contorsionado por el dolor. Mis palabras le duelen, lo sé, pero me cuesta asimilar todo lo que me ha dicho. Mi amigo me dirige una última mirada de incomprensión antes de salir del guardarropa. La puerta se cierra violentamente tras él y mis piernas ceden bajo mi peso. Mi espalda se resbala por la pared hasta llegar al suelo, y un torrente de lágrimas silenciosas recorre mis mejillas.

¿Cómo hemos llegado a este punto?

La liada del siglo

El resto de la noche transcurrió en una neblina difusa. Sentí que los brazos de Paul me rodeaban y me levantaban. Mi amigo me susurró al oído palabras tranquilizadoras que no logré entender. Con la cara apoyada en su hombro, derramé todo mi dolor y mi resentimiento.

No podía pensar con claridad. Mis pensamientos se agolpaban en mi mente y solo podía ver el rostro dolido de Ethan. Una y otra vez, las palabras de mi amigo se repetían en mi cabeza. Poco después, los fuertes brazos de Paul se apartaron de mí y las chicas tomaron el relevo. Tenía la vista borrosa por las lágrimas y el pulso me latía en los oídos.

Cuando llegamos a mi casa, aún estaba aturdida. Mis amigas me dejaron caer suavemente en la cama y luego se tumbaron a mi lado. Su calor me alivió al instante. Al poco rato, pude oler a Charlie entrando en la habitación. Depositó un beso dulce en mi frente y luego me susurró un par de frases para reconfortarme. Mi cuerpo se estremecía entre sollozos silenciosos y sentí como si mi corazón hubiera dejado de latir. A mi alrededor, mis amigos murmuraban, como rogando que me calmara: «Todo va a salir bien, Mia...».

Más tarde, las voces se acallaron, y me dejaron sumida en el más profundo silencio. Me sentía vacía, desolada, y ni siquiera sabía por qué. Sentía como si Ethan gritara dentro de mi cabeza. Me había dicho que me quería, pero yo sabía que eso era imposible. Era parte de su juego. Y cuando se cansara de mí, me echaría a perder. ¿Qué iba a saber él acerca del amor?

Tras un rato de darle vueltas a esa idea absurda, se me cerraron los ojos y me rendí a un sueño intranquilo y angustioso.

Mientras dormito, siento que el colchón se mueve, que el calor de mis amigos se disipa y que el aroma de Ethan, ese perfume tan especial y relajante, me envuelve.

Unos dedos fríos rozan mi mejilla y lucho por abrir los ojos. Mi cuerpo se niega a obedecerme y permanezco inmóvil, sin emitir sonido alguno. La voz de Ethan susurra mi nombre, pero luego desaparece y se lleva consigo esa dulce fragancia.

Abro los ojos de golpe, pero él no está en la habitación. En su lugar, Chloé y Tess están tumbadas a mi lado, durmiendo plácidamente. Solo ha sido un sueño. ¡Un maldito sueño! Pero lo que pasó en el guardarropa fue real. Poco a poco, siento que la ira crece en mi interior. ¿Cómo pudo decirme todo eso y quedarse tan pancho? ¿Cómo se atrevió a arruinar tantos años de amistad?

No entiendo de qué coño va. Tal vez yo no signifique tanto para él como creía... ¡Es imposible que sienta eso por mí! No puedes querer a alguien a quien te has pasado la vida vacilando y desafiando. Yo lo llamaría más bien «arrebato posesivo». Lo que le pasa es que no puede soportar la idea de que tenga una relación seria con Julien. Cree que me alejaría de él, de todos mis amigos, y no está dispuesto a aceptarlo. Siempre ha estado celoso de la atención que le presto a los demás. Pero montar semejante escenita para evitar que intente algo con Julien... No pienso perdonárselo.

—¿Estás bien, Mia?

La voz de Chloé me saca de mis pensamientos. Mi amiga me mira con preocupación, mientras apoya la cabeza en el codo. Una lágrima resbala por mi mejilla y ella se apresura a

quitármela. Me rodea la cintura con el brazo y apoya su frente en la mía. No deja de acariciarme el pelo mientras yo sigo llorando.

¿Por qué sigo llorando?

Siento que alguien se mueve a mis espaldas. Parece que Tess también está despierta. Me abraza por detrás y las voces de mis amigas me susurran a coro que todo irá bien. Pasan unos largos minutos sin que pueda calmar los sollozos que sacuden mi cuerpo. No entiendo qué me está pasando.

¿Por qué he reaccionado así?

Los brazos de Chloé ceden una vez más ante los músculos firmes de Paul y, entre sus caricias, vuelvo a caer en los brazos de Morfeo.

Me despierto a mediodía. Los rayos del sol se cuelan por las cortinas de mi habitación. Decido sentarme en la cama y busco mi móvil. No hay mensajes de Ethan, así que dudo por un momento si llamarle, con el dedo posado sobre la pantalla, pero desisto inmediatamente.

No me corresponde a mí dar el primer paso. No después de la bomba que me soltó anoche. Aunque sé que todo esto no es más que un capricho suyo y que pronto se le pasará, no puedo evitar estar resentida con él. Podría haber acabado con nuestra amistad, y todo por sus gilipolleces y sus celos. ¡Y lo peor de todo es que él me importa más que nada en el mundo! Aunque a veces sea un auténtico imbécil…

Salgo rápidamente de la habitación después de lanzar el móvil sobre la cama. Oigo voces procedentes del salón, pero me dirijo al baño. Permanezco un buen rato bajo el agua caliente, con la esperanza de encontrarme al salir la cara sonriente de Ethan, diciéndome que ha sido una coña para picarme, que solo buscaba enfurecerme como cuando éramos niños.

Por desgracia, no lo veo cuando entro en el salón. Pero sí veo al resto del grupo, y sus caras de preocupación se vuelven hacia mí. Charlie me da una taza de té y me pregunta si estoy bien. Dibujo una sonrisa en los labios y respondo con la mayor naturalidad posible:

—Estoy perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

Mis amigos se miran entre ellos y Paul se acerca a mí.

—Ethan nos ha contado más o menos lo que pasó. Debes de estar enfadada…

Hago un vago movimiento con la mano y luego me encojo de hombros. La verdad es que sí que estuve enfadada, pero tan solo en los segundos en los que creí que estaba siendo sincero. Pero ahora que sé de qué palo va, no tengo motivos para preocuparme.

—No, en serio. Reconozco que me ha sorprendido... No pensaba que sería capaz de llegar a tal extremo para que no pierda el interés en nuestra apuesta. Pero bueno, ya vendrá a pedirme perdón, y entonces no habrá de qué preocuparse.

Esbozo una sonrisa, pero enseguida me desanimo al ver la expresión de mis amigos. Chloé sacude la cabeza y suspira, mientras que Charlie y Paul se miran, claramente incómodos. Siento que el corazón se me encoge en el pecho de una forma tremendamente dolorosa.

—¿Qué pasa?

Mi voz es solo un susurro, pero sé que me han oído perfectamente. Tess se acerca a mí, con el rostro descompuesto, y de repente, me aterra lo que pueda decirme. Se me forma un nudo el estómago y siento un terror irracional. Mi amiga me estrecha ambas manos entre las suyas y luego fija su mirada en este apretón extraño y compasivo.

—Mia, Ethan se ha ido. Todo lo que te dijo… lo siente de verdad.

El corazón me da un vuelco y dejo de respirar.

¿Cómo que se ha ido? No puede irse sin más. ¿Cómo se atreve a dejarme así?

—¿Adónde se ha ido?

Mi cuerpo tiembla cuando Charlie se acerca a mí. Él me coge de la mano y me conduce hasta el sofá.

—No lo sabemos. Vino a vernos y nos contó vuestro encontronazo. Nos dijo que necesitaba cambiar de aires y se marchó. No conseguimos dar con él.

Me levanto de la forma más brusca posible y mis aspavientos tiran la bandeja de bollitos que reposaba sobre la mesa del comedor. La rabia me corroe y me clavo las uñas en las palmas de la mano de tanto apretar los puños.

—¡No! ¡No puede irse sin más! Me debe una disculpa. Me ha mentido, me ha hecho sentir culpable y ahora se ha ido, sin más. ¡Pues no! ¡No se lo permitiré!

—¿Qué dices? ¿En qué te ha mentido Ethan, Mia?

Me vuelvo hacia Chloé, que me interroga con la mirada.

—¿No es evidente? Me ha dicho que me quiere, solo para jugar conmigo. ¡Esta vez sí que se ha pasado!

—Pero Mia, ¿quieres escucharnos de una vez? ¡Te quiere de verdad!

Chloé me grita a la cara y se levanta de un salto del sofá para hacerse oír. Su voz aún resuena en el salón. La miro con cierto desdén. Tiene que estar de coña. Sin embargo, ahora que la veo ahí de pie, con el ceño fruncido y los brazos tensos, parece que lo dice en serio. Chloé me aguanta la mirada y yo miro a mis amigos. Todos asienten con la cabeza. Finalmente, Paul se digna a hablar:

—Hace tiempo que todos lo sabemos, pero nos pidió que no te lo dijéramos. Quería hacerlo él mismo, pero estaba esperando el momento oportuno.

—Mia, ¿cómo puedes estar tan ciega? ¡Todo el mundo sabe de sobra que está loco por ti! Lleva años enamorado de ti, joder…

Me vuelvo hacia Charlie y siento que la ira va *in crescendo*. Pero ¿cómo nadie me ha dicho esto antes?

—¿Y por qué nadie dijo nada? ¿Qué os pasa? ¿Por qué no me abristeis los ojos? Esa es la base de nuestro grupo, ¿no? ¡La honestidad!

De repente, me siento traicionada y salgo rápidamente de mi piso. A mis espaldas, oigo resonar la voz de Chloé:

—¿Qué te crees que hemos estado intentando todo este tiempo, Mia?

Voy andando a toda prisa por la calle. No entiendo cómo han podido guardarse ese secreto durante tanto tiempo. Y lo que es peor, no sé cómo he podido estar tan ciega. ¡Se ve que era la única que no se lo olía!

En la esquina de un pequeño parque, veo un banco y decido sentarme. Necesito aclararme las ideas. ¿No he sido capaz de ver lo que Ethan sentía por mí o no quería verlo?

Pienso en todos nuestros juegos, en nuestras apuestas, y de repente, todo encaja. Ahora sé por qué me dijo ciertas cosas y entiendo esas miraditas, esos reproches... Poco a poco me hago a la idea de que Ethan me quiere de verdad, pero aún no sé cómo reaccionar.

Me levanto de sopetón y empiezo a caminar sin rumbo fijo. Al cabo de unos minutos, llego a la terraza de un pequeño bar y frente a ella, veo a Julien.

La ausencia

Con los pies en el agua fresca de la piscina, observo a mi madre caminar de un lado a otro de la casa. Han pasado casi tres meses desde mi pelea con Ethan, y en todo este tiempo, no he sabido nada de él. Sé que escribe a mis amigos con regularidad, pero ninguno de ellos quiere hablar del tema. Solo me dicen que, si quiero saber cómo está, lo único que tengo que hacer es llamarle. Sí, bueno, todo eso está muy bien, pero ¿qué le voy a decir si le llamo? Él me dijo lo que sentía y está claro lo que quiere, pero yo sigo perdida.

—¡Mia, yo me voy ya! Si no quieres llegar tarde, ¡espabila! Estos estarán al caer…

Mi madre se despide de mí desde el porche y yo me dispongo a salir de la piscina a regañadientes. Llevo quince días de vacaciones con ella en el sur. Después de que salieran las notas de mis exámenes, que por suerte fueron genial, me subí a un tren para venir a verla. Después de contarle todo con pelos y señales, guardó las maletas en el coche y nos fuimos de viaje por carretera al norte de Italia.

Hoy se va de vacaciones con sus amigas y me deja la casa para mí sola. Una vez en la puerta, me abraza y me dice que tenga cuidado. Me da un beso en la mejilla y luego se sube al coche de sus amigas. Me despido una última vez de ella y subo a mi habitación para ponerme un vestido. Mi grupito llega dentro de unas horas para pasar una semana de vacaciones en este pequeño paraíso.

Paul y Charlie se pelean en la piscina y yo estoy despanzurrada en una tumbona. Los veo achicando agua e intentando ahogarse mutuamente y pienso que Charlie no tiene nada que hacer contra mi amigo, el jugador de rugby. Tess y Chloé están tumbadas a mi lado, charlando sobre sus respectivos novios. Las cosas han cambiado mucho en nuestro grupo. Tess sigue con Grégory y Chloé lleva unas semanas saliendo con Adam, nuestro compañero de clase.

Las escucho de fondo, algo distraída. Su mera presencia me basta. Me siento tan bien ahora que estoy con ellas…

Después de que mis amigos admitieran que ya sabían lo de Ethan y que se habían andado con secretitos, me sentí traicionada y me costó perdonarlos. Pero ya había perdido a Ethan, así que no podía imaginarme el mundo sin ellos. Además, Chloé me dejó las cosas claras: llevaba meses dejándomelo caer. Sus insinuaciones no venían de la nada; estaban bien fundadas, pero yo me negaba a verlo.

Tengo la impresión de que toda esta historia ha unido un poco más a nuestro grupo.

Mis chicos salen por fin de la piscina y dicen que tienen hambre. Entramos en casa y nos ponemos manos a la obra con la cena. Cada uno se ocupa de una cosa y, tras asegurarme de que pueden seguir sin mí, decido subir a mi habitación para cambiarme. En el escritorio, la pantalla de mi móvil se enciende y aparece un mensaje. Sonrío al ver el nombre de Julien.

Salimos juntos durante un tiempo, pero por desgracia, y por mucho que me duela decirlo, Ethan tenía razón. No estábamos hechos el uno para el otro y no nos costó mucho darnos cuenta de ello. A pesar de todo, seguimos muy unidos y él me pregunta cómo estoy bastante a menudo. Le contesto lo más rápido que puedo y luego salgo de mi cuarto.

Al llegar al pasillo, mis ojos se posan en una foto colgada junto a la puerta. Esbozo una

sonrisa, pero se me encoge el corazón. Miro las caras de mis cinco amigos sonriendo a la cámara junto a la piscina. La foto es del año pasado, cuando se vinieron aquí a pasar el verano. Justo debajo, hay una foto de Ethan y mía. Yo miro al frente, y él me mira y sonríe. Hoy, veo en sus ojos todo lo que no vi antes, todo lo que siente por mí. Todo ese amor al que yo no sabría cómo responder.

Mi corazón se constriñe aún más en mi pecho y una lágrima cae lentamente por mi mejilla. Echo muchísimo de menos a mi amigo. Su sonrisa, su mirada, su olor... Mis ojos se posan en mi móvil y siento una necesidad imperante de escuchar su voz. Marco su número y me acerco el móvil a la oreja. Después de tres timbres, cuelgo a toda prisa. El corazón se me acelera y entro en pánico. ¿Qué podría decirle? No sabría por dónde empezar. Como no consigo responder a mi pregunta, decido bajar a reunirme con los demás.

Ayer estuvimos disfrutando en grupo con toda la pachorra, como solemos hacer. Hoy ya tenemos plan: vamos a ir a la playa. Me preparo la bolsa en un pispás y me pongo el bañador y un vestido. De repente, oigo a Paul llamándome. Por el tono de su voz, sé que algo va mal, así que salgo disparada en busca de él. Le miro desde todos los ángulos y no encuentro ni una sola herida. Justo cuando estoy a punto de preguntarle qué le pasa, me paro en seco al ver que él sonríe de forma traviesa.

—Hola, Mia…

Todo mi cuerpo se tensa al oír esa voz. *Su voz*. La voz de Ethan, la que ayer me moría por oír. Me giro rápidamente y me encuentro frente a frente con él. Sus ojos se clavan en los míos y sonríe tímidamente. Siento que el corazón me late tan deprisa en el pecho que temo que vaya a pararse. Mi amigo se acerca suavemente a mí y no puedo apartar la vista de él. Pienso en todos esos momentos que compartimos juntos, en todas esas miradas, en todas esas caricias… pero también en esos largos meses de espera en los que no he tenido noticias suyas. Recorro los pocos metros que nos separan y entonces le doy una bofetada.

—¡Serás capullo! ¿Sabes lo preocupada que he estado por ti? ¿Cómo has podido irte sin decir ni una palabra? ¿Acaso no pensaste en cómo me haría sentir eso? ¿Dónde has estado?

La ira me invade y él no deja de sonreír. Las lágrimas se apelmazan en mis pestañas y me nublan la vista. En su mejilla, la huella de mi mano empieza a tomar forma. Sus dedos rozan mi piel y acarician mi barbilla. Mi mirada se clava en la suya.

—Te he echado tanto de menos, Mia… No te imaginas lo duro que ha sido estar lejos de ti, lejos de todos vosotros, pero tenía que darte espacio para que te dieras cuenta. Siempre te ha costado procesar las cosas, peque...

Una lágrima silenciosa cae por mi mejilla y él se apresura a secármela. Me pierdo en su mirada y enseguida lo entiendo todo. Lo que me frenaba no era que no sintiera lo mismo que él, sino el miedo a sufrir. Tenía miedo de que no funcionara y de perderle. De perder a uno de mis mejores amigos, además de a mi pareja. Pero ahora que su mano roza mi piel, ahora que he conocido lo horrible que es su ausencia, me doy cuenta de lo mucho que le necesito. Y de lo mucho que ansío que nuestra relación sea algo más que una amistad. Me he estado engañando a mí misma, pero es un hecho: siempre he sentido algo por él, solo que era demasiado cobarde para admitirlo.

De repente, siento que no puedo esperar más y los centímetros que me separan de él me parecen kilómetros. Le deseo. Ya mismo. Quiero sentir su piel contra la mía. Quiero estar completamente unida a él, sentirlo dentro de mí. Quiero que me invada la misma fiebre que me

invadió aquella noche, cuando intenté seducirle.

Sin perder ni un segundo, lo agarro de la camiseta y lo atraigo hacia mí. Su boca encuentra la mía y me deleito con ese beso que tanto había estado esperando. Las manos de Ethan pasan de mis caderas a mi culo y oigo a mis amigos gritarnos que, por favor, nos vayamos a un motel. Ethan me coge en brazos y yo me sujeto a él, rodeándole con las piernas. Poco después, se dispone a subir las escaleras, y solo se detiene para soltar:

—¡No nos esperéis levantados, chicos! Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Me río y lo abrazo con más fuerza, antes de reanudar nuestro maratón de besos.

Ethan cierra la puerta del dormitorio de una patada, conmigo aún en brazos, y me deja caer sobre la cama. Se coloca encima de mí, aprieta su pecho contra el mío y besa cada centímetro de mi piel que es capaz de alcanzar. Yo hago lo mismo, ansiosa por saborearlo entero. Sentir que estamos los dos solos, deseando fundirnos con el otro... Es tan especial que no podría describirlo con palabras. Ahora mismo, el único pensamiento que me ronda por la cabeza es que no quiero que se aleje de mí nunca más.

Ethan me quita el vestido y lo lanza a la otra punta de la habitación mientras jadea. Le rodeo el cuello con los brazos sin dejar de besarle y luego dejo que mis manos bajen hasta sus vaqueros, que no tardo en desabrochar. Él me rodea con sus brazos, me entierra la cara en la curvatura del cuello y suelta un ronco suspiro que me eriza el vello de la nuca.

El corazón me late con fuerza. Estoy deseando entregarme a Ethan. Llevamos media vida buscándonos y por fin ha llegado el momento.

Me estremezco. Es nuestra primera vez. ¿Será también el comienzo de nuestra relación? Sin duda. Siento una mezcla de excitación y aprensión, como si estuviera a punto de tirarme en paracaídas. Pero el calor que irradia de mi cuerpo me confirma que estamos haciendo lo correcto. Pase lo que pase, jamás será un error.

Solo el tiempo dirá lo que nos espera. Mientras tanto, soy suya.

¡Qué fácil es dejarse llevar y entregarse a quien más quieres!

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:
@cherrypublishing_esp
Sigue también a la autora:
@antheamora
¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la portada: Keti Matakov